Mi niñera de la KGB

Laura Ramos



Lumen

Mi niñera de la KGB

Laura Ramos

Investigación histórica de
Víctor Ramos

Lumen

A Faby,
porque "la literatura, he intentado
demostrarlo lentamente, es la infancia por fin
recuperada".

(GEORGES BATAILLE, *La literatura y el mal*)

Gracias

A mi hermano Víctor Ramos, cuyo ímpetu, erudición y persistencia me persuadieron de escribir este libro.

Al periodista uruguayo Fernando Barreiro, quien me cedió las extraordinarias grabaciones que dispararon mis hallazgos.

A José "el Cabeza" Ramírez y a Luis Ramírez, los verdaderos niños de África de las Heras.

"Es bella como la muerte, seductora como el pecado y fría como la virtud".

LUIS BUÑUEL sobre Catherine Deneuve

Primera parte

Capítulo 1

La modista

Buenos Aires-Montevideo, 2018-2020

Llegaré a descubrir que nuestra niñera envenenó a su marido, un espía italiano, en la misma casona de Punta Carretas donde nos daba la leche por las tardes, a la salida de la escuela. Una grabación espeluznante me develará un segundo crimen: su participación en el asesinato de Trotsky.

Falta un par de temporadas para que me reúna con aquellos chiquilines que todavía hablan de valijas con regalos, trenes eléctricos, arcos y flechas, muñecas Piel Rose, barajas de naipes, pistolas con largas tiras de cebita que, juran, olían a pólvora. Ahora mismo, en el invierno de 2018, estoy en mi estudio de Buenos Aires, donde trabajo en un libro sobre el siglo XIX. A mil años luz de mi infancia en Uruguay.

—Laura, ¿te acordás de María Luisa?

En ese instante surge una imagen prístina, enmarcada en la puerta de mi colegio montevideano: pelo entrecano, falda larga, blusa discreta, una mujer anodina que carga un paquete de masitas de la confitería Oro del Rhin.

—¡María Luisa, la modista!

Mi hermano había encontrado la primera pista de esta historia días antes, durante un viaje a Montevideo en el que indagaba los orígenes de la izquierda nacional en América Latina. Le susurraron, en un callejón de la Ciudad Vieja: "Montevideo es un nido de espías". Ante su asombro, la revelación: "La modista que los cuidaba a ustedes era una agente soviética".

A comienzos de 1994, cinco años después de la caída del Muro, aparecieron en Estados Unidos las confesiones del exjerarca de la KGB Pável Sudoplátov. *Misiones especiales* fue la mayor contribución pública al descubrimiento de los crímenes de Stalin desde la célebre denuncia de Nikita Jruschov en 1956, un cataclismo. Allí Sudoplátov se reconoce responsable de una serie de sabotajes, secuestros y homicidios y revela nombres y seudónimos de cientos de espías internacionales que integraban su red. Entre ellos, el de una española, "nuestra mejor agente". La información era impactante. Mientras en Montevideo se transfiguraba en una modista que contaba cuentos a los niños, en sus viajes secretos a la Unión Soviética era recibida como una partisana gloriosa, galardonada con medallas, órdenes de guerrillera, estrellas rojas. Fue la española más condecorada por el Politburó, aún más que su amigo y posiblemente amante Ramón Mercader, el asesino de Trotsky.

Como la agente Tatiana Románova en *Desde Rusia con amor*, una de las primeras películas de James Bond que vimos en Montevideo, en 1947 había viajado a París con la misión de seducir al escritor Felisberto Hernández, amigo de mi madre. Su objetivo era conseguir la ciudadanía oriental e instalar una estación de radio en el Uruguay. Su nombre de guerra en Ucrania había sido Ivonne; en México,

María de la Sierra; en Francia y América del Sur, María Luisa de las Heras.

Los amigos de mis padres la llamaban cariñosamente "la gallega", porque era española, o "la niñera", porque siempre se ofrecía a cuidar de sus hijos. Contaban que en las reuniones y en las cenas, mientras los adultos hablaban de política en el living, ella prefería irse con los niños a los dormitorios. Nadie se extrañaba de esas tareas que hacía por gusto, y todos pensaban en su hijo Julián, muerto a los doce años.

La publicación de las memorias de Sudoplátov desencadenó una secuencia de crisis políticas en Europa y en Estados Unidos, pero en España y en el Cono Sur no produjo escándalos públicos sino privados: el nombre de María Luisa recorrió las mesas de los bares, las butacas de los teatros, las bibliotecas de las universidades, los comedores de las casas familiares y llegó hasta el salón del velatorio de mi madre, en el fatídico 1995. Mi hermano y yo, borrachos de dolor, no escuchamos los rumores. Los dos o tres uruguayos que habían viajado a Buenos Aires para despedirla estaban atónitos, sin saber si ofenderse por haber sido tomados por estúpidos o enorgullecerse por haber entablado amistad con una figura heroica, legendaria, internacional.

Esa especie de tía que llegaba a las reuniones con pasteles de espinaca en 1940 había dibujado los planos de la casa de Frida Kahlo para el asesinato de Trotsky, una información que nos causó estupor. Ese crimen, podríamos haber dicho nosotros, trotskistas viscerales, había sido la tragedia más grande de mi familia.

Una vez finalizado el entierro de mi madre, los amigos regresaron al Uruguay y ya no los vimos. Recién nos enteramos de la noticia

veintitrés años más tarde. Después de aquella primera revelación —que yo no creí—, mi hermano volvió a visitarme con toda la bibliografía fundante: el libro de Sudoplátov, subrayado con arrebato; el artículo de Fernando Barreiro en la revista uruguaya *Tres* con los testimonios de todos los amigos de nuestros padres; un casi inencontrable ensayo del español Javier Juárez; dos notas de los medios *Cambio 16* y *El País*. Se había publicado, también, un enorme corpus de ficciones sobre María Luisa.

Dos años más tarde decidí viajar a Montevideo. Yo estaba muy lejos de las utopías familiares y no me resultaba estimulante, en principio, escarbar en la vida de mis padres, sus amigos, sus amantes, su revolución. Desde muy chica había intentado escapar del ideal que soñaban para mí, una *muchacha moderna* del estilo de esas muñecas lesbianas, de pelo cortado a la *garçon* y jardineros a cuadros que me regalaban en los cumpleaños. Mis amigas las miraban con lástima; yo, con odio. Mi secreta heroína, de trenzas anudadas alrededor de la cabeza, bordaba junto a la chimenea con faldas severas, largas y fruncidas; yo era la Winona Ryder que quería ser monja en *Mi madre es una sirena*, la sor María de *La novicia rebelde*. Mientras en el living se exhibían los tomos hipersexuados de la Claudine de Colette, mi colchón escondía la saga moralizante de *Mujercitas*. Esa había sido mi lucha.

La circunstancia de que el libro que acababa de escribir se situara en el siglo XIX no era casualidad sino destino. El *vivir peligrosamente,* leitmotiv de mi madre —boina, pitillo de tabaco negro, pantalones *cigarette* de cintura alta, camisa abierta anudada bajo el pecho, casi podía escucharse la música de jazz—, era la condición misma de mi existencia. De otro modo, ¿se habría

escapado conmigo en brazos, recién nacida, del hospital Británico de Buenos Aires sin pagar la factura para unos meses más adelante irrumpir con brío, otra vez llevándome con ella, en un departamento de nuestro edificio donde vivía un niño enfermo de poliomielitis, con el propósito de desafiar a los vecinos ("pequeñoburgueses pusilánimes") que proponían decretar en cuarentena el piso y aislar a sus habitantes?

Me "cosía" los dobladillos de las polleras con alfileres de gancho; ignoraba que las zapatillas de lona de gimnasia —actividad del colegio que yo detestaba— se lavaban y pintaba las mías con tiza para blanquearlas (o ensuciarlas). Solía darnos a elegir entre ir al cine de la playa Malvín, en Montevideo, o a la pizzería; si tocaba cine no había pizzería, pero tampoco ninguna cena. Esta práctica desarrolló en mi hermano y en mí una mentalidad eminentemente práctica: nos gritábamos de cama a cama (en el medio había un ropero que dividía la habitación en dos) e imaginábamos copiosos festines. Nuestro deleite era retarnos a nombrar los platos —salía una milanesa napolitana, unos ñoquis con tuco—, un procedimiento cenestésico que nos impregnaba de saciedad y dicha.

La canción que sonaba en nuestro combinado era "La vie en rose", su grito de batalla. Porque su estrategia militar era decretar el rosa donde el mundo se mostraba marrón o gris. Al extremo de convertir a mi hermano en un *cross dresser* involuntario cuando lo mandaba a nuestros primeros bailes con unas camisas de color fucsia y con pinzas. Pese a la feminización que la ropa de mujer o las tareas domésticas que realizaba podría implicar —lustrado en "patines" de los pisos de nuestro apartamento, fritanga de boñatos semicrudos y sobre todo la producción de unos fabulosos purés Chef instantáneos

—, mi hermano no llegó a adherir a las filas de la Quinta Internacional, uno de los tantos eufemismos con que mi padre aludía a la homosexualidad.

Rehén de sus ideales, sus lecturas y su exaltación, yo no dejaba de amasar en silencio mi rebeldía. Una investigación en la que trabajé durante diez años sobre las hermanas Brontë no tuvo otro propósito que el de insertarme, durante la Inglaterra victoriana, en la vida parroquial de un pueblito recóndito de los páramos del Yorkshire; muy lejos de casa.

Crucé el Río de la Plata en barco a comienzos de 2020. Viajaba con reticencias, dispuesta a empezar la investigación y decidir sobre la marcha si seguiría o no el proyecto.

Capítulo 2

Los niños de María Luisa

Montevideo, 2020

Una vez que el barco atracó en el puerto salté al pequeño automóvil que me esperaba en la bodega. Aún no sabía que la pandemia de covid me rozaba los talones cuando atravesé Montevideo con el viento en la cara, por el camino de la rambla, decidida a rastrear lo que quedara de la vieja pandilla.

La ciudad era un paisaje yermo. Los amigos que no estaban muertos habían emigrado a Cuba o perdido la memoria. Algunos de ellos, como Juan Fló, habían sido hermosos y brillantes, unos personajes de Scott Fitzgerald; misteriosa y opaca, Esther Dosil de Ramírez podría haber protagonizado una novela de Graham Greene. En 2020 Fló padecía alzhéimer y no se acordaba de nada, pero, en cambio, la viuda del profesor Ramírez había dejado el casete secreto en el que recordaba demasiado. Antes de morir, la más íntima amiga de María Luisa había grabado unas declaraciones extraordinarias que nos involucraban a todos. Luego llegarían los hallazgos que aún no habían sido vistos por periodistas e historiadores: telegramas, informes forenses, mapas hidrográficos, los regalos que nos

incriminaban. Empecé por el hijo menor de Esther Dosil, Luis Ramírez, el ermitaño. El niño al que María Luisa había malcriado con vasos de vino aguado y tortillas españolas, el ahijado que adoptó al más sanguinario de los perros policía. Nadie lo había entrevistado, su existencia era un enigma. Lo llamé por teléfono con cautela, no en calidad de escritora sino en nombre de aquellos que habíamos sido, sesenta años atrás, los niños de María Luisa. No nos conocíamos, porque yo pertenecía a la segunda camada y él a la primera, pero accedió a que lo visitara. Animada por haber encontrado a esta estrella espectral conduje para el lado de Lagomar, camino a Punta del Este. Llevaba un whisky MacMillan y cuatro botellas del vino tinto más caro que pude pagar en la Tienda Inglesa de Carrasco. Por inspiración, por pálpito, pensé que ese obsequio podía vencer su reserva.

Los datos eran precisos: número exacto de manzana y de parcela, pero ninguno figuraba en Google Maps. Una vez llegada a Costa Urbana doblé kilómetros tierra adentro, en dirección contraria al Río de la Plata; me perdí entre solares humildes; hablé con familias alegres y bulliciosas con muchos niños; vagué por ranchos deshabitados y por otros superpoblados hasta que di con el indicado, donde me recibieron los ladridos furiosos de dos perros gordos de medio metro de alto con pinta de ovejeros belga. De pelaje encrespado negro, con los mechones enredados hechos rastas, tornaron en corderos apenas me agaché para tranquilizarlos. Acaricié sus cabezas amables y mugrientas en el umbral, mientras lo veía acercarse.

Luis Ramírez tenía 72 años. Enorme, con una cabellera blanca larga hasta los hombros, el bigote y la barba bajo la nariz inflamada

y roja no alcanzaban a tapar el rictus sombrío de sus labios y el entrecejo fruncido. Dejé el auto sobre el patio delantero de tierra, tras un viejo portón de metal bastante firme. Dentro de la vivienda un olor a moho o fermento, dulzón, penetrante, aumentaba la presión sobre mis sienes, agobiadas por treinta y ocho grados de un calor húmedo y pegajoso. El sonido de una radio llegaba de una pieza del fondo. Un imponente juego de comedor de madera rojiza, de esos de paraíso que se venden al costado de las rutas en el campo, ocupaba casi todo el aposento. Con tosca cortesía y respiración agitada de asmático o de oso de montaña, me condujo hacia un catre con almohadones que, como en mi casa infantil de Montevideo, hacía las veces de sofá. Una vistosa matera de cuero, sin su mate y su termo, colgaba de un clavo en la pared.

Después de entregarle las botellas encendí el grabador de mi teléfono, consciente de que, para evitar su rechazo, nuestra charla, al menos al principio, debía ser inofensiva.

—Antes de dejar el Uruguay, María Luisa repartió todas sus cosas entre los amigos. ¿A vos qué te dejó?

Me miró con fijeza. Domador de caballos, tropero y gaucho, peón de estancia; hosco, iracundo, hacía siglos que no hablaba de su madrina. La respuesta tardó en salir, ronca, entrecortada, envuelta en un intempestivo nudo de llanto.

—¡A mí me regaló la vida!

Charlamos durante tres o cuatro horas. Hubo abrazos, hubo sollozos. Cuando anochecía me acompañó caminando despacio hasta el umbral, con el aliento silbándole en el pecho. El olor de la casa, que no se me quitó ni siquiera luego de bañarme y de tirar la

ropa bajo la ducha del hotel, parecía gritarme que la historia de María Luisa había cobrado vida y sustancia.

Ahora debía encontrar al hermano mayor.

Hallar al Cabeza Ramírez, primogénito entre los niños que María Luisa cuidaba en los dormitorios, fue más difícil. Peregrino durante toda su vida, se había afincado por fin en Magé, a setenta kilómetros de Río de Janeiro. Solo luego de varias jornadas de indagaciones logré ubicarlo por teléfono.

El Cabeza es el espejo invertido de su hermano menor. Chistoso, veloz, inteligente, contradictorio, malhablado, en nuestras charlas —infinitas, a lo largo de dos años— nunca dejó de colar insinuaciones pícaras, observaciones de doble sentido.

—Yo era muy alborotador, tenía fuego en el culo.

—¿Y tu hermano Luis?

—Con él no me hablo hace años.

Los hermanos peleados a muerte, María Luisa en el centro del drama. Y sobre los tres, el peso del cadáver del padre. Las sospechas, las acusaciones a la madrina. Caín y Abel, una telenovela de espionaje.

No veía a Rodrigo, el hijo mayor de Fló, desde los años 60. El balneario de Bella Vista queda a pocos kilómetros del ranchito de su familia, donde habíamos pasado juntos algunos veranos. Su cabaña destila esa austeridad uruguaya tan entrañable: rodeada de un bosque de eucaliptos y aun así luminosa, tiene las paredes pobladas de bibliotecas y cuadros y un cristalino olor a mar. Más allá, en un claro de los árboles, se alza el taller, un espacio largo y angosto con

caballetes, mesas, dibujos apilados, pinceles, tachos y frascos de acrílicos y óleos, bastidores colocados uno tras otro, con obras terminadas y otras en proceso que me recuerdan la pintura abstracta rioplatense que tanto gustaba a mis padres. En plan de entender los acontecimientos y establecer algunas conexiones, en nuestras conversaciones tendimos una línea que unía a María Luisa, a mi madre, a su padre y a Esther Dosil de Ramírez. Gran artista visual, con ojos azules rasgados, pelo blanco y ese tono de barítono característico de los montevideanos, me habló de "la jauría impresionante, unas bestias" que María Luisa había dejado a su cuidado.

El hecho de que un amigo de la niñez hubiera heredado los perros de María Luisa tenía valor de documento histórico para mí. Rodrigo Fló y los hermanos Ramírez eran una prueba viviente de que los chiquilines a los que María Luisa cuidaba en los dormitorios formábamos parte de esta historia. Sí, esta era también nuestra genealogía.

Antes de dejar el Uruguay me topé con una documentación única que dormitaba en las carpetas de Fernando Barreiro. El periodista había sido el primero en abordar esta investigación y, en calidad de contemporáneo y amigo o conocido de los protagonistas de la trama, entrevistó a los implicados y también a los no implicados; llegó hasta la hija de Siqueiros, el nieto de Trotsky en México, exagentes de la KGB, la empleada doméstica de María Luisa en Rocha. Varias veces citado y sobre todo plagiado, el artículo que publicó en 1995 dio luz y trazabilidad a casi cuarenta años de las

andanzas de María Luisa. Conversamos durante horas, discutimos teorías, contrastamos datos y reportajes, volvimos a hablar dos o tres veces por semana, nos hicimos amigos.

Por su parte, el Archivo Fló incluía una correspondencia personal que develaba la maraña de emociones que desató el descubrimiento entre nuestra familia y nuestros amigos. Fló, filósofo, crítico de arte, tan cercano a nosotros no solo por afinidades políticas y literarias sino porque era cuñado e íntimo amigo del último amante de mi madre en Montevideo. Apenas se enteró del *affaire* María Luisa, se internó en una obsesiva investigación de la que obtuvo decenas de materiales. Su correspondencia de 1997 con Mario Fernández, el cónsul uruguayo en Génova, ilustra de modo vívido la perplejidad, el "torbellino emocional" como lo llamaron ellos, el *Zeitgeist* privado de la comunidad que rodeaba a nuestra amiga.

Esta es la primera carta de Fló, desde Montevideo, a Mario Fernández, en Génova:

"No es preciso que te cuente la revulsiva y desasosegante modificación del pasado. Por primera vez viví la experiencia de una modificación abrupta del pasado. Eso de que no podemos modificar el pasado tiene todavía un complemento que generalmente olvidamos: si bien está blindado para nosotros, que no podemos intervenir en él, él mismo es capaz de metamorfosis y catástrofes… Y sentí la necesidad de recuperarlo en su nueva versión del modo más preciso… Tú, que tanto trataste y quisiste a María Luisa, no podías sino ser el primer evocado cuando reviví mi experiencia de aquellos momentos".

Merced a las cuarentenas y prohibiciones impuestas por la pandemia, la tarea de investigación y escritura de este libro me llevaría cinco años. Si Fló había olvidado todo y mi madre y Esther Dosil de Ramírez estaban muertas, tendría que sortear las restricciones aéreas y visitar a los amigos que habían emigrado a Cuba, y debía hacerme con el testimonio de Tamara Ivánovna, una alumna de María Luisa en Moscú. El viaje al norte de África, en barco desde Algeciras a Tánger, era ineludible. Allí mismo vería cómo hacer el tramo por tierra hasta Ceuta. Se decía que María Luisa había sido secretaria de Trotsky en México. Debía averiguarlo con viejos trotskistas mexicanos, los amigos de mi padre. Pero antes era preciso volar a Inglaterra y tomar un tren hasta Cambridge para chequear los informes soviéticos depositados en el Churchill College.

Capítulo 3

Los topos salen de las madrigueras

Cambridge-Riga, 2021, 1992

El río Cam, supimos cuando ya estábamos a bordo de la barca alquilada, no llegaba hasta el Churchill Archives Centre. En el embarcadero me había encontrado con la traductora rusa, recomendada por una librera de Buenos Aires. Una trenza rubia le coronaba la cabeza. Enclenque como yo, cordial, Tasya no parecía sentir el frío de esa tarde gélida y gris. Estuvimos un buen rato haciendo equilibrio sobre la cubierta, intentando manejar el gigantesco remo, hasta que una atlética estudiante del Trinity apareció entre la niebla y se ofreció a conducir la barca hacia su *college*.

Pasamos un edificio renacentista, unos árboles que dormían sobre el Puente de los Suspiros, otro puente que parecía embrujado, los muros góticos del Trinity. Una caminata de veinte minutos nos separaba de los papeles de la KGB en esa tarde fantasmal, tan a tono, tan inglesa.

En el ingreso al Churchill nos quitaron pasaportes, tarjetas, teléfonos, mochilas y nos entregaron unos barbijos quirúrgicos.

Colocamos en sendas bolsas transparentes los utensilios que nos ofrecieron: lápices, hojas y unas finas maderas enrolladas para marcar el material sin ajarlo. La sala de lectura, a diferencia de las otras bibliotecas de Cambridge, era moderna, clara, despojada, una potente estructura de hormigón que no casaba mal con el realismo socialista. Mientras esperábamos las carpetas, Tasya me preguntó cómo habían llegado los documentos a ese pueblo medieval.

Durante mi viaje en tren desde Londres había leído el increíble peregrinaje. El primer informe había nacido en una oficina de la Lubianka de Moscú el día en que el agente Vasili Mitrokhin robó un documento y lo disimuló en sus zapatos. Entre 1972 y 1984 tomó notas de nombres, alias y misiones con letra liliputiense en unos fragmentos de papel que, doblados o hechos un rollo, por las noches guardaba debajo del colchón.

Los fines de semana llevaba el material a la dacha familiar, a treinta y seis kilómetros, y lo copiaba a máquina, hasta que la cantidad exorbitante lo llevó a guardar los manuscritos en crudo. Los primeros lotes se acumularon en una gran lechera de aluminio. Cuando el recipiente se llenó, las nuevas anotaciones se alojaron en un caldero de hojalata que se usaba para lavar la ropa. Su esposa, una médica especialista en otorrinolaringología, se unió a la tarea. Pronto llenaron dos calderos y dos cajas de aluminio. La altura de la dacha dejaba el espacio justo para que él se arrastrara por debajo de las tablas del piso hasta encontrar el mejor escondite. Cavaba los agujeros con una pala, rodeado de ratas.

Mitrokhin no era un agente doble ni un soplón de los servicios secretos occidentales: era un oficinista, un espía de segunda categoría que trabajaba en la inteligencia soviética desde 1948 y que

después de la muerte de Stalin se replanteó su visión del mundo, decepcionado de la revolución. Pese al peligro de terminar con un tiro en la nuca, poco antes de la caída del Muro de Berlín ya tenía decidido entregar los papeles a la inteligencia occidental. El riesgo insensato que se autoimpuso es, al parecer, único en la historia de los servicios secretos de inteligencia. Todos sus planes de evasión eran poco menos que suicidas, solo estaba seguro del último tramo: una vez desenterrados, los papeles esperarían en un buzón muerto cerca de Moscú para que los recogieran sus nuevos aliados.

En 1991, casi dos años después de la caída del Muro, la República de Letonia se independizó de los sóviets. Para Mitrokhin había llegado la hora de la acción directa. En marzo de 1992, ya con setenta años, abordó un tren nocturno en Moscú hacia Riga, la capital de la vieja república báltica. En su pequeña valija llevaba pan, salchichas, una botella de licor, ropa y —escondidas en el fondo— muestras de sus notas.

Se presentó en la embajada estadounidense vestido con esa pobreza digna y un poco desaliñada de los soviéticos, el gesto severo, la caspa cayendo sobre sus anteojos. No dio una buena impresión. Los empleados desconfiaron de su historia y lo despacharon.

De inmediato se dirigió a la embajada británica y pidió por "algún funcionario con autoridad". Lo recibió una joven diplomática que hablaba un ruso perfecto. Más astuta que sus colegas estadounidenses, lo invitó a tomar asiento y pidió té para dos. Él rebuscó entre las salchichas y sacó sus notas, que le extendió mientras explicaba que solo se trataba de una pequeña muestra de su extenso archivo personal. Acordaron una reunión, un mes más

tarde, con representantes del Servicio de Inteligencia Secreto británico, el MI6.

En la cita convenida entregó su pasaporte, su carnet del Partido Comunista, el certificado de pensión de la KGB y una carpeta con dos mil páginas mecanografiadas. Estos papeles ultrasecretos contenían los nombres de diplomáticos, ministros y congresistas italianos, ingleses y estadounidenses comprometidos hasta el cuello con el Politburó. Pasó el día respondiendo preguntas sobre su vida y su trabajo, que concluyeron en una invitación a Gran Bretaña para él, su esposa Nina y sus hijos. El contenido de los calderos y las cajas de aluminio —donde figuraban el nombre y las actividades de nuestra modista— fue empacado en seis grandes baúles. El Archivo Mitrokhin dejó la Unión Soviética en una operación cuyos detalles aún permanecen secretos.

Desde las ventanillas cubiertas de nieve de un viejo tren báltico, los Mitrokhin se despidieron de su patria. Era el 7 de noviembre de 1992 y se cumplía el 75° aniversario de la revolución que los había traicionado, o que ellos estaban traicionando.

Ya como ciudadano británico, se instaló en una oficina oculta de Londres para trabajar sin descanso, transcribiendo los manuscritos restantes y respondiendo las preguntas alucinadas de servicios de inteligencia de cinco continentes. Cuando el FBI se enteró de su error tuvo que admitir que los papeles Mitrokhin contenían la información más valiosa sobre la Unión Soviética que habían examinado nunca.

El Informe 166 del Archivo mencionaba a María Luisa como agente ilegal —un espía sin cobertura diplomática— con los nombres de María Luisa de Hernández Darbat, María Luisa Marchete, Znoy, Patria

y África. Deformados por las traducciones del ruso, los apellidos de sus tres maridos se mezclaban en las diferentes versiones del nombre. Se detallaban sus actividades como radista, el alias de su último esposo, Marko, y los nombres de cerca de una decena de agentes y colaboradores en Buenos Aires y Montevideo. Durante nuestra visita este informe estaba clasificado, inaccesible.

De las siete carpetas del Archivo, cuatro no estaban disponibles. La carpeta titulada Sudamérica: clasificada; Agentes secretos: clasificada. Nos entregaron Envelope K-9 History of Intelligence, en ruso. Esas hojas de papel, que en principio tomamos conmovidas, no habían hecho el camino de los zapatos, la dacha, el contenedor de leche de aluminio, el tren báltico. Si bien estaban tipeadas en una máquina de escribir con teclado en cirílico, eran apenas copias de los originales, vedadas a los investigadores. Solo al cabo de tres días de búsqueda nos topamos con el nombre de María Luisa. "Moy Bog", dijo Tasya, que es agnóstica. Mi Dios.

En esas letras cirílicas y con la traducción de Tasya pude seguir las actividades de María Luisa durante el año 1966, mientras nos cuidaba a nosotros, y en los años 1971 y 1972, cuando se fue del Uruguay. Tomé notas temblando; la información era valiosísima. En términos capitalistas, el viaje a Cambridge estaba amortizado con creces. El paso siguiente era Ceuta, en el norte de África.

Capítulo 4

Afriquita

Tánger-Ceuta-Riffien, 2021, 1909, 1933

Apretado contra mi nariz, endurecido por el polvo y la arena de Tánger, el precioso pañuelo de seda del Museo Victoria & Albert no impedía que un aroma mezclado de especias, orín y gato muerto me raspara la garganta. A mi derecha, una cabrita sentada sobre una mujer oculta tras su hiyab golpeaba la cabeza sobre mi hombro con cada frenazo del vehículo. A la izquierda, tres o cuatro muchachos se apretujaban contra la ventana, escuchando una canción o un rezo islámico, en un teléfono que se pasaban uno a otro. No entendí el nombre en árabe, pero en México a esos jeeps que trasladan a cinco o seis personas se los llama peseros.

Cuando llegamos a la última frontera de África, aun antes de pagar los veinte dírhams al conductor alcé la mirada hacia mi puerto de destino. En Ceuta me esperaba la sobrina nieta de María Luisa, a quien había contactado por la red social de un periodista de Tetuán. Antes debía cruzar la frontera. Viajando por tierra desde Tánger, el paso del Tarajal que separa Marruecos de España está encerrado entre colinas y, pese a la cercanía del mar, me parecía estar en un

desierto, rodeada de tierra amarilla y piedras blancas y a merced de un aire que me cortaba los labios. Seguí los pasos de mis compañeros de pesero hacia una pequeña multitud que se anunciaba con un coro de murmullos en árabe y lenguas bereberes, que yo no sabía distinguir. Empujé con vacilación mi valija con ruedas en dirección a un pasillo de aspecto carcelario hecho de rejas azul eléctrico, estrecho y largo. Con dos pasaportes sudamericanos, sin saber cuál era el apropiado para cruzar, me detuve en la fila que terminaba en una garita gris. A mi lado, decenas de gendarmes con perros policía patrullaban entre los vallados de metal buscando inmigrantes ilegales, contrabando, drogas o quién sabe qué diablos.

En el piso, donde yacía abierta mi maleta, el pasaporte equivocado que denunciaba una visa de turista vencida emergía entre mi ropa interior de Victoria's Secret y un regalo que le llevaba a Afri. La sobrina nieta atesoraba bolas de nieve, el objeto más inapropiado, por su peso y fragilidad, para cruzar el Atlántico. Volaban granitos de tierra seca y los empleados de la Aduana, que no eran oficinistas sino militares, hablaban en un francés enrevesado. Con ánimo de ayudarme, las mujeres a las que había cedido mi lugar para no atascar la fila gritaban al oficial, un moreno de ojos verdes metálicos e implacables, unas palabras ininteligibles. Apartando un perfume, botas, medias, yo revolvía mi equipaje con frenesí, tras algún documento que me permitiera salir de Marruecos, hasta que por fin apareció una tarjeta de residente en España. Me despedí de mis amigas marroquíes y busqué con la mirada a la cabrita. No la encontré. La que yo creía una mascota iba camino a la muerte: faltaba poco para Eid al-Adha, la ceremonia del sacrificio musulmán.

Me recorrió un escalofrío al pensar en la vida de frontera y en nuestra amiga española. De modo que aquí se había criado.

Me encontré con Afri en la puerta de la iglesia Santa María de África, patrona de Ceuta. Es que este Ceuta, un enclave español de diecinueve kilómetros cuadrados, metido con fuerzas militares en la península de Almina, tiene la avenida de África y la plaza de África, el santuario de Santa María de África y la farmacia y la tienda de Santa… María Luisa había nacido en Ceuta y se llamaba África, y para diferenciarla de una tía materna, que también se llamaba África, le decían Afriquita. Sus sobrinas y sobrinas nietas se siguieron llamando África, como Afri. La familia había descubierto que su parienta era una espía de los sóviets a fines de la década de los noventa, cuando las revistas españolas divulgaron los informes de los exagentes. Gestora inmobiliaria, coleccionista *amateur*, de orientación política más bien conservadora, Afri no se sentía a gusto con el relato sobre su tía abuela. Mientras desenvolvía la bola de nieve con dos bailarines de tango me dijo que desde niña, en las tertulias de los domingos, escuchaba hablar en voz baja de "la prima roja" y sabía que debía quedarse calladita. "Para una familia de militares como nosotros, de derechas, ella era la oveja negra. Era una mancha muy grande".

Si durante mi visita la ciudad tenía aspecto español y marroquí, plazas y cafés, minis, jeans y chilabas, en los comienzos del siglo XX había estado poblada solo por personal militar y por sus familias. Plaza fuerte y presidio, pegada a Marruecos, Ceuta dependía políticamente de Cádiz desde 1912.

Zoilo de las Heras Jiménez, un humilde archivero de las oficinas castrenses, había emigrado desde Sevilla tras los pasos de un

hermano brillante, el prohombre del pueblo. Fundador de periódicos, monárquico, abogado, juez y finalmente alcalde, don Julián hizo una gran carrera sin dejar de apoyar a Zoilo y al hermano militar, Manuel, que también lo había seguido. Estos tres estratos del núcleo de hermanos van a ser esenciales a la hora en que María Luisa tenga que escoger un padre ficcional para su vida como agente ilegal.

Pronto Zoilo se casó con Virtudes Gavilán de Pro, hija de un industrial toledano, y la pareja se asentó en la calle Soberanía Nacional 83, que luego se llamó calle Real. La vivienda que me mostró Afri en Ceuta concordaba con el rango de Zoilo: dos pisos con una joyería en la planta baja, ni balcones ni jardines; tampoco un patio descuidado que deshonre a un miembro de esta pudorosa clase media. Aunque no tenían fortuna, el linaje que provenía de Sevilla y de Toledo les daba cierto aire de nobleza dentro de la sociedad ceutí. La primera hija se llamó Virtudes, como la madre, y heredó su belleza clara y los ojos almendrados. Afri me dijo que Virtudes era tan bonita que por la calle llamaba la atención. A la segunda hija, que nació el 26 de abril de 1909, le pusieron el nombre de la patrona de la ciudad, Santa María de África. El aspecto de Afriquita era muy diferente del de su madre y su hermana: ojos grandes renegridos, labios llenos y un cutis aceitunado podían hacerla pasar por gitana. Esta es la historia oficial.

La ilegítima la contó Esther Dosil de Ramírez en la grabación que dejó antes de su muerte: "Era hija natural del padre y de una gitana y ni bien nació, el padre se la trajo a su casa y la inscribió como suya, y la esposa del padre la crio como propia". Esto le había dicho María Luisa. Cuando le conté esta versión, Afri la negó rotundamente.

Fuera cual fuese la verdad, por las tardes María Luisa y su hermana Virtudes jugaban en el patio de la casa del tío Julián junto a su prima. Se disfrazaban, inventaban vestidos, hacían travesuras. La pícara Virtudes era la más revoltosa. Su hermanita, en cambio, era inteligente y reservada. La familia recuerda que pese a ser "el ojito derecho de su padre", no era afectuosa. "¿Dónde está la reina de la casa?", exclamaba Zoilo al entrar en el salón de su hermano Julián, donde las niñas jugaban. Quien salía corriendo a abrazarlo era Virtudes.

Las dos niñas cursaron la escuela primaria en el colegio de monjas de La Inmaculada. Apenas empezó a crecer, María Luisa mostró una rebeldía que apenaba a su madre y enfurecía al padre. Conservador y católico de misa diaria, rígido y dictatorial, Zoilo decidió mandarla pupila al estricto colegio Sagrado Corazón de Jesús, en Madrid. En 1923 fue trasladado a Melilla, otra ciudad española inserta en África. María Luisa ya tenía catorce años y fue enviada, con Virtudes, al colegio del Monasterio del Nuevo Destino.

De vuelta, miradas de reojo por la pudibunda población ceutí, las adolescentes empezaron a fumar, a manejar automóviles, a practicar deportes y a pasear solas. Virtudes tenía una belleza discreta, con su pelo siempre recogido en bandó; María Luisa llamaba la atención de los vecinos con su desparpajo, su figura atrayente y la ropa provocativa. Llevaba los ojos muy maquillados, faldas mucho más cortas que las de su hermana y blusas de colores vivos que le descubrían el nacimiento de los pechos; caminaba con donaire, moviendo las caderas como una andaluza sensual. Fue la primera mujer que usó pantalones en la ciudad, y su corte y ajuste alentaron los chismorreos y afilaron muchas lenguas.

Por entonces se hizo amiga de Isabel Mesa Delgado, conocida como Carmen Delgado en la resistencia republicana. Nunca antes se había topado con una activista. Deslumbrada, la escuchaba discutir ideas y reclamos con sus colegas, las costureras y modistas de los talleres de la ciudad. María Luisa encontró en esta muchacha, cuatro años menor, que atesoraba el carnet número 1 del Sindicato de la Aguja, un modelo desconocido de mujer libre y aventurera.

A los dieciocho años se enamoró, o no se enamoró, de Francisco Javier Arbat Gil, guapo, valiente, segoviano, seis años mayor y militar distinguido por su arrojo en la guerra de Marruecos —una herida, una medalla, un ascenso a capitán— cuando combatió en las filas franquistas. Presionada por la familia o deseosa de alejarse de ella, María Luisa se casó a los diecinueve años. La ceremonia se ofició el 28 de agosto de 1928 en la iglesia del Sagrario de Ceuta y el testigo de la novia fue el supertío Julián. Ante el oficial del Registro Civil ella declaró como oficio "sus labores".

Apenas dos semanas después del casamiento Francisco fue destinado al cuartel de Riffien, seis kilómetros más allá de la frontera marroquí, con un puesto importante: el mando de la Cuarta Compañía de la Bandera de Depósito. Las rutinas del cuartel, aun cuando la pareja contaba con una residencia para los oficiales, tenían que ser desesperantes para una muchacha que deseaba ser independiente. Disponían de alumbrado eléctrico, agua corriente y una biblioteca con algunas enciclopedias y libros de estrategia, salas con billares y mesas para juegos, un horizonte de expectativas más chato que una peseta.

Se dice en la familia que la catástrofe los acechó desde sus inicios, que María Luisa estaba siempre inquieta e irritable. Ella contó más

adelante que no podía soportar los modales humillantes y vejatorios de su marido, que chocaban con sus ideas y temperamento, absolutamente opuestos. Acababa de cumplir los veintiuno cuando nació su hijo.

La debacle llegó poco después. Los datos discordantes que fue difundiendo María Luisa desorientaron a los historiadores, que no lograron llegar a la verdad sobre el destino del niño. De acuerdo con los datos que ella deslizó ante los amigos españoles y uruguayos, su hijo se llamaba Julián y había muerto al cumplir los doce. En mis indagaciones encontré el testimonio de un republicano que lo ubicaba, entre los cuatro y los doce años, entre los "niños de la guerra" españoles enviados a la Unión Soviética. Me sumergí entonces en las vidas de los pequeños exiliados y escribí a orfanatos e instituciones rusas y españolas buscándolo. No figuraba en la Asociación Niños de Rusia, ni en la escuela-internado Interdom en Ivánovo, que daba refugio a los hijos de revolucionarios comunistas del mundo, pero los anotaba con nombres ficticios. Solo después de perderme en infinitos callejones sin salida, en el Registro Civil de Ceuta di con el certificado.

El verdadero nombre era Francisco Javier Manuel —los dos del padre y el del tío materno, el general— y murió el 29 de agosto de 1931 de meningitis. El bebé vivió solo seis meses, y su sufrimiento y agonía —fiebre, náuseas, vómitos, dolores de cabeza— deben de haber enloquecido a la inexperta María Luisa.

La pareja se desmoronó pronto. Ella lo abandonó sin dar explicaciones, sin decir adónde iría ni con quién. "Yo he escuchado que era muy egoísta, que miraba por sí misma y nada más. La convivencia fue muy difícil entre ellos dos, muchas peleas, y todo era

por ella, porque quería ser independiente, no soportaba al hombre de esa época, que era muy machista, no soportaba vivir entre mujeres y como esas mujeres", me dijo Afri en el café ceutí donde conversamos por horas, antes de ir a pasear por la ciudad.

También me contó un rumor que corría por el pueblo: se sospechaba que ella había matado al marido militar. "No tenía ni un escrúpulo". Pero Francisco cayó en la batalla del Jarama en febrero del 37, ya ascendido a capitán de las fuerzas franquistas, le repliqué. Mis argumentos no cambiaron su opinión.

Luego de la separación, María Luisa se reunió en Ceuta con su familia. Si el sueldo de Zoilo apenas alcanzaba para mantener a todos, su muerte en 1933 aniquiló todo trazo de prosperidad. Afri me contó que el tío Julián invitó a las mujeres a vivir en su casa, un chalet muy grande con palmeras y un terreno enorme en el centro de la ciudad. Por entonces ellas vestían de negro por el luto, y Virtudes hija usaba un sombrero y un velo que la hacían aún más hermosa. Ponto se casó con un agente de aduanas y se fue a vivir a Tánger, y luego a Tetuán. Con el deseo de dejar atrás el ambiente pueblerino y empezar una nueva vida, María Luisa viajó a Segovia con su madre para luego seguir camino hasta Madrid. Como uno de esos héroes de provincias en las novelas de Balzac, tenía la ambición de conquistar la gran ciudad.

Capítulo 5

La pensión

Madrid, 1933-1934

Virtudes y María Luisa aterrizaron en un hospedaje madrileño con la intención de que la muchacha consiguiera un trabajo, ya que la viuda solo contaba con una exigua pensión. Hacía dos años que se había proclamado la Segunda República y expulsado a la monarquía de la esfera del poder. La ciudad ardía de acción política, de mitines, de canciones. La pensión en la que se alojaron, posiblemente recomendada por Isabel Mesa, era una madriguera de revolucionarios que discutían y repartían panfletos en la mesa del comedor, en los pasillos, en los cuartos.

María Luisa no esperó mucho para empezar a trabajar en una fábrica y menos para hacerse de amigos. El pasado, en cierto modo, había quedado atrás. Segura de sí misma, reflexiva, guapa e inteligente, ahora podía subir los ruedos de sus faldas y bajar los escotes de sus blusas sin que la persiguieran los chismes de las matronas.

En el hostal vivían dos dirigentes sindicales, fervorosos activistas, entusiastas, enamoradizos. Luis Pérez García Lago, hermano de la

dueña de la casa, era un joven bancario afiliado a la combativa Unión General de los Trabajadores. Amaro del Rosal, militante socialista. Las conversaciones hasta la madrugada, los cafés y las charlas encendidas urdieron una solidaridad estrecha, una camaradería que confluyó en la afiliación de la muchacha a la Agrupación Socialista de Madrid. Los amigos formaban una trinidad fogosa y politizada que excluía y asustaba a Virtudes.

María Luisa visitaba regularmente la segunda planta del hotel Colón, sede de las nuevas juventudes comunistas, donde participaba como secretaria de producción una nueva amiga. Aguda crítica de arte, Margarita Nelken había trabajado en el Museo del Prado y era autora del ensayo *La condición social de la mujer*, una auténtica protofeminista que le transmitió las novísimas ideas de autonomía femenina, soberanía sobre su propio cuerpo, la sexualidad como actividad separada de los sentimientos, su independencia del mundo masculino.

La rutina era ocho horas diarias de trabajo en una fábrica textil, activismo político y lectura de sus primeros libros marxistas (*¡El capital!*). Seguramente por influencia de Margarita Nelken, a la salida tomaba clases de dibujo en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, a pocos metros del hospedaje.

Desesperanzada por las aficiones políticas de su hija y, sobre todo, por las personales, Virtudes decidió dejar la capital y reunirse en Tánger con la hija mayor. En nuestra charla, Afri cargó contra García Lago como responsable del alejamiento entre madre e hija. Es cierto que María Luisa se enamoró y que este amor condensó la distancia definitiva con la familia, pero quien influyó de manera más decisiva en sus nuevas ideas fue Margarita. Ya había decidido que

permanecería en la capital, donde muchas veces recibía ayuda del tío Julián.

En octubre de 1934, cuando se incorporó al gobierno republicano centrista una coalición de derechas, hubo un llamamiento a la huelga general. La insurrección, que brotó entre los mineros de Asturias, se expandió con velocidad. María Luisa se convirtió en una miliciana que transportaba armas, llevaba y traía mensajes entre Oviedo y Madrid, apuntalaba a los grupos que resistían en las calles. Los activistas de este periodo la describen como una compañera solidaria y comprensiva, con un aire de misterio lleno de erotismo.

Entonces dejó sus vestidos y sus escotes para enfundarse en un mono azul que realzaba su atractivo. Me contó Afri que en una revuelta cerca de Zaragoza se topó con Francisco Arbat Gil, su esposo: "¿Te has vuelto loca?", la increpó. Él formaba parte de la tropa enemiga; en vez de detenerla, la metió en un tren rumbo a Madrid.

Los camaradas se reunían hasta el amanecer en una academia de contabilidad en la calle del León, del Barrio de las Letras, donde se había instalado el centro de operaciones. Luego de las acciones y de las reuniones y los mitines, ella se reportaba ante Amaro del Rosal y García Lago, que coordinaban buena parte de la insurrección. Esta era la vida que siempre había anhelado tener, le dijo a Amaro.

El 17 de octubre, durante los últimos enfrentamientos en Asturias, empezaron las detenciones. García Lago fue apresado mientras Amaro del Rosal, con documentación falsa a nombre de un camarada del sindicato bancario, se subió en un tren rumbo a Orense. Lo acompañaban, en un compartimiento de primera clase, la auténtica esposa y el hijo del sindicalista y María Luisa con el título

de cuñada. Los guardias civiles que entraron al vagón para registrarlos los tomaron por una típica familia gallega de regreso a su terruño.

Este juego de identidad apócrifa no era el primero, si se toma en cuenta que ya había falseado su historia ante los compañeros. En sus memorias, Amaro la recuerda como hija del general Manuel de las Heras, en realidad su tío: "Su fusilamiento, su sangre, fue la que ahogó la monarquía de Alfonso XIII…". Era una doble mentira: no solo el tío Manuel no era su padre; tampoco era republicano, como ella dijo, sino monárquico. Gobernador militar de Huesca, en la sublevación de Jaca cayó defendiendo a Alfonso XIII y no a la República. En los años siguientes, María Luisa se lo siguió adjudicando como padre ante la mayoría de sus amigos y camaradas.

Mientras sus falsos parientes quedaron en Galicia, Amaro siguió viaje a Portugal y María Luisa esperó unos días para volver a Madrid. García Lago había ingresado a la Prisión Modelo y ella le llevaba todos los días noticias, víveres, mantas, periódicos. Su entrada causaba conmoción entre los detenidos. En el salón de recibo conoció a otro presidiario, el joven Santiago Carrillo: "La recuerdo como una morena guapa, rellena y potente, y la verdad es que no me agradaba nada ver a aquella joven tan atractiva estando como estaba yo en prisión". El efecto que causaba en los hombres era fulminante. No por nada varios años después el jefe de la KGB Iósif Grigulévich la definiría como una "roja Venus latina".

En Ceuta todavía se habla del viaje furtivo de 1936. Era marzo y se decía que María Luisa había ido a Tetuán para llevar documentos falsos a los socialistas, perseguidos por la guardia civil. Me dijo Afri

que su partido la había mandado a Tetuán a "eliminar republicanos" pasándolos por Marruecos, para que pudieran escapar y tomar barcos rumbo a la Argentina.

Pero también se afirmó que el motivo principal del viaje a Ceuta fue advertirle al tío Julián que su nombre estaba en la lista negra de la Falange. "Vete de aquí que te van a matar". Julián de las Heras fue asesinado el 11 de abril a solo doce días de este aviso, en una de las curvas de la calle Canalejas, cuando regresaba a la madrugada del Casino Africano. Bisnieta directa de Julián, Afri me aseguró que no lo mataron por causas políticas sino por política sindical. Don Julián, abogado defensor de trabajadores de la naviera de la zona, tenía muchos enemigos poderosos. La Falange no podía querer matar a un hombre de su movimiento.

Entonces me decidí a preguntarle a Afri lo que me pregunté tantas veces mientras trabajaba en este libro: ¿qué fue lo que llevó a su tía a volverse una espía? ¿Hubo un suceso fundante? ¿Desencuentros, odios? ¿Una ruptura? En la familia preferían no hablar y Virtudes, la madre, echaba todas las culpas a García Lago. Así lo entendía también Afri. En cambio, yo creo que la culpa fue de Barcelona.

Capítulo 6

El mono de miliciana

Madrid-La Habana-Barcelona, 1936, 2022, 1937

García Lago salió en libertad a comienzos de 1936, con la amnistía del gobierno del Frente Popular. Fue entonces cuando la pareja inició su convivencia y oficializó, como si fuera un casamiento, el pasaje de las Juventudes Socialistas a las Juventudes Socialistas Unificadas, un nuevo frente más afín a la Unión Soviética y a Stalin. Una ficha policial los ubica en la calle República Argentina 220 de Madrid, domicilio de un local de la organización.

En los primeros días de julio, siguiendo una directiva del movimiento o porque los acontecimientos que vendrían ya se palpitaban, viajaron a Barcelona. Solo un par de semanas más tarde se produjo el golpe de Estado contra el gobierno de la República. María Luisa y García Lago se sumaron a la lucha el mismo día del alzamiento, mientras los soldados y guardias franquistas se atrincheraban en el edificio de Telefónica. Los incidentes armados brotaban en cada calle, en las fábricas, en la universidad, hasta que a las seis de la tarde del 19 de julio la comandancia militar rebelde alzó una bandera blanca. Cuando se corrió la voz, cientos de

milicianos se apretujaron en el asalto para ejecutar al general Goded, jefe de la revuelta. Entre los combatientes emergió la figura de una mujer vestida con un mono azul, la militante comunista Caridad Mercader. Gran oradora, exhortó a la multitud a perdonar la vida del adversario y a entregarlo a las autoridades. María Luisa sellaría con ella un vínculo que marcaría un giro para siempre en su vida.

La insurrección no se consideró sofocada en toda Cataluña, de todos modos, hasta el 22 de julio. Entre ese verano y el otoño, Barcelona fue una ciudad tomada por milicianos, por obreros; fue la Revolución francesa y la toma del Palacio de Invierno. Las banderas rojas y negras colgaban de los edificios requisados, la hoz y el martillo cubrían las paredes, por los altavoces de las ramblas sonaban las canciones revolucionarias. Las tiendas y los cafés habían sido colectivizados, hasta los limpiabotas se habían unido y pintado sus cajones de los colores anarquistas. Las barberías advertían con carteles: "Dejamos de ser esclavos". Todos se llamaban camaradas, no había más "don" o "señor". El escritor George Orwell, que había viajado a Barcelona para escribir un artículo, se contagió del ambiente revolucionario para alistarse como miliciano. No escribió su artículo sino una crónica febril que luego se publicó como libro, *Homenaje a Cataluña*. Apenas llegó al hotel, el regente le echó una reprimenda al descubrirlo intentando dar una propina al ascensorista: las formas de tratamiento servil habían desaparecido. Ya no se veía gente bien vestida sino con ropa de trabajo, monos oscuros o prendas que se emparejaban con los uniformes de miliciano: bombachos, polainas, calzoncillos largos, botas de caña

alta y cazadoras con cierres, gorras y pañuelos rojos alrededor del cuello. Las clases acomodadas estaban escondidas o fugadas.

La agitación cruzó las fronteras y los mares. André Malraux, Ernest Hemingway y otros escritores viajaron a España como corresponsales o soldados para escribir o pelear en la Guerra Civil. Los estudiantes de Cambridge, de la Sorbona se unían a las Brigadas Internacionales. En este fervor narcotizante, María Luisa actuaba como una militante estajanovista, al estilo de esos obreros soviéticos que competían por elevar el rendimiento de producción de su trabajo. En esos días le dijo a otra Margarita, la camarada Abril, que se había desligado de su familia y que vivía "integrada en otra, de obreros comunistas". Esa frase hablaba de una decisión de vida o muerte, condensa mi pregunta a Afri y le da sentido a todo lo que vino después.

Son muchos los republicanos que luego hablaron de su coraje y la recordaron entregando fusiles, armando barricadas. Usaba el pelo recogido en un rodete, que convirtió en una melena corta. En ese clima de euforia fue incorporada a las Milicias Antifascistas de Cataluña, creadas por un decreto de la Generalitat dos días después de la rebelión. A las veinticuatro horas formaba parte del Comité Central, con sede en el Club Náutico. En esas semanas vertiginosas se separó de García Lago y empezó su vida como mujer independiente.

No deben de haber pasado un par de días cuando fue nombrada jefa de una de las Patrullas de Control, a cargo de la sección Denuncias e Investigaciones. Estos grupos hacían registros de los ciudadanos, apresaban a los franquistas o a los sospechosos de serlo, recorrían las calles para aplastar posibles conspiraciones

contra la República. Esta labor policial, que no tenía buena fama ni entre los republicanos, funcionaba en un antiguo convento entre las calles San Elías, Alfonso XII, Vía Augusta y Tavern, devenido centro de reclusión que luego se dio a conocer como la *checa* de San Elías. En un principio, estaban integradas no solo por anarquistas de la CNT sino también por comunistas, republicanos de la UGT, militantes de la Esquerra y los trotskistas del Partido Obrero de Unificación Marxista, el POUM, al que mis padres nombraban con veneración.

En los procesos posteriores a la guerra, tres presos de San Elías identificaron a María Luisa por su nombre y por el mono azul. El monárquico Eduardo Custodio Sáiz acusó a una "señorita conocida por África" como interrogadora; el militar Luis Asúa Serjoan declaró que en San Elías "vio a una mujer llamada África, la cual efectuaba interrogatorios" y el civil Carlos Brasso Tintore la mencionó como "una tal África, que iba vestida de miliciana".

El escritor Jaume Miravitlles, dirigente de Esquerra Republicana, tiró las miguitas de pan que yo seguí en mi investigación, segura de haberla reconocido: "Era el prototipo de la mujer sexual: con su mirada y su voz invitaba a la acción y prometía quién sabe qué cielos prohibidos a los compañeros que formaban su patrulla… Después me aseguraron que, en el tercer piso del Náutico, convertido en Cuartel General de las patrullas, se habían producido escenas de una extrema violencia, tanto respecto a asesinatos como a orgías sexuales… Me contaron mucho después, cuando ya no existían las patrullas y se había normalizado relativamente la situación, que, de vuelta de su siniestra guardia por la ciudad, después de haber matado, o visto matar, a muchos inocentes, aquella pequeña célula de seis hombres y una mujer se trasladaba al Náutico, subía al tercer

piso y, en la quietud de la madrugada, en el silencio glacial de las primeras horas del día, los seis integrantes de la patrulla hacían el amor con África. Según parece, algunos de ellos repetían. Quiere decir que, en dos horas, África era objeto de ocho o diez asaltos sexuales".

El hecho de que Miravitlles haya sido secretario general del Comité Central de las Milicias Antifascistas de Cataluña sugiere que la información provenía de primera mano. Disparatada, discriminatoria e improbable, la declaración subvierte toda categoría, toda formulación clasificatoria. María Luisa —practicante manifiesta del amor libre— podría haber propiciado algunos de los encuentros: era la jefa de la patrulla. En ese caso, su comportamiento bordeó los límites de lo moralmente aceptable, pero no en términos convencionales sino en términos de una apropiación, un robo de las libertades masculinas para hacerlas propias. Y no se trató de saberes simbólicos; fue una puesta en acto. Su amiga uruguaya Elsa Methol me contó que, tal cual ella y mi madre la conocieron a fines de los años 40 en Montevideo, las instaba a ejercer la libertad sexual y la autonomía *a fondo blanco*.

Con mi madre ya muerta, Elsa era mi única interlocutora posible, pero vivía en Cuba desde los años 60.

Llegué a La Habana desde Miami, por alguna complicación en la conexión de los vuelos. Mis compañeros de viaje esta vez eran pitiyanquis, gusanos, refugiados políticos, exbalseros que se fueron pa'la Yuma y se afincaron allá, en Estados Unidos. Volvían a la isla llenos de bolsas de compras con jabones, café, falsas zapatillas Nike

y peluches gigantes de colores fosforescentes para regalar a sus parientes.

Aterricé en la Cuba socialista un poco emocionada, pero no tanto por razones políticas como sentimentales. Aunque mis inclinaciones literarias me mantuvieron al margen de toda idea de revolución, no desconocía que el socialismo era algo así como una tierra natal, la patria simbólica a la que pertenecía. Durante mi niñez en Montevideo, en mi familia solo se hablaba de la guerrilla cubana, nuestro Chanel era el tabaco negro Caporal y los discos que escuchábamos en el combinado eran de Carlos Puebla, que imitaba la voz ronca y sexy de Fidel: "¿Voy bien, Camilo?". En La Habana vieja, unos muchachos que repartían las raciones subsidiadas (frijoles, arroz, sal, té, azúcar, cigarrillos) me susurraron que fue Fidel quien dio la orden de derribar el avión donde murió Camilo Cienfuegos. Pero… ¿y la canción de Carlos Puebla? ¿Y mi infancia? No quise escucharlos y me subí a un pesero (otra vez) que me llevó a Miramar, el barrio de los ricos que escaparon con la llegada del socialismo. El almendrón verde esmeralda, un magnífico Ford Thunderbird del año 1956, me dejó apestando a humo y a gasoil a pocas calles del apartamento donde vivía Elsa Methol, redil de exiliados latinoamericanos y periodistas extranjeros. Miramar me recordó un poco al Malvín de los años 60, con esa arquitectura simple y limpia, las veredas anchas y las casas bajas o los edificios de pocos pisos.

Elsa era casi la única de la barra de mis padres que continuaba con vida y con memoria. Después de quitarse el barbijo para tomar el primer café, la recordó locuaz, cultísima: "Conversaba como una trastornada, tenía un léxico muy lindo y las cosas sobre sexo que

nos contaba yo no las había escuchado nunca. Era muy liberal. La mujer más liberal que conocimos en el Uruguay". Desechó el tono sexista y despectivo del testimonio de Miravitlles, pero no rechazó su verosimilitud. "¿Y por qué no? Ella muy bien podría haberlo hecho, si se le antojaba". No me sorprendí. De una manera íntima que no albergaba ninguna duda, yo sabía que *era cierto*. En este pliegue de la vida de nuestra agente secreta, la fachada y la trastienda eran una sola. Esta charla con Elsa Methol —era la voz de las amigas— operaba como una prueba alegórica de las actividades sexuales de la Patrulla de Control.

Ellas —María Luisa, Elsa, mi madre— podrían haber escrito aquella inscripción en el muro de la Sorbona durante el Mayo francés: "Cuanto más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor. Cuanto más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución". De ese tenor era la estela que la española me dejó en su revulsiva trayectoria, una estela que burló todos los controles de la KGB y que me fue guiando tras sus huellas.

Los excesos de las Patrullas de Control fueron un asunto público: llovían las denuncias. La Generalitat de Cataluña las disolvió, por decreto, en marzo de 1937. Y los rastros de María Luisa fueron borrados hasta de los informes de la Policía. Los activistas de base de Barcelona se preguntaban por su ausencia y no encontraban respuesta: se había evaporado de las reuniones, de las calles, de las habitaciones compartidas y de las patrullas. A fines de 1937 su vida, y hasta su nombre real, entraron en penumbras.

García Lago se fue a Lérida, donde se convirtió en secretario regional del nuevo frente comunista y parte del comité de milicias local; ya no se lo vio con ella. Pero María Luisa no se había esfumado de la faz de la Tierra: ni secuestrada ni asesinada, había cambiado su identidad. Para sus amigos más cercanos era un secreto a voces que había sido contactada por "los rusos". Su camarada Gregorio López Raimundo recordó su valentía, sus convicciones ideológicas y también, su carácter frío, distante y duro. Él y José Gros, un comunista catalán, coincidieron en que había sido captada por la KGB.

Capítulo 7

Las amigas

Barcelona, 1936-1937

Caridad Mercader, la Pasionaria catalana, se llamaba a sí misma "la primera amazona española". Una foto de juventud la muestra montada sobre un zaino brioso y vestida con camisa blanca, *breeches* y botas de cuero. Su porte es desafiante, distinguido, con el pelo claro corto y lacio y unos ojos verdes destellantes que son un puñal. Decía que su padre, Ramón del Río, había sido gobernador de Santiago de Cuba y libertador de esclavos, pero en realidad solo había sido un caribeño de fortuna emigrado a Cataluña. Como María Luisa, Eustacia María Caridad del Río estudió en el Sagrado Corazón de Jesús, aunque una lo hizo en Madrid y la otra en Barcelona. Estuvo a punto de hacerse monja, pero torció su destino para casarse, a los dieciséis años, con Pablo Mercader Marina, un próspero burgués. Tuvo cinco hijos, en una sucesión que abarcó toda su juventud, desde antes de los veinte hasta pasados los treinta años. Inteligente y de carácter fuerte, a los dieciséis padecía de una apatía sexual que el matrimonio no hizo sino acentuar. El esposo era siete años mayor y estaba empecinado en despertar su

deseo. Después del primer desencanto, empezó a llevarla a recorrer prostíbulos, donde la forzaba a espiar en las habitaciones a través de unas mirillas, pero la experiencia no dio el resultado esperado.

Mientras tanto, la fortuna familiar se iba evaporando. Con sus hijos aún pequeños, ella tuvo que empezar a trabajar como profesora en colegios y liceos. Y aquí, en el nuevo mundo que iba conociendo, no solo en las escuelas sino en las tertulias juveniles afines con el anarquismo, se fue alejando de su espacio social para acercarse al activismo radical. Situada en la vereda opuesta a la de su esposo, que era militante del nacionalismo catalán, comenzó a contrabandear entre sus nuevos amigos anarquistas la información política que recababa en su familia. Era una agente doble espontánea, todavía lejos del espionaje organizado. Su hermano, el juez José del Río, le contaba los entresijos judiciales de los procesos contra los anarquistas y ella pasaba la información al otro lado. Cuando la familia se enteró de estas delaciones, respondió con una violencia y perversidad inusitadas. En una acción conjunta entre su esposo y sus hermanos, con la complicidad de médicos y otros familiares la declararon insana. Una noche, de improviso, fue internada a la fuerza en un hospital psiquiátrico, donde permaneció incomunicada durante tres meses. Allí se volvió adicta a la morfina, una dependencia que continuó durante varios años.

Una vez fuera de la clínica, peleada con toda su familia, sin dinero, se fugó con los cinco hijos al sur de Francia. Se supo que dirigió un restaurante en Toulouse, pero también que intentó suicidarse y que estuvo a un paso de la muerte. Advertido del peligro, su marido averiguó su paradero y la siguió para llevarse a tres de sus hijos: la única mujer y dos de los varones. Ramón y Jorge se quedaron con

ella. Por eso Ramón hablaba un francés perfecto que le permitió, años después, pasar por belga ante Trotsky en México.

Tras la proclamación de la Segunda República, Ramón se instaló en Barcelona como empleado del hotel Ritz. Los modales refinados que había adquirido en su pasado burgués y su físico atlético —era un gran deportista— lo ayudaron a ganarse el puesto. Era tan lindo que en la película *El asesinato de Trotsky*, de Joseph Losey, su personaje fue representado por Alain Delon. "Le gustaba con locura lucir un buen uniforme, calzar unas fabulosas polainas y llevarlas sobre unos pantalones café con leche", contó la escritora catalana Teresa Pámies. "Las chicas materialmente se lo rifaban y le conocí tantas prometidas que no podría nombrarlas a todas".

En Francia se sumó a las juventudes comunistas, y aunque en 1933 quiso seguir la carrera militar luego de servir como cabo de gastadores, no fue aceptado por su filiación de izquierda. Tampoco pudo volver al Ritz, pero no tenía inconvenientes para insertarse socialmente o encontrar trabajo. Pronto fue nombrado capitán del equipo oficial de equitación, consiguió un trabajo como profesor de catalán y llegó a formar parte del comité organizador de la Olimpíada Popular de Barcelona. En 1935 fue encarcelado por participar en una reunión ilegal y quedó libre con la amnistía decretada por el Frente Popular.

Aunque tenía muchas novias solo estaba enamorado de Lena Imbert, maestra y obrera textil, una muchacha de veintitrés años que pronto lucharía en el asalto a las Atarazanas del 18 de julio de 1936. Una foto la muestra disparando con el fusil en la mano junto a

unos milicianos. Entre las epopeyas de la Guerra Civil se cuenta que Ramón y Lena tomaron una pieza de artillería de las tropas sublevadas del distrito de Sarriá.

Ramón también combatió en el frente de Aragón, en Tardienta, mientras Caridad luchaba junto a María Luisa en Cataluña. Teresa Pámies recuerda haberlas visto en reuniones y mitines, grandes amigas y líderes admiradas por las milicianas más jóvenes. Al parecer, a María Luisa la alcanzó un balazo en la pierna tirado desde una iglesia. Al irse cojeando por la calle pudo ver, cayendo desde el campanario, al soldado franquista que le había disparado. Ella contó esta historia al hijo de Esther Dosil de Ramírez, su ahijado de Montevideo. El suceso debe de ser cierto, porque el combatiente José Gros y también el jefe Grigulévich refirieron una herida.

Avanzada la guerra, Caridad fue enviada al frente en las cercanías de Lérida. Durante un bombardeo de artillería, recibió una grave herida de metralla y tuvo que ser trasladada a un hospital, donde quedó internada tres meses. Allí se reencontró con Ramón, a su vez herido de bala por accidente. Si Ramón se recobró pronto, su madre no salió del todo indemne, ya que la dolencia le duró hasta su muerte.

Caridad y Ramón tenían una relación estrecha, casi incestuosa, se llegó a murmurar, de manera que no era raro verlos uno junto al otro durante la Guerra Civil. Una vez repuesto, él regresó a pelear en Madrid y en Barcelona. En octubre de 1936 Caridad viajó a México para hacer tareas de propaganda y recabar fondos y armas para la causa de la República. La acompañaron su hija Montserrat y Lena, la enamorada de Ramón. Las observaciones y los contactos hechos en

este primer viaje le deben de haber resultado útiles tres años más tarde, cuando volvió a México como agente de apoyo para el asesinato de Trotsky.

Al regresar a España se enteró de que su hijo Pablo había sido destrozado en una embestida fascista. Se llegó a decir que se había inmolado con una carga explosiva en su cuerpo, arrojándose contra un camión enemigo. La verdad es apenas menos memorable: el 3 de enero de 1937 cayó aplastado por un tanque blindado mientras disparaba desde un nido de ametralladoras.

Poco después, Caridad fue incorporada a la KGB con el nombre clave de Alicia o Madre. Es posible que haya sido ella quien cooptó a María Luisa, pero para su primera misión la adiestró el mayor Alexander Orlov, principal asesor soviético del gobierno republicano.

Enviado a España en septiembre de 1936, Orlov era un campeón de peso pesado (medía casi dos metros) del Politburó: máximo especialista en espionaje, contraespionaje y guerrilla, fue el responsable del traslado del oro del Banco de España hacia Moscú. Si para Stalin el mayor enemigo era Trotsky, para Orlov lo eran los trotskistas del Partido Obrero de Unificación Marxista, hasta ese momento aliados tácticos del frente antifascista. El excomunista Jesús Hernández denunció en su autobiografía: "Nadie sabía más que él de los asesinatos y secuestros de muchos antifascistas europeos". Ese fue el maestro de María Luisa. Su labor en Barcelona terminó con medio millar de muertos y la destrucción del POUM, una tragedia que mi padre no cesaba de contar con tintes vívidos y que no creí del todo hasta que empecé a trabajar en este libro.

En mis recuerdos, no sé si por una cualidad ideológica o de temperamento, las posiciones políticas y las interpretaciones

históricas de mi padre fatalmente se solían plantear —durante sus discursos en actos públicos o en resonantes intervenciones en programas televisivos— como dispositivos de provocación y escándalo. A medida que la escolarización y el cine y la literatura me fueron revelando otros sistemas de ideas, empecé a vivir atrapada entre más de una lealtad: la lógica de mi padre y de los agraviados e incomprendidos por la historia —León Trotsky, el POUM, Malvinas, todas las causas perdidas— y la lógica de los otros mundos, que denostaban la suya. En ese punto, entonces, la aniquilación del POUM para mí era tan metafísica como la noción de la existencia de Dios. En rigor, tenía la vaga impresión de que el POUM no había sido más que una minúscula agrupación integrada por su líder Andreu Nin y tres o cuatro trotskistas en la Guerra Civil. Pese a mis reservas ante el ardor operístico de mi padre, esta investigación me corroboró el medio millar y otros crímenes. La constatación me produjo una punzada de dolor y culpabilidad por no haberlo tomado en serio. ¿Cuántos más huesos iría a desenterrar este libro?

Si bien las acciones eran encubiertas, se supo que Caridad tuvo una intervención activa en la aniquilación poumista. El exterminio —contado en la película *Tierra y libertad*, de Ken Loach— fue el preámbulo de la muerte de Trotsky. La consigna que habían recibido los cuadros de la KGB era vigilar y espiar al exiliado ruso: María Luisa fue incorporada al servicio de inteligencia poco antes del traslado de Trotsky a México, un país de habla castellana.

Capítulo 8

El camino a México

1933-1936

La más importante de las nueve islas de los Príncipes situadas frente a las costas de Estambul, Prinkipo solía alojar a los nobles que el emperador de Bizancio mandaba al destierro después de arrancarles los ojos. Luego de la muerte de Lenin en 1923 y de cuatro años de salvajes luchas internas, Stalin logró derrotar a su principal rival en la dirección del partido. Deportado a Alma Ata, en la frontera con China, y luego desterrado de su patria, al llegar al mar de Mármara Trotsky era un príncipe en desgracia. Junto a su mujer y su hijo atravesó las estepas y las ventiscas heladas protegido por el abrigo de piel hasta la rodilla de los campesinos, el mismo *polushubok* que usó María Luisa en Ucrania.

La llegada a Constantinopla fue seguida de cerca por los periodistas del mundo occidental. Mientras en la Unión Soviética recrudecían las persecuciones y los ataques contra aliados y familiares, los diarios del mundo consignaban su peregrinaje como una novela de Dostoievski en episodios. Los estudiantes europeos y americanos seguían el itinerario con emoción, y pronto empezaron a

formarse pequeñas corrientes trotskistas que alzaban su voz en cerca de treinta países.

En Nueva York, la escritora Mary McCarthy se declaraba trotskista; desde París, André Malraux había planeado una expedición para liberar a Trotsky de Alma Ata; en Londres, H. G. Wells, Bernard Shaw y John Maynard Keynes, el economista y *roomie* de Virginia Woolf, firmaron petitorios en su favor; André Gide quiso visitarlo. El escritor Maurice Sachs contó que en los círculos artísticos del París de los años 30 y 40 se llamaba cubistas a los hijos ilegítimos, a los jóvenes con "desviaciones sexuales", a los extravagantes y a los trotskistas. De golpe, ser trotskista era una moda.

A sus diecisiete años, aún sin conocerse, mi madre y mi padre eran trotskistas. "Soy judío, miope, zurdo y pelirrojo: ¿cómo no voy a ser trotskista?", se vanagloriaba él. En verdad, para mi familia, la categoría *trotskista* no solo poseía la genealogía ilegítima y desviada que le atribuían los franceses: el revolucionario ruso era la figura misma de la rebelión, la ilegitimidad y la injusticia. Nuestro Ideal. Trotsky era el héroe de papel maché, con su gorro rojo y un palo en la mano tosca, mientras Stalin era el villano de nariz ganchuda en nuestro rudimentario teatro de títeres de Montevideo. "Hay una palabra que nunca, nunca pueden decir en la calle: Trotsky". Y entonces mi hermano y yo salíamos disparados a la vereda gritando: "¡Trotsky! ¡Trotsky!", y mis padres y sus amigos reían a las carcajadas.

Cuando la noticia de la expulsión de Siberia llegó a París, los jóvenes trotskistas franceses se unieron en una sola consigna: "¡Hay que ir a verlo!". Para Raymond Molinier, treinta años antes de ser amante de mi madre, era como ir detrás de un sueño. Escaso de

fondos, le pidió dinero a su hermano, consultor y cajero del Banco Industrial y Comercial parisiense. También trotskista, el banquero tomó prestado el importe (sin expectativas de devolución) a dos empresarios del cuero. Raymond sacó pasajes para Estambul en el Expreso de Oriente. Lo seguían dos jóvenes franceses mientras su novia, la estudiante de Filosofía Jeanne Martin, se preparaba para viajar en barco a Prinkipo unos días más tarde.

De poco más de veinte años y llenos de fervor, Raymond y Jeanne cautivaron a Trotsky y a su esposa desde el primer momento. Cuando conocimos a Raymond Molinier en Montevideo, mi hermano y yo también quedamos cautivados. Por no mencionar a mi madre.

Trotsky se maravilló por su inteligencia y capacidad de acción, aunque tardó un poco en descubrir los procedimientos no siempre legales que utilizaba para financiar al movimiento. Cuando los conoció, bautizó esos procedimientos de molinierescos. Con los años, la financiación de folletos, periódicos, editoriales o locales partidarios de muchos trotskistas amigos nuestros continuó haciéndose, en las dos orillas del Río de la Plata, con métodos molinierescos: créditos impagos, identidades falsas y garantes de dudoso origen. ("El criminal rompe la monotonía y la seguridad cotidiana de la vida burguesa", Karl Marx).

En pocos días Raymond se hizo cargo de las finanzas y alquiló una villa junto al mar de fastuosa decrepitud —sin muebles, desvencijada y cubierta de telarañas— que pertenecía a un rajá. Aunque la aldea era solitaria y pacífica y solo se escuchaban los rebuznos de los burros, Raymond no podía evitar las suspicacias: las visitas continuas de simpatizantes de distintos países llenaban la mesa de comensales, entre los que podría filtrase algún agente de la KGB. En

Turquía, además, se habían refugiado muchos rusos blancos que huían de la revolución, potenciales espías o asesinos. Raymond no estaba tan lejos de lo cierto. Tiempo después, en Noruega, un agente estalinista infiltrado en el secretariado —su nombre no trascendió— recomendó contratar a una traductora española llamada María de la Sierra, que resultó ser María Luisa.

Entre 1933 y 1936 Trotsky se exilió en Francia y luego en Noruega, de modo provisorio y sometido a permanentes amenazas, robos de documentos, espionajes y detenciones. Al estallar la guerra civil española, en julio de 1936, planeó entrar en secreto a Cataluña a bordo de un barco pesquero, pero por ese entonces empezaban los Procesos de Moscú y el gobierno de Noruega recibía fuertes presiones para expulsarlo. La amenaza de suspensión de la compra de arenques fue, al parecer, decisiva. Trotsky fue declarado "extranjero internado" con un régimen de prisión domiciliaria en Sundby, una aldea a treinta y seis kilómetros al sudoeste de Oslo.

Según el libro de Sudoplátov, María Luisa fue enviada a Noruega y se infiltró exitosamente en el secretariado trotskista. Pero esa versión, tan contundente por haber sido suministrada por el jefe del operativo, con la documentación actual se desdibuja por completo. Es imposible encajar un viaje a Noruega en la agenda de María Luisa en el año 1936, cuando seguía usando su nombre verdadero, África de las Heras, tenía una actividad visible y comprobada en Madrid y en Barcelona y aún no era agente secreta. De modo que Sudoplátov pudo haberse equivocado, ya que dictó sus memorias cuando tenía más de ochenta años, o el error corrió por cuenta de su hijo Anatoli, quien las transcribió. En el improbable caso de que María Luisa haya

estado en Noruega aquel año, pudo haber hecho averiguaciones sobre el secretariado, pero sin lograr infiltrarse en él.

Mientras los fotógrafos de la prensa mundial perseguían al desterrado como a un ícono del cine, en Moscú los bolcheviques de Octubre confesaban crímenes inverosímiles y uno por uno iban siendo ajusticiados. Trotsky fue condenado a muerte *en ausencia*. Toda su familia fue asesinada. Si Noruega seguía cediendo a las presiones estalinistas, la deportación a la Unión Soviética sería inminente. La única manera de salvar su vida pendía de un milagro: que algún país del mundo le ofreciera un asilo político.

Las noticias que corrían sobre el exiliado avivaban una solidaridad creciente entre las juventudes internacionales. Hacia el fin de la década, con nombres pintorescos y herméticas iniciales las células trotskistas tenían pocos afiliados, pero proliferaban a causa de las escisiones continuas. Instalada en una pensión de Buenos Aires, mi madre se integró a una fracción de la Liga Obrera Revolucionaria (LOR) Cuarta Internacional liderada por el trotskista de nombre pop Mauricio Prelooker. A la vez mi padre, sin conocer a mi madre, pero también muy joven, militaba entre los rivales, el Grupo Obrero Revolucionario (GOR) que dirigía Liborio Justo, el hijo del presidente argentino en funciones. En uso de una táctica que podría haber ideado María Luisa, Prelooker envió a mi madre al GOR con la orden de seducir a mi padre y reclutarlo para su agrupación. Ella logró solo uno de sus dos objetivos; pese a sus esfuerzos, no consiguió cooptarlo. De hecho, fue cooptada por él en más de un sentido. Durante noviembre de 1936 los simpatizantes trotskistas de todos los países, y el hijo de Trotsky desde París, gestionaban una visa con desesperación. Una a una, las naciones europeas la rechazaban,

mientras el permiso de estadía en Noruega vencía a fin de mes. Quedaban pocos días. "El mundo es un planeta sin visa para León Trotsky", escribía André Breton desde Francia. El gobierno de Estados Unidos, aunque el país contaba con una influyente corriente trotskista, también se resistía a acogerlo. Los medios internacionales estaban en vilo. Apátrida, bajo la amenaza de una ofensiva ciega y la negativa del asilo, Trotsky se había convertido en el exiliado romántico del siglo XX. La situación se tornaba angustiante cuando, el 7 de diciembre, llegó la visa de un país del que Trotsky sabía tanto como de la Luna: México, allá en la remota América Latina.

La expulsión fue veloz. El 19 de diciembre de 1936, custodiados por la policía local, Natacha Sedova y Trotsky dejaron Noruega a bordo del Ruth, el buque petrolero que los llevaría a México. María Luisa los siguió poco después.

Capítulo 9

Una infiltrada en la Casa Azul

México, 1937-1938, 1980

Cuando el Ruth atracó en el puerto de Tampico el 9 de enero de 1937, Trotsky y Natacha se acercaron a la cubierta con desconfianza. Antes de que los guardianes los forzaran a bajar, vieron acercarse una chalupa que llevaba a la mujer más exótica que hubieran conocido nunca, algo así como una princesa indígena. Con sus prendas tehuanas, el rebozo y unos enormes aros precolombinos, a los veintinueve años Frida Kahlo era de una belleza deslumbrante. Su marido, el célebre muralista Diego Rivera, había gestionado la visa ante el presidente de la república.

Los exiliados se hospedarían con el secretariado en el barrio de Coyoacán, donde se alzaba la Casa Azul, el hogar familiar de Frida poblado de buganvillas, naranjos y valiosos tapices y esculturas aztecas. Excitados, los camaradas mexicanos se disputaban los turnos para hacer la primera guardia nocturna. En la agitación del recibimiento, Diego Rivera corrió a su casa de la colonia San Ángel y regresó con una ametralladora Thompson. Esa noche veló el sueño de Trotsky sentado en una silla, con la Thompson sobre las rodillas y

roncando. Tal fue la efervescencia y entrega, tan en sintonía con el temperamento latino, que acogió a Trotsky y a Natacha en México.

La primera medida de seguridad, ya que se aguardaba algún tipo de intrusión de Stalin, fue tapiar con ladrillos de adobe las ventanas que daban a la calle Allende. El gobierno había enviado a un escuadrón de gendarmes que los custodiaban durante las veinticuatro horas, pero además unos simpatizantes mexicanos, dos maestros normalistas, herreros, albañiles y un par de profesores se turnaban para la vigilancia nocturna.

Uno de los maestros era Luciano Galicia, amigo de mi padre. Cuando lo visité en 1980 en Ciudad de México, me invitó a comer con su familia unas enchiladas poblanas más picantes que el ají putaparió y respondió con gracia a mis preguntas. Durante las primeras semanas había llegado a jugar con Trotsky un partido de fútbol glorioso. Habían charlado de animales de granja, de conejos y gallinas, de las distintas especies de cactus. También mencionó, con pesar, algunas teorías locales sobre el asesinato. Nombró a las mujeres de la cocina, figuras claves cuando testificaron contra Trotsky, y a una española bonita que veía caminar con discreción por el jardín de la Casa Azul. La española, que trabajaba en el secretariado, le había inspirado desconfianza a Trotsky, según contó luego la hermana de Frida. Mientras Luciano hablaba, yo intentaba mantener la vista fija en sus ojos sin lograrlo, anestesiada por el chile verde y las alucinaciones que atribuí a un mezcal que encerraba en su botella a un bicharraco espeluznante, o eso me pareció mientras no podía dejar de tomarlo. Un pequeño cuadro enmarcado en la pared decía: “El que a esta casa vino y no toma vino ¿a qué vino?”. Tampoco lograba fijar esas palabras en mi

mente. Me fui llorando no sé si por el mezcal o por los párrafos quemantes de Isaac Deutscher sobre Trotsky que Luciano me leyó en voz alta. Narcotizada de emotividad, luego olvidé sus conjeturas sobre el asesinato. Pero volví a recordarlas cuarenta años después.

En esos primeros meses de 1937, tras las repercusiones de los Procesos de Moscú contra los disidentes, la célula trotskista de Nueva York logró que se formara una comisión internacional que examinara las acusaciones estalinistas contra Trotsky y su hijo. Se contrataron asistentes, dactilógrafas y traductores para preparar el alegato de defensa.

Fue en esa etapa cuando María Luisa se incorporó al secretariado como traductora, posiblemente del francés al castellano. Se infiltró con la orden de hacer tareas de espionaje y reconocimiento del terreno. Yuri Paporov, diplomático soviético, recordaba que María de la Sierra —su alias mexicano— había trabajado unos tres meses en la Casa Azul. La había recomendado, como una amiga antiestalinista que vivía en México, aquel agente encubierto infiltrado en Noruega. A diferencia del resto del secretariado, María Luisa hizo sus traducciones con régimen de *cama afuera*.

Su misión fue tomar nota de las rutinas, los horarios y la distribución de la casa. Sudoplátov detalló: "(María Luisa) hizo una descripción de los guardaespaldas de Trotsky y un detallado análisis de las personas que componían su secretariado". El soviético afirma, además, que ella dibujó los planos de la casa —se pudo referir a la Casa Azul o a una posterior en la calle Viena—.

Cuando se habla de María Luisa en todo tipo de literatura de espionaje, se menciona su papel en el crimen de Trotsky como la máxima de sus hazañas, que no fueron pocas ni de menor importancia, todo lo contrario. Pero un agente retirado de la KGB informó que María Luisa solo se infiltró entre los pintores y escritores que visitaban la Casa Azul relacionados con Frida y Diego, y afirmó que es probable que ella ni siquiera haya llegado a conocer a Trotsky. El testimonio de su alumna en el libro ruso *Espías legendarios* es significativo: "En esta foto África está con Trotsky y con su amiga cercana Frida Kahlo y otros personajes bastante conocidos. Fue amiga de los pintores mexicanos Siqueiros y Rivera. Dicen que supuestamente era la secretaria de Trotsky: entró en esa órbita. Pero con exactitud, lo que ella hizo específicamente, no lo sé. Le dieron una tarea, África la llevó a cabo". El enigma reside en que mi volumen, comprado en Moscú, no reproduce la foto citada: solo muestra una imagen individual de María Luisa. No me fue posible ubicar a la alumna Ivánovna, pero la mención a la foto da una pista, aunque sea incierta.

Muchos años después, en Montevideo, María Luisa le contó a su amiga Esther Dosil que había tratado a Siqueiros. Haya conocido o no a Trotsky, fue la primera agente que se infiltró en el secretariado mexicano. Su participación en el asesinato, después de tanto tiempo, sigue siendo un tópico en la literatura del trotskismo internacional.

Yuri Paporov, que merece credibilidad por haberse encargado de los papeles de Trotsky más adelante, aportó un dato categórico sobre la presencia de María Luisa en la Casa Azul. Cristina Kahlo, la hermana de Frida, le había contado: "María estaba y se metía en las cosas. Trotsky decía: '¿Por qué se mete, por qué se mete?'". Junto a

los datos aportados por Sudoplátov, estas son las informaciones más precisas sobre la intervención directa de la española en el entorno trotskista en esta primera fase.

Intervino también en la infraestructura de la operación, eso es seguro. En el año 1993 el exagente de la KGB Vladimir Stanchenko reveló al diario español *El País* que cuando estaba a punto de infiltrarse como agente ilegal en México recibió un sobre lacrado: "En varios informes fragmentarios de *Patria* (María Luisa) se mencionaba una pequeña ciudad mexicana en cuyo Registro Civil se podían inscribir datos falsos, lo que permitía preparar mis documentos y los de otros espías". Estas hojas, escritas a mano por María Luisa, fueron entregadas al jefe *rezident* del equipo de espías de México, quien las envió a Moscú por medio de la embajada. Nuestra amiga debe de haber trabajado en la preparación de documentos ilegales para las decenas de espías internacionales necesitados de cobertura que el Politburó mandaría a la capital azteca para la acción.

Los documentos testifican que fueron razones partidarias las que quebraron la amistad entre Trotsky y Diego. Aunque la ruptura formal no fue a causa de un *affaire* que tuvieron Frida y Trotsky, del que Diego no estaba enterado en esa época, las circunstancias y los temperamentos hacían la relación insostenible. En mayo de 1939 los exiliados decidieron mudarse a una vieja casa en la calle Viena, a ocho cuadras de la Casa Azul. Los altos muros y una corriente del río Churubusco a uno de sus lados prometían cierta seguridad. Gracias a la ayuda financiera de la agrupación trotskista estadounidense, se subieron más los muros, el portón de entrada fue reforzado y se

levantaron garitas de vigilancia en cada una de las esquinas. Aun con todas estas prevenciones, nuestra amiga llegó a entrar a la casa y tuvo tiempo de dibujar los planos, según Sudoplátov.

Antes de que terminara el año, la misión de María Luisa se cortó de modo inesperado. El mayor Alexander Orlov, su adiestrador en Madrid, se había fugado de los sóviets para asilarse en Estados Unidos. María Luisa recibió la orden de abandonar México de inmediato. "Ella era conocida por Orlov y no queríamos darle la oportunidad de que pudiera delatarla", escribió Sudoplátov. En una carta dirigida a Trotsky desde Nueva York en diciembre, cuando María Luisa ya estaba fuera de México, Orlov le advirtió que no confiara en nadie que lo visitara "procedente de España". Se refería sin dudas a María Luisa, porque Caridad y Ramón Mercader aún no habían llegado a México. Sudoplátov continuó: "Aunque desconocíamos su advertencia en ese momento, nos adelantamos y la mandamos buscar en agosto".

Nuestra niñera concluyó su operativo en la carbonera de un barco ruso. Tenía, como Frida, veintinueve años y una sed de aventuras que había confesado a Margarita Abril, aquella amiga de Barcelona ("para ella emprender nuevas actividades era sinónimo de vivir"). Mejor aventura que huir oculta bajo una montaña de carbón, a bordo de un carguero soviético, no podía haber para una comunista de su tiempo. Así dejó de participar en la misión más importante de Stalin. Pero pronto volvería.

Capítulo 10

La araña teje su tela

Cataluña-sur de Francia-México-Moscú, 1938-1940

En 1937 había dejado una Barcelona teñida de rojo; cuando regresó a fines de 1938 se encontró en el corazón de la España negra. Su acción se concentró entonces en la retaguardia republicana, liberando prisioneros y conduciendo a refugiados por los Pirineos hasta territorio francés. Ella misma cruzó las montañas hacia la frontera con otros camaradas semanas antes del fin de la guerra.

Su misión era unirse a la resistencia en el sur de Francia, pero terminó en un campo de refugiados en los Pirineos orientales, es probable que en el de Saint-Cyprien. Los españoles se alojaban en carpas emplazadas sobre la playa, asfixiantes durante los meses de calor y heladas en invierno. Rodeados de alambres de púas excepto en la salida al mar, usando agua contaminada y barriles a modo de *toilette*, más tarde fueron trasladados a barracones de madera. María Luisa no estuvo mucho tiempo. El desertor Orlov había acordado con Stalin no revelar secretos a cambio de salvaguardar a su familia en la Unión Soviética, de modo que la delación fue descartada y ella consiguió escapar del campo para volver a México.

Durante el mes de marzo de 1939 el jefe máximo de María Luisa se presentaba en su oficina de la KGB cada mañana a la espera de ser expulsado, detenido o ejecutado por el partido. Las complejas intrigas políticas del estalinismo habían condenado a muerte a Sudoplátov, él no tenía dudas, como a tantos de sus camaradas ya ajusticiados. Por fin, una tarde fue llamado al despacho del individuo más poderoso más allá de los Cárpatos.

Una ancha puerta, teatral, se abría a la antesala del despacho. Más allá, sentado ante un retrato de Lenin, otro de Marx y otro de Engels, Stalin se levantó para estrecharle las manos. La pipa apagada y rebosante de tabaco, las blandas botas de Georgia, las marcas de viruela, el bigote de película muda: Sudoplátov estaba impresionado.

Después de una larga disquisición de Lavrenti Beria —el nuevo superjerarca del servicio secreto—, Stalin disparó: "En el movimiento trotskista no hay figuras políticas importantes aparte del propio Trotsky. Eliminado Trotsky, la amenaza desaparece". Aunque no se pronunció la palabra asesinato, para los tres estaba claro que Stalin le estaba pidiendo a Sudoplátov la ejecución de su adversario.

La elección de Stalin no fue arbitraria. En los más conspicuos núcleos se conocía la cinematográfica operación de Sudoplátov contra el dirigente independista Yevguén Konovalets. Los dos hombres se encontraron en un café de Róterdam para conversar cordialmente. Antes de salir, Sudoplátov obsequió al ucraniano una caja de bombones. Instantes después, el tipo voló por los aires con las tazas de café, la mesa y las sillas, destrozado por la acción de la

poderosa bomba magnética que Sudoplátov había escondido en el regalo.

Le prometieron un cheque en blanco y todo el soporte que necesitara para reclutar camaradas españoles. Si la misión tenía éxito, terminó Stalin, el partido recordaría siempre a los implicados y cuidaría de ellos y de sus familias. A pesar de tantas mentiras y traiciones, este juramento se cumplió al pie de la letra.

Explicar la obsesión de Stalin contra su enemigo por una animadversión personal sería perder de vista la repercusión internacional de las denuncias públicas, los escritos, las cartas y los libros que Trotsky producía de modo incesante contra las políticas de su gobierno.

Al día siguiente, Sudoplátov ya contaba con los mejores agentes internacionales. Las células de contacto que activaban en España desde hacía varios meses habían trenzado una red de espionaje sobre el exiliado que incluía, precisamente, a María Luisa.

Como si la historia se compactara en un artefacto encapsulado en el tiempo, a partir de la decisión de Stalin fueron confluyendo en México los principales personajes del drama que se avecinaba. La infraestructura de la operación era desmedida, casi un escándalo. La intrincada trama de espías que se incorporaron en el entorno de Trotsky fue inmensa. Decenas de agentes de elite de la KGB españoles, rusos, italianos y argentinos desfilaron por la ciudad. Como María Luisa, estos agentes de alto rango quedaron en las sombras de la autoría del asesinato. Entre ellos estaba Iósif Grigulévich, quien conocía bien a nuestra amiga: "No es muy alta, pero su figura hermosa tiene tanta fuerza que su presencia impacta de inmediato. Ha sido herida en el frente; por eso la llaman 'la

pequeña Pasionaria'". En conversaciones privadas Grigulévich confesó que la encontraba más atrayente que a Caridad: "Siempre parece caminar sobre el misterio, impregnada de espíritu combativo y dedicada por completo a la Causa".

En junio de 1939 Sudoplátov viajó a París para supervisar al equipo de topos que cruzaría el Atlántico. La división española se agrupó en dos células sin conexión entre sí. Ninguna sabía de la existencia de la otra. La del pintor David Alfaro Siqueiros, fuerza ejecutora que respondería a Grigulévich, y la de inteligencia, liderada por Caridad y Ramón Mercader, en la que es posible que haya participado María Luisa. Sudoplátov los encontró muy aptos y confiaba en la experiencia que habían ganado en varias misiones de alto riesgo durante la Guerra Civil. Mandó a Caridad y Ramón a hacer un adiestramiento en la técnica del espionaje, cuestiones básicas como el funcionamiento de una operación, cambios en la fisonomía, tácticas contra la vigilancia, habilidades que ya le había transmitido Orlov a nuestra amiga antes de que la enviaran a vigilar a Trotsky la primera vez.

Abordó el barco Mexique en Burdeos el 14 de julio de 1939, con treinta años flamantes que exhibían la gesta de la Guerra Civil como una medalla más que como un brazalete de duelo. María Luisa formaba parte del tercer contingente de exiliados, dos mil en total, que embarcaba rumbo a las tierras latinoamericanas. Había estado fuera de la operación Trotsky apenas ocho meses.

Durante dos de los trece días de travesía, los republicanos, de hecho cuadros comunistas, fueron sacudidos por una tempestad que escoró la nave de lado a lado. Muchos de los pasajeros hicieron toda la travesía hasta el puerto de Veracruz con chalecos salvavidas

puestos. En el viaje María Luisa inició un amorío con un valenciano, empleado de banco, un comunista raso que no pudo evitar caer bajo su embrujo. Oficial de artillería durante la guerra, honesto, ingenuo, Arturo García Igual quiso declararse en el barco, pero no tuvo valor para hacerlo.

En un libro de recuerdos él evoca su belleza y su compromiso político. La describe seria, agradable, complacido de que no se dejara atraer por los muchachos revoltosos de las juventudes socialistas y tampoco por los "sabiondos del partido". Enamorado, o con ímpetu para estarlo, la buscó en México y alcanzó a verla un par de veces en la sede del partido y en la redacción de la editorial comunista España Popular. De nuevo quiso hablar, pero ella desapareció. Hacia 1940 los camaradas entendieron que el partido le había dispuesto alguna tarea encubierta y no indagaron. Él lamenta, en su libro, haber perdido de vista a esa interesante muchacha.

Su misión, ahora, se concentraba en la periferia. Con su simpatía natural, su astucia y los refuerzos económicos de los sóviets, consiguió vincularse con dos personajes decisivos de la nueva casa en la calle Viena: la cocinera Carmen Palma y Belén Estrada, la mujer de la limpieza. La autora Marjorie Ross confirmó los rumores sobre esa relación: la incidencia de María Luisa fue clave para ganarse la lealtad de las trabajadoras, "quienes serán vitales para desviar la atención de los investigadores en los momentos inmediatamente posteriores al atentado". Se refiere a un resonante ataque fallido de la tropa de Siqueiros. Años después, cuando se acercó a nosotros en Montevideo, María Luisa también establecería astutas alianzas con individuos de funciones subalternas.

Al visitar el museo de la calle Viena conté treinta y siete impactos, recuerdo de ese asalto, en la pared de la habitación de Trotsky y Natacha. Para mi familia, hacer la peregrinación hasta la casa de Trotsky en México era un ritual iniciático que tenía algo de sagrado. Los anteojos rotos sobre el escritorio, los perdigones en la habitación. El nombre de Siqueiros que chorreaba sangre. Siguiendo la tradición de mis padres, robé unos gajos de los cactus del jardín plantados por Trotsky. Crecieron como mandrágoras en el patio de mi casa.

La investigación policial develó el invisible trabajo de María Luisa. La declaración de la cocinera, corroborada por la mujer de la limpieza, sugirió que se había tratado de un autoatentado. Así, Trotsky se vio obligado a elaborar un alegato de defensa, ya que había pasado de ser víctima a sospechoso. Las dos mujeres lograron desviar la investigación policial y María Luisa ganó un tiempo valioso para la huida de los comunistas hacia Hostotipaquillo, en Jalisco. Luciano me había mencionado, cuando lo visité, algunas teorías locales. Nombró a las empleadas domésticas y a una española bonita que habían visto caminar por el jardín de la Casa Azul. Tal vez me dijo algo más sobre María Luisa, pero en aquel momento lo olvidé.

Ramón Mercader llegó a México en octubre del 1939, con un documento canadiense falso a nombre del ingeniero de minas Frank Jacson, así, mal escrito. El pasaporte había pertenecido al lote de los voluntarios de las brigadas internacionales, que antes de enrolarse entregaban sus documentos al centro de reclutamiento de la rue La

Fayette, en París. Esta práctica permitió a la KGB usar los pasaportes de los muertos en combate para sus agentes ilegales en el extranjero, un procedimiento similar al que implementó María Luisa en los cementerios uruguayos. Jóvenes de todo el mundo se alistaron en las brigadas internacionales; murieron al menos quince mil; mis padres y todos sus amigos eran rechazados en las oficinas de enrolamiento a los dieciséis y diecisiete años.

El caballo de Troya entró a la calle Viena en enero de 1940, en calidad de novio de una trotskista que hacía traducciones para el exiliado. De a poco, Ramón se fue haciendo amigo de los guardias, a los que hablaba de negocios, autos caros y de un tren de vida que despertaba curiosidad en esos sobrios militantes. Llevaba a su novia en un Buick esplendoroso y se ofrecía a hacer pequeños recados y diligencias a los huéspedes de la familia. Nadie detectó ciertos españolismos en su francés y su falso acento belga ni sospechó de su insistente disponibilidad. Perspicaces observadores de pulsiones y deseos, de profundidades conscientes y hasta inconscientes, clarividentes psicólogos, los agentes soviéticos sabían sacar ventaja de la vanidad, la conveniencia, la debilidad o pereza de sus inocentes actores políticos. El dinero, la atracción física y la solicitud estuvieron al servicio de la operación del Politburó en México tanto como de las siguientes misiones de María Luisa en París y en Montevideo.

Después del fracaso de Siqueiros, desde el punto de vista político y personal Sudoplátov estaba frito. Con toda su genialidad, su astucia y la fortuna que había dilapidado, unos trescientos mil dólares, nadie en la KGB podía dar una moneda por su vida. Frenético, llamó a una reunión de urgencia de los espías en Nueva

York. Es muy posible que María Luisa haya estado presente. El encuentro arrancó como un melodrama. "El escándalo fue formidable", le contó Ramón a su hermano. "Al final le vi tan desesperado (a su superior) que dije: 'No te preocupes. Lo haré yo'". Se resolvió, con la aprobación de Caridad, que Ramón abandonara su pantalla de millonario desinteresado de la política para dejarse persuadir por la causa trotskista. Sudoplátov se jugaba la vida.

A partir de esta decisión, la salud de Ramón se derrumbó. Apenas se levantaba de la cama del hotel Montejo, tenía temblores, estaba agotado y su mirada parecía perdida. Fumaba un cigarrillo tras otro, tosía, bajó de peso. Su carácter, hasta aquel momento tranquilo, se volvió temperamental y colérico. Es más que probable que en estos días de tanto nerviosismo Caridad haya encomendado a María Luisa la tarea de sostenerlo y alentarlo. Si lo hizo, el registro de ese trabajo imperceptible está encapsulado en el buró ruso, sin perspectivas de ser develado.

Decidido a ejecutar la operación, Ramón entró al jardín de la calle Viena con un procedimiento hasta ese momento infalible para la inteligencia soviética, que nuestra niñera, otra vez, aplicó sin medida con nosotros: un regalo para un niño. Le compró al nieto de Trotsky, recién llegado al país, un pequeño avión de madera y se ofreció a enseñarle a utilizarlo. El gesto encantó a Natacha, que le propuso merendar con la familia ese mismo día.

El martes 20 de agosto llegó a la casa a las cinco y veinte de la tarde. Al saludarlo, Natacha le dijo que lo veía muy delgado y con mal semblante. Su actitud hosca, con el sombrero puesto y el gabán sobre el brazo, le despertó sospechas mientras lo observaba encaminarse hacia el estudio de su esposo. Llevaba un artículo sobre

la intervención de la Unión Soviética en la guerra —escrito por Caridad y su jefe— que incluía errores y confusiones deliberadas para hacerlo más creíble. Trotsky invitó a Ramón a su despacho para corregirlo. Mientras revisaba el texto sentado ante su escritorio, Ramón se situó tras él y sacó un piolet recortado de alpinista que llevaba escondido en la gabardina. Con un golpe seco lo hundió en su cráneo. El grito de Trotsky, que Ramón no esperaba, alertó a toda la casa y paralizó a su asesino.

Entre la confusión, los sonidos de las sirenas de la policía y las ambulancias, se escuchó la voz de Ramón: "¡Me obligaron a hacerlo! ¡Han encarcelado a mi madre!". Después daría otras versiones. El auto que esperaba en la esquina con Caridad y su jefe y amante Leonid Eitingon dio la vuelta y huyó por las calles de Coyoacán. Nuestros amigos uruguayos sostienen que María Luisa estaba en ese auto.

Una vez concluida la misión Trotsky, María Luisa fue enviada a París para incorporarse a la lucha de la Resistencia. O no. Una vez concluida la misión Trotsky, María Luisa fue enviada a la Unión Soviética. Un tal Vladimir Antonov afirmó, en una revista de las fuerzas armadas, que desde México había viajado directamente hacia Moscú. En sus memorias Sudoplátov dice algo similar, pero las versiones sobre su papel en la resistencia francesa vienen de fuentes muy diversas y son demasiadas como para no tenerlas en cuenta. Las encontré en blogs, páginas web y hasta en redes sociales de antiguos republicanos.

Desde la ocupación nazi de Francia en junio del 40 la suerte de los exiliados españoles era dramática. Sufrieron deportaciones masivas, pérdida de la nacionalidad y traslados a campos de concentración. Solo el de Mauthausen albergaba a cinco mil. Travestida con cofia y delantal, plumero y escoba, nuestra amiga consiguió infiltrarse en la jefatura de la Gestapo parisina como trabajadora de limpieza. Znoy, tal su nombre en clave, y Nina, una italiana, habrían robado documentos originales de los agentes alemanes que espiaban los movimientos británicos en Gibraltar. María Luisa ya no oficiaba de agente subterránea como en México; ahora era un topo que cavaba a la luz del sol. Y más aún: habría encontrado una lista franquista con los nombres de sesenta y siete españoles refugiados en Francia que los nazis tenían orden de ejecutar. Se pudo salvar a casi todos. El riesgo suicida de esta misión, que la metió de cabeza en el corazón de la temible policía secreta hitleriana, supera hasta el del archivista Mitrokhin.

Cuando cuentan estas hazañas en las páginas de su blog, los republicanos que huyeron tras ella por los Pirineos se conmueven. El tenor de los alegatos de estos ateos comunistas —que hablan de alambres electrificados, de camastros de paja, de fiebre tifoidea, de *vidas salvadas*— la beatifica como a una santa. Pero… ¿y si acaso fuera verdad siquiera alguno de estos relatos? Comunista, peor: estalinista; concupiscente, amoral; interrogadora de la *checa*; asesina de Trotsky o casi; una heroína.

Capítulo 11

La divina partisana

Unión Soviética, 1941-1945

Lo que pueda lucir equívoco y hasta ignominioso en sus actividades políticas y en sus actividades privadas, todo, todo queda barrido por el coraje sin medida de su participación en la Segunda Guerra; esta sí debidamente documentada en libros, testimonios y archivos oficiales. Sin tener en cuenta ese arrojo demencial no sería posible entender a la María Luisa de la etapa uruguaya que conocimos nosotros.

En barco, tren y avión, en 1941 hizo un viaje iniciático a la Unión Soviética donde transitó los siete, los doce o cuantos demonios de pasos fueran señalados como el camino del peregrino hacia la Ciudad Celestial. Los acontecimientos de la Guerra Civil y de la Resistencia podrían verse apenas como ensayos de probeta, bosquejos de laboratorio en relación con la entrega absoluta, en términos corporales y políticos, a las pruebas que sortearía en la Gran Guerra Patria, como llamaron los soviéticos al combate contra la ocupación nazi de su territorio.

Durante el corto lapso, a partir de 1990, en que la apertura del periodo glásnost permitió desclasificar algunos documentos de la KGB, el servicio de inteligencia exterior publicó en Internet un texto curioso presentado como carta autobiográfica, una rareza que María Luisa escribió, en ruso, durante sus últimos años en Moscú.

Pese a su brevedad, al estilo estandarizado de las publicaciones soviéticas de la posguerra, a la mediación de las traducciones y, también, a la circunstancia de haberla escrito por encargo de sus superiores, estas líneas son casi las únicas que dejan oír su voz, algún rescoldo íntimo, una chispa, y esa chispa revela entusiasmo, alegría, optimismo.

"Moscú, 1941. Durante mucho tiempo no podía creer que mi sueño se hubiera hecho realidad. No podía asumir que veía con mis propios ojos la Plaza Roja, que paseaba por sus calles concurridas o que podría detenerme a contemplar el río Moscova".

Fue recibida por los partisanos españoles que se exiliaban en bandadas en la patria de la revolución y por los dirigentes rusos del partido local, que la alojaron en el lujoso hotel reservado a la elite comunista. A casi veinte años de la muerte de Lenin, una burocracia de primera generación ya construía, desde el viejo palacio de los zares, un nuevo sistema de estamentos. El hecho de que la hayan mandado al Lux da una medida de su contribución al asesinato de Trotsky. Ella prefirió mudarse a un *kommunalka*, uno de los tantos pisos que compartían sus camaradas. La misma María Luisa austera de mi niñez, la que aludía con ironía a los niños africanos hambrientos cuando mirábamos con aversión la crema chantillí de la confitería Oro del Rhin. "Venimos a pelear, no a descansar en sanatorios", protestó. Más adelante le adjudicaron un pequeño

apartamento individual y entró a trabajar en una fábrica textil. Además, hacía unos cursos de enfermería en un hospital y, fundamental, estudiaba ruso. Si tenía otros planes en esos primeros tiempos de fascinación con la Unión Soviética, los cambió muy pronto, cuando Alemania violó todos los acuerdos de no agresión y se lanzó a ocupar el territorio comunista. La Operación Barbarroja, que llevaba el nombre del ícono del nacionalismo alemán, empezó con una partida de tres millones de soldados. Los germanos avanzaron por el norte hacia Leningrado, por el sur hacia Ucrania y el Cáucaso y por el centro hacia Moscú. Era una locura. Así se largó la Gran Guerra Patria.

En las primeras semanas fue barrida la mayor parte de las fuerzas aéreas rusas, los tanques quedaron destruidos y casi un millón de soldados, emboscados en descomunales cercos, cayeron prisioneros. El antiguo jefe de María Luisa, Pável Sudoplátov, tomó el mando de las Operaciones Especiales de la KGB con la misión de encauzar las operaciones de inteligencia contra Alemania, y esto significaría una gran ventaja para ella. Estaba determinada a ir al frente y no cesó de pedirlo a sus superiores. Presas de un fervor revolucionario contagioso, los españoles se presentaban como voluntarios, hacían fila en los centros de reclutamiento, en las oficinas del partido y en destacamentos del gobierno. Las noticias intolerables de las bajas del Ejército Rojo fogueaban un deseo, afiebrado y vehemente, de defender al primer Estado proletario. Las autoridades vacilaban en aceptarlos: esos valerosos cuadros podrían ser útiles en caso de una contraofensiva en España. Muy pocos fueron admitidos en un principio, hasta que su tenacidad, o la estrategia militar, logró que se los reclutara en una unidad de la KGB, paralela al ejército formal. La

fuerza estaba compuesta por soviéticos, alemanes, italianos, austríacos, españoles, todos ardorosos partisanos. La muerte de Trotsky había sido, para ellos, apenas un acontecimiento menor en la épica de la revolución. Ahora montaban guardia en la Plaza Roja, donde las cúpulas de piedras rubíes del Kremlin estaban enfundadas para evitar que sus reflejos orientaran a los bombarderos alemanes.

Esas noches de octubre, con un frío de veinte grados bajo cero y las estrellas luminiscentes apagadas, para María Luisa fueron las más intensas de su vida. Y no se trataba solo de la lucha revolucionaria. Mientras recorría la ciudad como hipnotizada, en la calle Gorki conoció a un joven piloto bielorruso. Dice la alumna que Vladimir fue el gran amor de su vida y no es difícil creerle. Él era oficial y su permiso en Moscú terminó pronto, cuando su unidad lo reclamó en el frente, donde poco o mucho después cayó abatido por un bombardero alemán. Esta muerte, diez años después de la de su hijo, la endureció o más bien blindó, porque ya no se le conocen pasiones de esa hondura.

Dentro de su unidad se creó un subgrupo compuesto por un centenar de españoles que entrenó en el estadio del Dínamo de Moscú. Entre ellos estaba José Gros, un dinamitero catalán de la Guerra Civil que actuaba como enlace, manejando una moto en las afueras de la capital. Su pericia de motorista lo salvó de la muerte varias veces mientras recorría la carretera entre Moscú y Leningrado. La Medalla al Valor que se ganó lo convirtió en el primer español condecorado, el único entre sus camaradas, porque el resto, una veintena, fue abatido en los caminos. Gros y María Luisa terminaron grandes amigos.

Después del entrenamiento fue inscrita en la sección sanitaria como enfermera, y aunque sus compañeros no tenían la certeza de que colaboraba con los servicios de inteligencia, la sola sospecha le daba un halo de misterio muy seductor. La recordaban bella y simpática pero muy reservada. En el campo de entrenamiento estaba muy unida a Lena Imbert, la novia de Ramón, y a otra muchacha española, un trío que inspiraba un gran respeto entre los camaradas. Cuando su amiga Caridad, ya una espía célebre, se integró al grupo de mujeres, cada vez más cerrado y enigmático, las sospechas de los combatientes se confirmaron. Aunque las acompañó por solo unas semanas, Caridad tomó el liderazgo, y al abandonar la unidad María Luisa la siguió. La valerosa Lena murió unos meses más tarde.

Hacia el fin de 1941, las tropas alemanas que asediaban Moscú empezaron a replegarse. Junto a otras veintinueve mujeres María Luisa fue destinada, otra vez alejada de la batalla, a una escuela de guardafronteras en las afueras de Moscú. Estas labores sanitarias, defensivas y de intendencia, que incluían trabajos de limpieza, en cierto sentido menores con relación a sus expectativas, le sirvieron de calentamiento para la acción propiamente dicha por la que tanto reclamaba.

Seis meses más tarde, el ejército soviético solicitó voluntarios para las unidades de la KGB. Se necesitaban refuerzos para las unidades guerrilleras filtradas en la retaguardia del ejército invasor, en los territorios ocupados de Ucrania. ¿Tengo que decir que ella fue de los primeros en inscribirse? En su biografía relató la entrevista de

admisión con la misma afección con la que su hermana Virtudes pudo haber contado a sus amigas su primera comunión o el bautismo de uno de sus hijos:

"—¿Sabes disparar?

"—Sí, tengo una insignia de tirador de Voroshilov.

"—¿Has saltado alguna vez en paracaídas?

"—No, pero puedo aprender con rapidez.

"—Muy bien. Mañana te presentarán al camarada Stejo y serás trasladada a nuestro grupo.

"No recuerdo muy bien qué pasó después, salvo que estaba desbordada por la alegría y a punto de empezar a saltar, reír y gritar: iba al frente. Era la persona más feliz del mundo".

Fueron reclutados setenta partisanos, entre ellos quince españoles que incluían a Gros y a una sola mujer, María Luisa. El comando se llamaba Los Vencedores, porque ese era su espíritu. Su misión era política y de inteligencia: debían contactarse con la resistencia comunista en los territorios ocupados, hacer tareas de sabotaje y recabar información sobre el enemigo para mandar al Kremlin. En este orden, las comunicaciones por radio eran la prioridad, ya que se trataba también de misiones de contrainteligencia y desinformación. María Luisa fue incorporada al equipo de operadores bajo el mando de una combatiente rusa. Su aprendizaje incluía las técnicas de transmisión y la decodificación de los mensajes cifrados, pero además debía hacer las prácticas de guerrillera que tanto deseaba. "Iniciamos un entrenamiento muy duro: marchas cargados con pesados pertrechos, carreras campo a través, tiro y formación especial. No teníamos tiempo para descansar y nadie pensaba en el descanso. A nuestro lado siempre se encontraba el comisario, el

camarada Stejo. Saltamos una única vez en paracaídas, aunque lo hicimos juntos, toda la unidad". El juramento como radista, que hizo con emoción, prometía que no se rendiría viva al enemigo y que antes de morir destruiría la emisora y los códigos. Le entregaron dos granadas por si debía destruir el equipo, y un revólver y un cuchillo para un eventual suicidio. "Desde entonces siempre los llevé conmigo". El hijo menor de Esther Dosil puede dar fe de que cumplió ese juramento.

Estas escenas, propias de las películas del cine Maracaná de Malvín, son las que más me cuesta encajar en mis recuerdos de María Luisa. En un intento empecinado por resignificar la historia e insertarla, un poco a los martillazos, en mi fábula de identidad, quiero interpretar ahora que tal vez ella dejaba entrever, ante nosotros, su hálito de guerrera. Por cierto, los cuatro ovejeros alemanes adiestrados por la policía que patrullaban su jardín no combinaban mal con la partisana armada hasta los dientes. Mi hermano solía ver la serie *Combate* a escondidas, en el departamento de una vecina anciana a la que le cargaba las bolsas del almacén. En nuestra casa la televisión estaba tan interdicta como los chicles, Mickey Mouse, el pato Donald y el idioma inglés. Mi madre se pavoneaba de ser la enemiga número uno de la "caja idiota", toda una novedad en ese momento. En cambio, mi padre nos llevaba al cine del centro a ver las películas de la Segunda Guerra: *El puente sobre el río Kwai*, *El gran escape*. Mi madre y yo preferíamos mil veces *Los paraguas de Cherburgo*, que ellos detestaban. Me temo que María Luisa estaba más cerca del sargento Saunders que de Catherine Deneuve.

El lanzamiento en paracaídas, que hizo con otros cinco españoles, fue el 16 de junio. Descendieron cerca de Kiev, en la estación de Tolsty Les, que no solo significa León Tolstói sino también bosque frondoso. Ese bosque, a mil kilómetros de Moscú y a seiscientos del frente, sería el hogar itinerante de su destacamento durante los dos años que incluyeron la preparación como guerrilleros nómades, mucho más inclemente de lo que ella contó en su texto biográfico. En sus memorias, el hermano de Ramón cuenta que no pudo soportar el adiestramiento del pelotón con ametralladora que le había tocado y pidió que lo pasaran a uno de fusileros. Los Vencedores no cargaban con ametralladoras, pero debían llevar los equipos de radio, igual de pesados. Hacían carreras por el campo, practicaban tiro, armado y desarmado de campamentos. Marchaban en fila india, con sus uniformes del ejército rojo cubiertos por los monos verdes que usaban como camuflaje. Sus capas eran a la vez mantas de dormir, y cuando llovía construían chozas con las ramas y y los palos que encontraban en el bosque. Se abastecían de víveres en aldeas y granjas, y a veces, cuando escaseaba el pan y se habían terminado las papas, celebraban con delicia los generosos suministros que les mandaban en aviones desde Moscú. En ocasiones debieron comer hongos del bosque, arándanos o frambuesas, y bebían infusiones de hojas. Cocinar confituras de arándanos era un gran plan en esas jornadas ásperas y gloriosas. Caminaban durante la noche, muchas veces sobre pantanos y bajo la lluvia para descansar de día, rodeados de mosquitos. “Nadie se quejaba”, escribió con orgullo María Luisa: “En nuestra unidad imperaba una disciplina férrea y una profunda amistad, casi una hermandad de combatientes”. Los combatientes españoles y los

rusos no solo estaban hermanados por la revolución de 1917, tan cercana en el tiempo: la tragedia de la guerra antifranquista había tocado muy hondo en el corazón de los soviéticos, y sus combatientes eran tratados con especial cariño.

El primer año, cuando dormían en piraguas, pasaron hambre y mucho frío. María Luisa cosía camisetas de abrigo, porque durante las feroces heladas las chaquetas no alcanzaban a calentarla y las botas de fieltro le quedaban grandes. Como sus compañeras, también debía cortar, lavar e intentar secar los lienzos para la menstruación, una tarea a veces imposible durante los meses invernales.

En el segundo año menguaron el hambre y el frío. Por las noches, cuando la posición del enemigo les permitía hacer fogones, los españoles cantaban las canciones de la Guerra Civil y hacían las bromas inocentes y un poco crueles de los pueblos. Cierto día en que un camarada se acercó a Gros para pedirle leche, él le indicó que fuera a ordeñar una vaca, señalándole un par de bueyes que pastaban por ahí. Ofuscado, el muchacho volvió con la cantimplora vacía, protestando porque las vacas no se dejaban ordeñar. Ese cuento tuvo un gran éxito esa noche en el fogón. María Luisa, contó Gros, se había muerto de risa; disfrutaba los fogones como ningún otro y sus carcajadas se oían por todo el campamento.

En total operaban nueve radistas, casi todas mujeres. El alias de guerra de María Luisa, que se hizo legendario, era Ivonne Sánchez, aunque también la llamaban Mariuska, Masha, María o Marúsia. O Ibona. Después de la guerra le decían Máshenka, pero ella prefirió

María Pávlovna. Nadie conoció su verdadero nombre en esa época. José Gros lo supo muchos años después.

Cada una de las radistas debía alejarse del campamento unos quince o veinte kilómetros cargando el transmisor en la mochila. Iban escoltadas por dos soldados armados con fusiles automáticos, su guardia personal, que las ayudaban a transportar los equipos, la maleta con el receptor-transmisor, el interruptor y su alimento: baterías secas, las de reserva y las gastadas, que se usaban para las escuchas de Moscú. El trabajo de contraespionaje era clave para las fuerzas comunistas. La unidad de María Luisa enviaba los mensajes reales al Kremlin; las otras dos mandaban los falsos, triunfalistas, derrotistas o ridículos para confundir al enemigo.

Según José Gros, ella era la mejor radista. También habló de su atractivo y valentía. La alumna dice que ella tuteaba a todos, soldados y oficiales, porque al ser española "consideraba que, si trataba a un amigo de usted, este podría ofenderse". ¿Y no sería una astucia, para ganarse más rápido la confianza de sus interlocutores?

Los camaradas rusos no se explicaban cómo María Luisa pudo sobrevivir a los inviernos de Ucrania, a ese frío bajo cero constante y severo. El grueso vatnik metido dentro de los pantalones, ajustado con un cinto, no podía ayudarla mucho. Aunque a ella le hicieron un uniforme a medida porque todos le quedaban grandes, el vatnik era solo una chaqueta acolchada rellena de algodón de lana. En los pies usaba las valenki, unas botas de fieltro hechas de lana de oveja, muy abrigadas para llevar sobre la nieve seca con temperaturas muy bajas, pero si las suyas no tenían suelas de goma podía darse por perdida durante las lluvias, y no todos las tenían.

Su trabajo era tan eficiente que Nikolái Kuznetsov, un espía y guerrillero memorable, la consideraba su operadora favorita y no permitía que otro transmitiera sus mensajes. Una noche la vio temblando junto a la fogata, tratando de calentarse las manos. Hacía más de cuarenta grados bajo cero, dijo la alumna. Entonces él se sacó el suéter y se lo dio, y ella "tan pequeña, quedó sumergida de pies a cabeza en el calor de Kuznetsov". Poco después él trajo, para ella y otras dos radistas, unos *polushuboks*, aquel abrigo de piel de oveja que había usado Trotsky al escapar de Siberia. "Yo me sentía una verdadera reina", dijo María Luisa, ya que Kuznetsov le había regalado también un chal de cashmere negro con flores rosas. El espía, célebre en la KGB por haber secuestrado y asesinado a altos jerarcas nazis, había visto el chal en una tienda de Rivne y se lo compró porque las flores le parecieron un símbolo de España. "Me daba calor y yo bailaba con el chal puesto", relató María Luisa. De manera que José Gros no lo contó todo: María Luisa bailaba flamenco en las noches de fogón, como más adelante lo iba a hacer en las rondas de poetas de su temporada uruguaya. "Lástima que cuando los alemanes estuvieron demasiado cerca tuvimos que salir de urgencia y el chal se perdió". Después de la guerra se compró otro parecido, en recuerdo del original.

En ese momento ella no sabía quién era Kuznetsov, al tanto de la inconveniencia de hacer preguntas demasiado personales. La foto del partisano muestra a un ruso muy rubio y serio, un poco más joven que María Luisa, con cara de soldado humilde, vestido con un uniforme raído y limpio. Él pudo haber estado interesado en ella y la historia del chal podría confirmarlo. Un día los centinelas se toparon con una persona hecha un ovillo, sollozando, fuera de los límites del

destacamento. Era María Luisa llorando a escondidas, es posible que a raíz de la muerte del asturiano Antonio Blanco, caído en un ataque a un tren alemán. Combatiente de la batalla del Ebro, había sido uno de los primeros stajanovistas de la fábrica Stalin de Moscú. María Luisa había acompañado el cortejo de unos veinte camaradas que lo enterraron en el espesor del bosque, para luego arrojar puñados de tierra sobre su tumba. El más joven de la unidad, se había tirado junto a ella el día de los paracaídas. María Luisa no quería exhibir su debilidad y pidió a los guardias que callaran lo sucedido al comandante.

Pronto fue ascendida a ayudante del jefe de la sección. En una foto de esa época yace acostada en el piso rodeada de soldados sonrientes, centro de una fila que forman los cuerpos tendidos. Tiene puesto el uniforme del Ejército Rojo y su gorra de conscripto forma una pequeña carpa. Sonríe, cansada y feliz, la única muchacha entre una docena de jóvenes.

En abril de 1944, una vez recuperada Kiev por los soviéticos y con Rovno evacuada por los alemanes, la unidad regresó a Moscú. Allí María Luisa recibió la Orden de la Estrella Roja y tres medallas: Guerrillera de Primer grado, Defensa de Moscú y Victoria. Si durante los años de la guerra de España y luego en México no se convirtió en una comunista convencida, la estadía en la Unión Soviética y sus galardones terminaron de anudar una comunión definitiva.

El 8 de mayo de 1945, el día de la victoria, Gros se reunió con ella para celebrar con unos vasos de vodka y un paseo por las calles, donde el pueblo aclamó sus condecoraciones con delirio. Pasear

entre la multitud con sus uniformes de soldados de la Gran Guerra Patria debe de haber sido una experiencia embriagadora.

Fue por entonces cuando los poetas, los escritores empezaron a forjar su figura mitológica. Su viejo amigo de la pensión madrileña, Amaro del Rosal, la llamaba "una mujer de leyenda y epopeya".

"En Barcelona tampoco nadie sabía cómo se llamaba de verdad. Pero todos hablaban de ella. Unos aseguraban haberla visto en Atarazanas, cuando el asalto al cuartel. Otros contaban que hacía guardia en el Hotel Colón. Pero ella no era catalana. Por el hablar parecía andaluza, y de allá abajo tenía la brevedad de la cintura, lo moreno de la piel y el misterio de los ojos. Quizá el misterio no estaba en sus ojos, rodeaba un poco toda su vida. Por lo menos, desde muy joven, desde que estalló la guerra de España, en algo misteriosamente importante debió andar. Podía vérsela en algún café de Barcelona o de Madrid con gente que no tenía por el aspecto nada de populares. Esas gentes que quedaban como un residuo de la vida anterior, mezcladas inmunidades diplomáticas o carnés de militancia antifascista. Tampoco era difícil que subiese a algún frente y estuviese pegando tiros, como si para ella eso fuese el coser y cantar de cada día". Este retrato fue escrito por tres autores que relataron la historia de los voluntarios españoles del ejército soviético en la Segunda Guerra Mundial, Eusebio Cimorra, Isidro Mendieta y Enrique Zafra.

Otros cantores la llamaban la Serrana o la Morena. El miliciano Roque Serna Martínez revela en un libro de recuerdos: "En la literatura que trata sobre el destacamento del coronel Medvédev y en los libros de este se trata de la magnífica actuación de Ibona África, La Morena".

Si todas las guerras tienen la necesidad de fabricar relatos que las expliquen, ¿quién mejor que nuestra mujer-soldado para narrar esos acontecimientos extraordinarios? Su heroísmo y belleza se van a ofrecer como vehículos magistrales para contar la epopeya.

Al terminar el conflicto fue citada en la Lubianka, el mismo edificio moscovita donde trabajaba Mitrokhin. El servicio de inteligencia exterior le ofreció su máxima distinción: la ciudadanía rusa y el grado de agente encubierta. Ella debía de estar orgullosa, como lo demuestra el nombre en clave que eligió: Patria, en alusión a la Unión Soviética.

Cumplió con los dos primeros requisitos, un curso de entrenamiento en espionaje y otro para perfeccionar el idioma ruso. Entre otros imperativos, la Lubianka le exigió desvincularse definitivamente de sus familiares y amigos, cortar relaciones con los compatriotas residentes en el extranjero y con los que permanecían en España.

Durante las emisiones radiofónicas de la Cruz Roja que se escuchaban en Francia, miles de españoles intentaban reencontrar a sus familiares dispersos por el mundo. Las listas de nombres, interminables, incluían a "África de las Heras, desaparecida en 1937". En la radio podía oírse la voz de su hermana Virtudes, que la interpelaba: "Afriquita, contéstame, contéstame". La alumna explicó que "Afriquita no podía responder, porque así se lo exigía su compromiso político". Pero la había escuchado.

Alguna mella le hicieron esos programas radiofónicos, o quizá fue para despedirse definitivamente, porque cuando la visité en Ceuta, Afri me aseguró que María Luisa se reunió con su hermana y con su

madre en París. No fue a través de la radio que acordaron la cita, me dijo, sino por intermedio de una amiga.

Esta revelación suaviza un poco el contorno de esa figura que, por heroica, a veces se muestra gélida y distante. El solo hecho de que haya accedido a ver a su familia en París devela una emoción, cierta nostalgia. Pero… ¿no será esta una interpretación sentimental? Pudo haberse reunido con su madre por orden de la KGB. La mención radiofónica de su nombre verdadero, África de las Heras, podría significar un peligro que era preciso silenciar.

El encuentro fue muy triste para las dos Virtudes, porque les dijo que por fin estaba viviendo la vida que siempre había deseado, y les pidió que no volvieran a intentar contactarla nunca más.

Debía de haber algún dolor, tal vez algún agravio, alguna herida que explicara esa voluntad de suprimir su pasado. Aquel secreto que le contó en Montevideo a Esther Dosil de Ramírez —que era hija natural de su padre y una gitana— ¿era cierto? Si no lo era, tal bastardía ¿no develaría la intuición de un sentir? Una exclusión, un ultraje. En cualquier caso, no se explica por qué se lo contó a Esther. La espía de la serie *The Americans* le hace una confidencia personal a un examante. Él le pregunta: "¿Por qué me estás contando esto?". Y ella: "¿A quién más se lo puedo contar?".

Una vez nombrado, un agente de inteligencia debía permanecer en estado de reserva hasta ser llamado a la acción. En un principio se pensó en enviarla a Europa como azafata uzbeca de la aerolínea Aeroflot, un plan magnífico. Pero Pável Sudoplátov seguía al mando en Moscú y decidió mandarla a la misión, en París, que la llevaría a nosotros.

Segunda parte

Capítulo 12

La modista de alta costura

París, 1947

Tras el asesinato de Trotsky la KGB se dedicó, en una primera instancia, a desmantelar la enorme estructura desplegada en Estados Unidos y en México. Los topos, con sus documentos falsos en actividad y las sólidas bases establecidas entre los años 20 y los 40, eran residentes muy bien entrenados, integrados a las comunidades o ubicados en puestos estratégicos a la espera de ser reclamados para prestar servicio. El Politburó los llamaba "el semillero". Aquella camada de espías, advirtieron, podía ser de enorme utilidad para obtener secretos relacionados con el programa nuclear estadounidense. Con ese objetivo, Stalin decidió instalar un centro de actividad ilegal en Sudamérica, donde se confeccionarían documentos falsos y coberturas para los agentes que debían introducirse en Estados Unidos.

Uruguay, uno de los escasos países de la región con representación diplomática soviética y embajada acreditada, se presentaba como la mejor oportunidad. Ubicada en la margen izquierda del Río de la Plata, amigable, con una situación política

estable, su privilegiada geografía y una clase media culta, "la Suiza de América" era un país valioso como estación regional. María Luisa le iba a dar a Esther Dosil de Ramírez una explicación más prosaica: "Uruguay es un piojo en el mundo, un país que no existe". Pero instalar una plataforma con un equipo de radio capaz de transmitir información sensible desde Estados Unidos requería de una compleja estructura. Era preciso colocar un espía con residencia permanente o ciudadanía uruguaya, ya fuera por adulteración de identidad, ya fuera por casamiento. Y aquí entra en escena nuestra amiga.

Con treinta y seis años y su recién estrenada credencial, María Luisa cruzó la frontera francesa en automóvil. Había viajado en avión desde Moscú hasta Berlín con su nueva fachada, la misma que mi familia conocería quince años después en Montevideo, la de una modista de alta costura, viuda de un republicano. Su leyenda, como llaman los espías rusos a la construcción de la nueva identidad con su historia, sus objetos, el anillo de la abuela, los retratos enmarcados, era intachable. Delgada y atlética, con los atuendos clásicos y elegantes que adoptó recién llegada, en el año 1946 su apariencia era muy atractiva.

Situado entre el Trocadero y del Arco del Triunfo, el apartamento de la calle Lauriston 82 estaba a pocos metros de la antigua central de la Gestapo. No podía ser más apropiado. Ni traza de guerrillera había en María Luisa de las Heras, una mujer convencional, más bien conservadora y sin interés en la política pese a su condición de emigrada. El taller funcionaba también como vivienda, con un comedor y un salón acogedores, preparados para homenajear a personajes influyentes. Passy, un barrio de señoras encopetadas y refinadas confiterías, estaba ubicado en la orilla derecha del Sena.

En la orilla izquierda, en una pensión de mala muerte con baño compartido donde los platos de sopa se lavaban en el bidet, vivía Felisberto Hernández, uruguayo, bohemio, pobre, un escritor exquisito conocido por unos pocos que sobrevivía en París gracias a una beca del gobierno francés. En 1947 ya tenía tres libros de cuentos publicados en Montevideo, unas impresiones caseras sufragadas por sus amigos, pintores y profesores universitarios, otros talentos hambrientos como él. La aparición de su escritura fantástica, naif, animista, de imaginación demente y prosa clara había causado pasmo y admiración en sus primeros lectores. Gracias a estas ediciones lo había leído el poeta fancouruguayo Jules Supervielle, finísimo, consejero cultural de la embajada en París, que le gestionó la beca.

Felisberto llegó a París diez meses después que María Luisa, en noviembre de 1946. La vinculación con Supervielle le permitió introducirse en el ambiente literario local y hasta había logrado publicar un cuento en la revista *La Fontaine* por el que le pagaron diez mil francos, una fortuna en comparación con los cinco mil mensuales de la beca. Medido en las comidas, desmedido en las bebidas y las diversiones, gastaba unos ciento veinticinco francos diarios en una sopa con jugo de carne, una cerveza y una entrada de cine. Con cuarenta y siete años, compartía las moderadas costumbres de los estudiantes del Barrio Latino. En las cartas a su madre mencionaba algún festejo, paradas en los boliches para tomar una copa más de vino y también que se le "volaba la plata".

Se hospedaba en el hotel Rollin, en el 18 de la rue de la Sorbonne, rodeado de cines baratos y casas de duchas calientes. Durante el primer invierno combatió el frío con unas castañas tostadas que

compraba en los puestos callejeros. Y cuando consiguió alcohol de quemar, se hacía la comida y sus cafecitos en un Primus que guardaba en el ropero. En salvaguarda para los periodos de escasez, recogía las colillas de los cigarrillos para encanutarlas en una caja de cartón en su pieza ("la misma pieza mugrienta"). Las colillas impregnaban el cuarto de un olor espantoso, se quejaban sus amigos. Cuando se le volaba la plata recorría los cafés nocturnos tocando el piano, como había hecho años antes en los pueblos uruguayos, para juntar unas propinas y pagar la pensión. Porque Felisberto era un gran pianista y compositor, un concertista de primera. Firmaba sus cartas a la familia con el *nom de plume* Frasco, y a su madre la llamaba Calistroque:

"Tendrían que verme haciendo comidas y después lavando todo en el bidé. (Después de tanto tiempo ya es una cosa muy mía; pongo allí los platos y les echo agua caliente encima, que siempre corre). Anteanoche hice las primeras papas fritas con margarina —grasa vegetal—, lástima que después se me salió un diente postizo; bueno pero era del costado y muy escondido; ayer hice mi primer gran puchero: un gran tarro, papas nuevas con cáscara y muy lavadas antes, cebolla, jugo de carne, dos cucharadas de aceite y sal, riquísimo".

En la juventud había tenido aspecto de poeta, con un bigote inglés de puntas para arriba y un moño hecho con un lazo negro; en la madurez perdió esos aires, al punto que los amigos le decían "el Gordo". El Gordo, contaban, tenía un especial vínculo de dependencia en sus relaciones, en particular con su madre. Así, bajo las reglas de algún orden que no intentaban entender, pero al que se

subordinaban, sus amigos y amores solían actuar como protectores y él, como protegido.

Cuando le pagaron en la revista *La Fontaine*: "Se dan cuenta. Venir a ganar plata a París. Estoy salvado". Su lógica era la lógica de los pobres, la lógica del *salvarse*. Y eso es lo que le sucedió, o lo que creyó que le sucedió, cuando conoció a María Luisa.

Separado de su tercera mujer, inseguro, arrebatado, espiritual y, lo más importante, furibundo anticomunista. Si los servicios secretos soviéticos buscaban un esposo insospechable para las autoridades uruguayas, él era el indicado. Por intermedio de Supervielle, el 13 de diciembre de 1947 fue presentado en el Pen Club. Después de la lectura, varios espectadores se acercaron a saludarlo. Acostumbrado a polemizar con sus amigos de izquierda, Felisberto descargaba su metralla conservadora sobre un interlocutor cuando fue interrumpido con una frase elogiosa: "Qué gusto da escuchar un castellano así en París". Al darse vuelta se encontró con una mujer sonriente, atractiva y desenvuelta, vestida con una elegancia que dejaba ver un buen pasar.

Capítulo 13

Pasajera de primera clase

Montevideo, 1948

Otra posibilidad es que se hayan conocido en un café, como sugirió una hija de Felisberto. O en la embajada uruguaya, según algunos amigos. Todos concuerdan en el diálogo y en que ella dio el primer paso.

Ansioso por presentarla ante su amigo el profesor Benvenuto y los dos hijos, Felisberto pidió a la novia que organizara una cena en Passy. Al saludar a Carlitos, el mayor de los adolescentes, ella se conmovió, o fingió conmoverse, y apenas contuvo las lágrimas porque, le dijo, su rostro le recordaba al de su hijo Julián, que había muerto a los doce años.

Los jóvenes quedaron muy impresionados por la bienvenida y sobre todo por la deliciosa comida española. Carlitos, quien años después sería una especie de padrino mío, recordaba con entusiasmo su tortilla babé, al parecer única en el punto justo del dorado exterior. También hablaba de la cocinera, "una mujer muy buena moza, muy guapa, muy dicharachera, con esa gracia andaluza", como decía todo el mundo. Ella contaba que había

asistido a clases en la Escuela Nacional Superior de Bellas Artes de París, donde hacía ejercicios de memoria visual, como mirar a un modelo vivo durante cinco minutos y después dibujarlo. Llevó a Montevideo uno de esos bosquejos, el desnudo de una joven senegalesa que conservaban los Ramírez.

Entre el flechazo en París y los planes de casamiento en Montevideo no pasaron más que unos pocos meses. La "Operación María Luisa", como la llamó después Fló, fue fulminante.

"María Luisa me pide que busquemos juntos un apartamento (en Montevideo). Ella piensa estar tres meses sin hacer nada antes de instalarse y tendrá $$ cómo hacerlo".

Felisberto era tan pobre que cuando Supervielle quiso conocerlo no tenía ropa adecuada para presentarse en su casa. Carlitos Benvenuto le tuvo que prestar los zapatos ("Nunca me los devolvió") y su padre, el traje.

Entre los amigos, ninguno se sorprendió cuando llegó a Montevideo la noticia del súbito casamiento. Toda la vida amorosa de Felisberto había sido precipitada, ya había pasado por dos matrimonios oficiales, otro informal, tenía dos hijas y, en ese momento en París, dos novias: María Luisa y una inglesa que posiblemente se llamaba Fiora.

Si bien hacía varios años de su separación de Amalia Nieto, el divorcio no se había formalizado. Apurado —o presionado por el apuro de María Luisa— compró un pasaje a Montevideo para el 20 de mayo, dos meses antes de la finalización de la beca, el 31 de julio de 1948. Su intención era liquidar el asunto del divorcio lo antes posible y esperar a María Luisa para luego casarse allá. Pero las cosas no iban a ser tan sencillas.

Los Benvenuto comieron en el apartamento de Passy varias veces antes de que se produjera lo que los amigos bautizaron como "la doble despedida". En nuestras evocaciones de Montevideo, ese era el *top hit* de la mitología felisbertiana. Veinte años más adelante, amigos íntimos de los hijos de Carlitos, mi hermano y yo participábamos de sus tertulias familiares los fines de semana. Solían ser por las tardes, mientras los mayores tomaban unos mates y los chiquilines les pedíamos que nos volvieran a contar "las dos despedidas de Felisberto". Historiador y escritor, Carlitos era más bien callado y solía ser su esposa Myriam quien cedía a nuestra insistencia. Peinada con unos batidos altos tipo Brigitte Bardot en versión negro azabache, con su voz de contralto nos contaba lo ocurrido el 20 y el 21 de mayo de 1948, cuando Felisberto había insistido en que los Benvenuto lo acompañaran dos veces a la estación de trenes de Austerlitz. La primera fue con María Luisa. Los novios se despidieron en el andén flanqueados por Carlitos, su padre y su hermano. Felisberto abordó el tren a Burdeos, donde debía embarcar hacia Montevideo. Pero, lejos de llegar a ese puerto, se bajó en la primera estación para volver a Austerlitz. La segunda despedida fue al día siguiente y estuvo dedicada a la novia inglesa, una muchacha en silla de ruedas "absolutamente deforme, muy simpática, con problemas para comunicarse", a quien había conocido en unas jornadas universitarias de Navidad. Esta vez Felisberto siguió viaje hasta Burdeos, donde lo esperaba el transatlántico.

Mientras él agilizaba los trámites del divorcio en Uruguay, los documentos falsos de María Luisa se atascaban en la burocracia parisiense y aplazaban el casamiento. Si su condición de refugiada política le había permitido una cobertura adecuada en Francia, para

un viaje transoceánico necesitaba un pasaporte en regla. Y un pasaporte en regla valía oro para un agente secreto, nada fácil de obtener. De manera que Felisberto tuvo que acudir a sus vínculos con la diplomacia. Solucionaron el engorro sus viejos amigos Esther y Enrique Cáceres, una escritora y un psicoanalista que reunían en su casa a la flor y nata de la intelectualidad montevideana.

"Parece que se le ve la pata a la sota, que se resolverán los papeles de M Luisa; pero hay para escribir un libro. Esther le escribió una carta a Blanco Acevedo, embajador nuestro en París. Hemos pasado las angustias más espeluznantes".

Gracias a las gestiones de los amigos, María Luisa obtuvo un pasaporte provisorio de las autoridades francesas visado por el cónsul uruguayo. El documento, de solo un año de validez, la obligaba a casarse cuanto antes si quería permanecer en Uruguay.

Se embarcó en la primera clase del buque Kerguelen en Burdeos el 3 de diciembre. La fachada pudiente no le permitía viajar en segunda, y para eso contaba con el apoyo de Moscú. Pasó la Navidad en el barco, con un incipiente dolor de muelas que fue creciendo durante la travesía. Pese a las molestias, podía estar satisfecha. En el comedor conoció a un senador del Partido Colorado y a otras personalidades. La realidad, una vez más, estaba superando todos los planes trazados. Aun antes de pisar América ya había establecido contactos y su documentación uruguaya, si lograba el casamiento, estaba en marcha.

Atenta a tender lazos hacia las amistades que se proponía granjear, desde París le había enviado una carta cordial a la exesposa de Felisberto, y este solo gesto ganó su estima. Otra ex, Paulina Medeiros, contó que Felisberto "se enamoró de la viuda de

un combatiente español muerto en un campo de concentración". Una de las fábulas de María Luisa. Desembarcó en el puerto de Montevideo el 27 de diciembre con un falso Certificado de Identidad y de Viaje para los Refugiados Españoles. Se inscribió como María Luisa de las Heras de Darbat y rellenó un formulario en el que mezcló datos falsos y auténticos de su marido, de sus padres, de sus tíos y de paso se sacó un año de edad.

El pasaporte la describía con precisión de identikit: "Un metro y sesenta y tres centímetros de estatura, cabellos negros, frente recta, ojos castaños, nariz recta, mentón redondo, cara ovalada, tez mate".

En esos últimos días de 1948 se hospedó con su prometido en la pensión de la "pieza murriñenta", como la llamaba Felisberto, en la calle Juan Manuel Blanes 1324, aunque para guardar las apariencias daba una dirección en la misma calle pero en el número 1138. Si bien para enero de 1949 los papeles del divorcio estaban a punto, la feria judicial atrasó el casamiento un mes más. Sin perder el tiempo, la pareja buscaba apartamento para alquilar.

"Por fin encontramos un piso entero para nosotros, es maravilloso, de piezas grandes, lujoso, teléfono, calefacción, dos ascensores, una gran terraza, etc. Queda en Br. España y Paullier. Era de lo más apuro porque ella quiere ponerse a trabajar cuanto antes. Cuesta $120.000 mensuales", escribió Felisberto a su familia, que vivía en el interior del país.

Todo giraba, ahora, alrededor de María Luisa. Pero no pudieron mudarse de inmediato porque ella tuvo que hacerse varias intervenciones odontológicas a las que él asistió, diligente. Las primeras semanas en Montevideo se fueron en las visitas al centro radiológico y al consultorio del dentista, que eran diarias debido al

estado de su dentadura, descuidada durante la temporada en las estepas. Pero también se divertían. Según unos amigos, una noche en el balneario Solís María Luisa bailó flamenco con castañuelas ante varios artistas y poetas.

Finalizada la feria judicial, ya sin impedimentos legales, la pareja se casó el 14 de febrero. Hasta que pudieran mudarse al piso alquilado, los Cáceres les prestaron el ático de su apartamento. El edificio Rex, erigido sobre la esquina de la avenida 18 de Julio y Julio Herrera y Obes, en el corazón de la ciudad, es una de las más bellas obras modernistas uruguayas. El ático, un gran ambiente vidriado, está bajo la cúpula azulejada, que tiene a esa altura un extraordinario mirador circular. Los Benvenuto vivían a la vuelta, lo que propiciaba tertulias, cenas, mates y vermuts. En ocasiones, se unían a las reuniones los estudiantes que acudían a los cursos sobre Freud que daba Enrique Cáceres en su apartamento.

En la planta baja del edificio estaba el cine, decorado con un vitral del dios Pan tocando la flauta. Con mi hermano y los chiquilines Benvenuto vimos en el Rex *My fair lady* y todo el James Bond de los años 60. El ingenioso régimen continuado nos permitía volver a ver la película hasta que el acomodador nos echaba a la hora del cierre.

Durante el periodo del Rex, María Luisa siguió trenzando relaciones fructíferas. A poco de instalarse, ya había logrado la confianza de la empleada doméstica de unos vecinos. María Barrios, costurera por afición, iba a ser una pieza esencial en el engranaje que estaba empezando a girar. La española le sufragó un curso de corte y confección por correspondencia y le ofreció algunas labores de aguja. Por las tardes, después de servir el té a su patrona, María Barrios se apresuraba a pedir permiso para subir al ático a coser. El

oficio de ayudanta de modista significaba menos un ascenso social que la liberación de un trabajo esclavo que carecía de perspectivas. De alrededor de cincuenta años y una fidelidad a prueba de balas (podría decirse que en un sentido literal), María Barrios nunca dijo una palabra de más, aun cuando fue entrevistada por el periodista Fernando Barreiro en varias ocasiones. Y cuando la dijo, fue para negar todo: "¡No! Ella no era espía de Rusia. Ella era gitana de Ceuta". Era absolutamente imposible que fuera una espía de los rusos, porque era anticomunista: "Ella estaba con Luis Batlle (un político uruguayo) y era todo por el Uruguay. Y cuando decía Uruguay se ponía la mano en el corazón".

Entre estas dos mujeres se fraguó una relación singular refrendada por actas, contratos de por vida, algo así como pactos de sangre nada ajenos a las prácticas del espionaje. Un vínculo similar, pero de una hondura dramática más profunda, fue el que unió a María Luisa con los cuatro integrantes de la familia Ramírez. Para cada uno de ellos, tanto para Esther Dosil como para su esposo, tanto para Luis como para el Cabeza, esta relación fue única y definitiva y los enlazó, abrazó o estranguló hasta la muerte.

Sus tácticas de aproximación obedecerán a un orden sistemático. Se va a declarar amante de los niños y disponible para cuidarlos: va a llevarlos de paseo, hacerles regalos, *mecer las cunas*. Como adición, ofrecerá sus servicios de modista. Con cualquiera de estos dos pretextos logrará entrar por la puerta grande de la vida doméstica y acceder a secretos e intimidades de utilidad para su trabajo de espía. Se ofrecerá de madrina, de abuela o de niñera de los chiquilines; oficiará de madre o de hermana de las amigas; se hará necesaria como parte integrante de cada núcleo familiar. Jamás

llegará a una casa con las manos vacías. Comprará masas y dulces en las confiterías más refinadas de la ciudad y no escatimará en las cantidades. Por último, si bien se presentará como una exiliada de la República, va a demostrar ante casi todos indiferencia ante cualquier tema político. Pero no ante todos.

Capítulo 14

Los hilos del ovillo

Montevideo, 1949-1953

María Luisa conoció a Esther Dosil de Ramírez, discípula en los grupos de estudio de Cáceres, en el living del apartamento del Rex. Esther todavía sentía con vivacidad el desgarro que había significado para su familia, de raíces asturianas y gallegas, la tragedia de la Guerra Civil. Había militado en la Casa de España y en el Centro Español de Montevideo, y apenas se enteró de que María Luisa era española no contuvo su entusiasmo al interrogarla por las batallas perdidas de la República. La conversación fue tan atrapante que María Luisa, alerta ante las inmensas posibilidades operativas que podía brindarle este nuevo personaje, propuso un encuentro un par de semanas más tarde.

Casada con el historiador Arbelio Ramírez, tan culto y pobre como ella, madre de dos niños y bibliotecaria de la Facultad de Humanidades a tiempo completo, Esther apenas tenía aliento para seguir estudiando. Pero poco después de terminar el curso con Enrique Cáceres se inscribió en la carrera de Psicología. Huérfana, de un físico más bien robusto, pelirroja, tanto que cuando era gurisa le

decían "pelo con tuco", había trabajado desde los once años limpiando en casas de familia, mientras leía a escondidas a Émile Zola. Inteligente, empecinada, la educación formal se ofrecía ante ella como el único mecanismo posible de movilidad social.

En el año 1949, cuando María Luisa irrumpió en sus vidas, las rutinas cotidianas de los Ramírez no incluían grandes diversiones, afectos expansivos y menos aún despilfarros. Vivían en un modesto apartamento alquilado de la zona del puerto, en la calle Cerrito 196, esquina Maciel. Los fines de semana, mientras Arbelio preparaba las clases en el IAVA, un instituto de enseñanza secundaria, Esther solía cocinar y lavar la ropa para adelantar las faenas domésticas de los días siguientes. En este cuadro de apretada austeridad, la llegada de María Luisa con sus cajas de regalos envueltas en cintas doradas, el buen humor y las bromas salerosas era mucho más que una nueva alegría.

Los domingos al mediodía aparecía con Felisberto, cargada con unos ravioles deliciosos que compraba en una fábrica de pastas de Pocitos, y con vinos que no se conseguían en los almacenes comunes. "Era muy alegre y se fue haciendo querer mucho por mis hijos, para los que fue como una abuela, aunque un tanto joven. Se venía a casa y traía lo que nosotros no podíamos comprar, que era uno o dos kilos de masas de La Mallorquina, y se instalaba con su charla, con su alegría y todo ese cariño que desparramaba. A partir de cierto momento, las visitas de María Luisa se hicieron muy importantes como ayuda y como apoyo para nosotros", contó Esther.

Mientras ella cocinaba o lavaba los platos, María Luisa la entretenía con chistes verdes que hacían reír a todos y con anécdotas de sus nuevos amigos, los jóvenes Benvenuto y Fló.

También jugaba con los chiquilines, pero lo que más le atraía era conversar con Arbelio. Después del almuerzo y las largas sobremesas, Felisberto se iba a tomar un café en un bar del centro y entonces Arbelio y María Luisa se quedaban charlando por varias horas. Simpatizante del Partido Comunista pero no afiliado orgánico, al profesor le interesaban la Revolución rusa, la historia de España, la Guerra Civil. Solo con él María Luisa hablaba de política.

En 1955 Esther recibió una invitación de la Unesco para perfeccionarse en bibliotecología en Francia. A su regreso en el barco Louis Lumiére, seis meses después, Arbelio y sus hijos la recibieron en el puerto junto a María Luisa. *El Diario* publicó, el 6 de abril de 1956, una foto que la muestra parada tras Esther, con las cejas altas dibujadas a lápiz y una mirada esquiva. Como todo espía, detestaba que la fotografiasen, pero no pudo evitar que el periódico registrara el regreso de la becada uruguaya. Esa imagen, que tengo en mi poder, hasta ahora no trascendió.

Con el tiempo empezó a llevar a los niños al cine, un programa que seguía en el parque y terminaba en la juguetería. Y volvían los tres cargados con paquetes. Solía entregarle a Esther una pila de camisetas para los botijas, calcetines o cuadernos y lápices de colores que la familia festejaba. "Yo disfrutaba de ella porque era como una madre protectora que me había salido —contó Esther en la grabación—. Atinaba a hacerles obsequios a los chiquilines que coincidían con cosas que se necesitaban". A ella le regalaba perfumes, medias de nylon y maquillajes que Esther apreciaba muchísimo porque era coqueta y no podía darse el lujo de gastar en esas fruslerías pequeñoburguesas. Cuando le propuso hacerle un vestido, lo cosió un poco a ojo, después de tomarle las medidas

sobre el cuerpo al tuntún, sin mayor cuidado. Una de las pequeñas revelaciones de la grabación de Esther —de las grandes voy a hablar más adelante— fue que María Luisa era una pésima modista. Ni siquiera le gustaba coser: "Hizo algún que otro vestido, y rezongó mucho por tener que hacerlo, pero eran compromisos sociales. Ella era una artista para dibujar y planificar, no sé si era así para coser. Después no cosió más". Según Fló, la cobertura de alta modista fue una ficción notable. "Cuando le preguntás a la gente, ninguna parece haber recibido una prenda magnífica, y alguna que recibió, no quedó contenta. Al final de cuentas había una decepción sobre los talentos vestimentales de María Luisa… Le dio un trabajo enorme cumplir con una mínima decencia las responsabilidades que había asumido".

Entre estos compromisos sociales se incluía la relación con la poeta Ida Vitale. "Creo que para el casamiento me haré un *tailleur* negro con el género que me regaló Ángel, y tengo ganas de encargárselo a María Luisa, la mujer de Hernández", escribió Ida en una carta. Conquistada por la simpatía de la modista, le encargó el *tailleur.* Además, se llevó a su luna de miel una gabardina que ella le había confeccionado. Años más tarde, en un texto sobre Felisberto, describió a María Luisa como una "andaluza, lustrosa de piel, expansiva y sin inhibiciones".

En vez de alquilar aquel apartamento lujoso de bulevar España, se mudaron a un apartamento en Brito del Pino 829, un barrio pituco pero desprestigiado por su relativa cercanía con el penal de Punta Carretas. María Luisa se había quejado mucho, ante Esther, del pequeño ático del Rex y su incómodo baño. Sin abandonar Brito del Pino, al poco tiempo alquiló otra vivienda en la planta baja de

Colonia 876, donde montó el taller y un laboratorio para revelar fotos. También hizo acolchar los muros y colocar burletes en las puertas, con el pretexto de no perturbar a Felisberto. Es cierto que él era un maniático con los ruidos, pero su celo debió responder a la necesidad de ocultar el radiotransmisor que estaba por adquirir.

En los comienzos del taller, contó Paulina Medeiros, para que Felisberto "pudiera entregarse a su obra sin molestias, la española le alquila fuera de su propio departamento, una habitación capaz de servirle de refugio, lejos de la charla y asiduidad de su clientela". La excusa de protegerlo de los parloteos de las clientas y del traqueteo de la Singer ilumina la eficacia del cuarto de costura como cobertura.

Su simpatía, los famosos platos españoles y la especial inclinación que mostraba hacia los niños y los jóvenes lograron que el apartamento se convirtiera en el cenáculo que reunía a la barra que se estaba formando. Los Benvenuto y sus amigos poetas, pintores y escritores ya formaban parte, o estaban por hacerlo, de la vanguardia artística montevideana.

A fines de los 40, también pasaron por la calle Colonia algunos amigos de Juan Carlos Onetti, otro gran escritor uruguayo. Entre ellos, varones en su mayor parte, había una jovencita a la que los biógrafos describen de manera similar: "Faby era una muchacha hermosa, intelectual, pero con un encanto especial que consistía en ser adolescente y a la vez, ya mujer. Tenía el aire de la Maga de Cortázar, y enloquecía a todo el mundo noctámbulo de las dos orillas del Plata", registra Carlos M. Domínguez en las páginas que dedica a Faby. "Entonces tenía un aire místico que derivó hacia las religiones orientales. Pero una crisis existencial volvió a dejar atónitos a los amigos que la frecuentaban. Repentinamente, como si hubiera

hallado una puerta insospechada, cambió las religiones por la mística del sexo. Comenzó a deambular con una seductora boina en la cabeza y la convicción de que entregarse a un solo hombre era un acto egoísta que nadie merecía".

Pues bien, Faby era mi madre.

Y hay algo que Domínguez y sus fuentes ignoraban: esas convicciones le habían sido transmitidas por una nueva amiga, una española mayor, atrevida, culta, sensacional: María Luisa, la modista.

La crisis existencial, esa puerta insospechada, coincide exactamente con las primeras visitas al taller de costura, que quedaba a solo cinco cuadras de la pensión donde vivía Faby con mi abuela española. Allí se reunían los onettianos para escuchar música clásica —se tendían en el piso, cortinas cerradas, luces apagadas— en el periodo místico al que alude el biógrafo. Uno ponía los discos y los demás debían identificar el nombre del compositor y de la obra. Esta pieza de nuestro anecdotario familiar se completa con el testimonio del escritor Manuel Claps y su vuelta de tuerca: "Todos los hombres que la rodeaban entonces iban a la pieza donde vivía con la madre y se agarraban unas calenturas frenéticas. Armaba unos líos espantosos".

Una de esas madrugadas, en un bar del centro, Onetti y Faby conocieron a Nina Kandinsky. La viuda del pintor enloqueció de amor y de celos a Onetti hasta el punto de hacerle partir un vaso contra el borde de la mesa y rozar con los vidrios sus muñecas: "Ahora me voy a suicidar". Esa noche quien se llevó a Nina Kandinsky, dice el biógrafo, fue Faby.

Cuando la modista le decía a mi madre: "Ven, ven a almorzar, ven aquí que te hago un vestido", ella iba encantada. Las conversaciones

con María Luisa, lejos de la frivolidad, eran una pedagogía. Las ideas de liberación femenina y libertad sexual que les trasmitió a las muchachitas que rondaban la calle Colonia conformaban una ética feminista que estaba a la vanguardia de los movimientos de esos años. María Luisa fue para ellas el manual de Masters & Johnson. En su semántica no había *novios*; ese apelativo, despreciado por burgués, estaba excluido de su acervo enciclopédico; se hablaba de *amantes*. Leían a Virginia Woolf, a Simone de Beauvoir, a Alexandra Kollontái, a Mary McCarthy y, después, a Betty Friedan. *El segundo sexo* era su Biblia, *Memorias de una joven formal* y *La plenitud de la vida*, la Enciclopedia.

A poco de conocer a Elsa Methol, María Luisa le ofreció hacerle un vestido. Con esa excusa, la muchacha se dejaba caer en la calle Colonia casi todos los días. A los diecisiete o dieciocho años Elsa era un terremoto, vivía prácticamente en casa de la española y se había enamorado de Sergio Benvenuto, el hermano menor de Carlitos. Comensal diaria de su mesa, Elsa decía que era hija de la modista y a nadie le parecía raro.

Así, entre María Luisa, los Benvenuto, Elsa Methol y otros pocos se fue tejiendo una textura de amistades y amores. La familia Fló fue parte vital del entramado. Endogámicos, los miembros del cenáculo se casaron, viajaron, se separaron, fueron amantes, amigos y enemigos sin dejar del todo de formar parte de ese tejido compacto. Cuando tuvieron hijos, no cesaban de repetir que María Luisa se había convertido en una abuela de todos ellos. Es decir, de nosotros.

Los Ramírez no pertenecían a nuestro círculo. "Ella no mezclaba", dijo Esther. "No quería que se conocieran sus amigos entre sí, salvo los que ya eran grupos. A nosotros nos tenía bastante aislados". Una

fina línea dividía a los Ramírez del resto, los que le iríamos a servir de fachada o de contacto con la política y la diplomacia. Rulito, como le decía Arbelio Ramírez a María Luisa, mantenía su vínculo con la familia en una celosa intimidad, aplicando el mismo criterio de compartimientos estancos de las células guerrilleras, sin conexión entre sí. Todavía no estaba clara la función de los Ramírez en su constelación, pero desde los comienzos hubo dos jerarquías: los de arriba y los de abajo. La lucha de clases.

Sus relaciones con personalidades públicas eran sorprendentes e insospechadas. Un mediodía, en el restaurante El Águila, el general Óscar Gestido se acercó a saludarla. El hijo menor de los Ramírez, que estaba en la mesa, se asombró cuando, al año siguiente, reconoció a aquel hombre: era el nuevo presidente de la república.

Para Esther Dosil, ella vivía "en guerra" con Felisberto. Las dos mujeres, en complicidad, durante los almuerzos se miraban en silencio cuando él decía alguna grosería. Felisberto era muy gracioso al contar historias y Arbelio solía pedirle que les relatara la trama de sus relatos. Una vez les leyó "Muebles El canario", un cuento hermoso que fue muy festejado. Pero Esther le tenía antipatía: "Era despectivo. Aparte de ordinario era agresivo con María Luisa, y nos ponía en ridículo a ella y a mí. María Luisa se reía y yo me reía junto con ella, pero a mí no me hacía gracia. María Luisa se reía porque ella tenía una gran facilidad para la sociabilidad y para reírse, y para tomar del modo más adecuado los disparates de Felisberto. A veces decía cosas horribles".

Los Ramírez recordaban con incomodidad la diversión de María Luisa cuando relataba anécdotas cruentas de la Guerra Civil. Los republicanos habían jugado a la pelota, contaba entre carcajadas

que nadie compartía, con la cabeza cortada de un cura. La familia se espantaba ante ese humor feroz y María Luisa cambiaba de tema.

Hacia fines de la década de los cuarenta, su enlace dejó de transmitirle mensajes y dinero del Politburó, al que los iniciados llamaban "el Centro". Vadim N. Kirsanov, segundo secretario de la embajada soviética, se había vuelto invisible para María Luisa. Ella no tenía vinculaciones con el Partido Comunista uruguayo, al que criticaba cuando charlaba con Arbelio. En esos días, Esther Dosil fue a verla al apartamento de la calle Colonia, preocupada porque no había ido a visitarlos el último domingo. "La encontré llorando amargamente. Estaba con un llanto y una pena, una indignación y un llanto muy grandes, y me dijo que se había quedado sin dinero y que estaba muy sola y aislada". Desde la otra habitación, escuchó Esther, resonaban las carcajadas de Felisberto y del poeta Luis Caputi, que lo ignoraban todo. Para ofrecer credibilidad a Moscú, María Luisa necesitaba conseguir la residencia uruguaya, una papelería que estaba en marcha pero llevaría unos meses más.

Felisberto y Caputi coincidían muchas veces en el apartamento. Una noche las dos amigas asistieron, desde el living, a un encuentro sexual entre los hombres, que se produjo en el dormitorio. Al parecer, esto sucedía a menudo. Ofendida por las inclinaciones de Felisberto, Esther lo calificó de "homosexual y degenerado".

En diciembre de 1949, Felisberto publicó en la revista *Escrituras* el cuento "Las Hortensias", dedicado "A María Luisa". En la tapa de un ejemplar que le regaló, con tinta violeta agregó a la dedicatoria: "el día que dejamos de ser novios". Este cuento o *nouvelle* introduce, de un modo lateral, la idea del espionaje. Las hortensias del título aluden a unas muñecas, personajes centrales del relato: "Muy

hermosa, señor. Se parece mucho a una espía que conocí en la guerra", dice sobre una de ellas Alex, el criado del protagonista. Por si faltaran otras similitudes, las muñecas son en un principio maniquíes, y el ruido incesante de unas máquinas se sostiene durante toda la narración. "Las Hortensias" parece un tipo de alegoría, pero fue escrito en Francia poco antes de que la pareja se conociera. Claro que Felisberto pudo corregir o reescribir después el cuento. Entre tantos rumores que corrieron, se dijo que María Luisa escondía el radiotransmisor en los maniquíes del apartamento de Colonia. Su ahijado Luis Ramírez fue quien me dijo que la radio estaba debajo de la máquina de coser. Este testimonio, por la proximidad única del muchacho con María Luisa, tiene más peso que una prueba forense.

Como sugería, premonitorio, el agregado manuscrito a la dedicatoria, en este periodo empezó a gestarse la separación de la pareja. En plena facultad de sus técnicas de contrainformación, María Luisa comenzó a difundir entre los cercanos los desacuerdos matrimoniales. Ninguno desconocía la pereza de Felisberto, que Fló llamó "el egoísmo monstruoso del Gordo". Compadecían a "la española", como la llamaba Felisberto, que lo mimaba con sus papas fritas y una casa siempre hospitalaria para los amigos. Les decía que ella "tiraba del carro, que lo iba a matar, que trabajaba como costurera para comer". En sus protestas ponía el énfasis en Calita, la madre de Felisberto, a la que todos conocían por un temperamento tiránico y su empeño por entrometerse en los asuntos del hijo. Según los rumores, las dos mujeres llegaron a enfrentarse en una fuerte disputa. Pero Felisberto no parecía estar al tanto de estos conflictos domésticos. Preocupado por las habladurías, el padre de

los Benvenuto lo interrogó: ¿la relación había mejorado? Él se sobresaltó: "Yo creí que éramos felices".

Aquejada de una dolencia al corazón en la que todos creyeron, un día anunció que viajaría a Europa para hacer unas consultas médicas. Los amigos quedaron con la impresión, transmitida por ella misma, de que Felisberto no la había apoyado en esa delicada situación. A la vuelta se separaron sin más y Calita, de una hostilidad incorruptible, dio diferentes versiones sobre las razones. "Porque Felisberto no soportaba que ella fumara", decía en las conversaciones ajenas al círculo rojo. En la intimidad le dijo a Amalia Nieto, la segunda esposa, que se habían separado porque ella era una espía. La madre del profesor uruguayo Gabriel Saad, íntima de Calita, corroboró el chisme. Cuando esta versión trascendió, a todos les pareció un disparate y nadie le dio importancia. Felisberto se cuidó mucho de mencionarla.

Para 1951 Felisberto ya estaba viviendo con su madre, otra vez en una pensión. Pese al distanciamiento estaban en buenos términos, ya que él testificó a su favor cuando tuvo que solicitar la ciudadanía. Nadie duda de que ella lo apoyó económicamente para mantenerlo de su lado. Una vez separados, Felisberto fue más bien objeto de risas que de críticas.

—María Luisa, te tengo que decir una cosa —su joven amiga Barenka Lezama estaba agitada—. Hoy o mañana se casa Felisberto con Reina Reyes.

—El cura'e su pueblo los va casar —respondió ella. Se rieron como locas. ¿Se burlaban a cuento de las peripecias homosexuales de Felisberto? ¿De sus matrimonios y divorcios múltiples?

En septiembre de 1952, ya separada, consiguió la nacionalidad uruguaya. Tanta laboriosidad había dado sus frutos. Con la residencia permanente y sus documentos en regla, libre para empezar su actividad de espionaje permaneció unos meses más en el apartamento de la calle Britos. La planta baja de Colonia quedó como taller y vivienda para la costurera María Barrios, que dejó definitivamente su trabajo como doméstica en el Rex.

En 1953 se fue a vivir, ya sola, a un pequeño departamento en Franzini 829, casi 21 de Setiembre. Una vez obtenida la ciudadanía, la comunicación con el Centro volvió a fluir. Recibió dinero suficiente para la misión y un aparato de radio —el que escondió bajo la máquina de coser— con el que empezaron las transmisiones. En abril de 1956 firmó la escritura de una casa en la calle Williman 551 por la que pagó, al contado, veinte mil pesos uruguayos.

Pável Sudoplátov menciona las tareas de la española en este periodo: "El equipo de ilegales en Latinoamérica, quienes regularmente viajaban con diversos pretextos a Estados Unidos, eran expertos en acciones de sabotaje. Todos habían participado en la guerrilla contra los alemanes durante la guerra. Estos incluían a Vladimir Grinchenko, Mijail Filonenko y la antigua secretaria de Trotsky, María de la Sierra, alias María Luisa". El mismo Grinchenko alude a ella como "responsable de los ilegales en Europa y en América Latina".

Capítulo 15

Un nido de espías familiar

Montevideo, 1949-1959

En la plaza Cagancha, cuyo nombre los chiquilines no podíamos pronunciar sin descomponernos de risa, subía a los ómnibus Onda en dirección a Las Piedras, Canelones, Tacuarembó, Paysandú, los *posgost* del interior del Uruguay donde el diablo había perdido el poncho. Una vez en el pueblo recorría el cementerio para buscar las tumbas de los niños fallecidos. Debían de haber nacido entre treinta y cuarenta años antes, como para que sus edades —si hubieran vivido— coincidieran con las de los espías de la Unión Soviética. A veces María Luisa hablaba con los familiares y les contaba la historia de Julián para enternecerlos o, tal vez, para revisitar su propia tragedia. Llevaba un pañuelo, lloraba y les sacaba conversación indagando fechas, lugares, registros. El propósito de estas visitas era averiguar cuántos parientes quedaban con vida y así poder evaluar los peligros de futuros encuentros con el falso titular del pasaporte. Con esos datos se presentaba en las oficinas municipales para solicitar las partidas de nacimiento. En Paysandú, una ciudad muy

importante del oeste uruguayo, consiguió la partida de la niña Teresa Isabel Maristán, que cruzaría más de un océano.

A Esther Dosil le dijo que esas partidas estaban destinadas a procurar documentos legales a los exiliados españoles. Militante de la causa de la República desde su adolescencia, Esther no dudó en colaborar. A partir de entonces fue ella, no María Luisa, quien siguió con los viajes al corazón del país.

Esther no se solía quedar más de dos o tres días. "Ella iba a un cementerio chico y si encontraba un muerto con una fecha que coincidía con lo que estaba buscando, iba a inspeccionar a la familia, para ver el tamaño. Lo ideal era un accidente de tránsito en el que se hubieran muerto todos", me dijo con sarcasmo su hijo mayor, el Cabeza, cuando lo entrevisté en 2023 y 2024.

El trabajo en equipo entre Esther y María Luisa se sostuvo entre 1949 y 1967 a través de una amistad íntima y afectuosa que con los años se fue enrareciendo. No es posible establecer en qué momento Esther advirtió que las gestiones en el interior uruguayo no estaban dirigidas a los exiliados españoles. En su grabación no lo menciona, como tampoco alude explícitamente al servicio secreto soviético, pero sus elipsis son reveladoras. Nombra la actuación de María Luisa en la KGB como "su actividad".

En algún momento comenzó a secundarla, como ayudante o agente encubierta. En el mismo periodo, su esposo Arbelio también se dispuso a colaborar. La pareja, según el hijo mayor, no intercambiaba confidencias sobre las tareas de espionaje que hacía cada uno. Más que obedecer a una falta de confianza, esta opacidad los protegía mutuamente, pero con el paso del tiempo fue imposible de mantener.

La grabación de Esther que el hijo mayor entregó a Fernando Barreiro y que yo, en una operación de contrainteligencia doméstica, regrabé con mi teléfono es tan contundente como ambiguo su rol específico en el aparato soviético. En sus testimonios Esther dio a entender que *lo sabía todo*. Pero, como en esas novelas de Henry James en las que personajes, afecciones y acontecimientos se sugieren de forma oblicua, con una lógica de sustracción de información, nunca llegó a nombrar a la KGB. María Luisa actuaba de la misma manera: "Ella nunca me lo dijo abierta y explícitamente. Suponía que yo sabía y hablábamos como si yo estuviera enterada de su actividad". De igual modo, muchas veces se quedaba charlando con Arbelio en el comedor mientras Esther, sin que mediaran palabras, entendía que no debía participar. El punto de inflexión llegó el día en que Arbelio, parado junto a María Luisa, le dijo a Esther: "A esta gallega yo la voy a matar. Esta gallega me metió en un lío". María Luisa se reía y lo palmeaba, abrazaba a Esther y volvía a palmear a Arbelio "en una actitud de confianza y de afecto".

La grabación de Esther y, sobre todo, mis charlas con sus dos hijos aportaron datos absolutamente nuevos al ya robusto corpus de esta historia: en su misión sudamericana María Luisa contó con la cooperación de dos personas no identificadas en los documentos de Mitrokhin y de Sudoplátov. Esther Dosil y Arbelio Ramírez, en diferentes categorías difíciles de calibrar en el presente, fueron colaboradores, cómplices o coagentes del Politburó. Es posible que no hayan pertenecido a una célula orgánica; que sus nombres no hayan llegado a los burócratas más encumbrados, si bien Arbelio tenía contacto con el enlace Kirzanov. María Luisa los había

presentado, claro indicio de la posición en algún punto significativa de Arbelio. Pero también es factible que los jerarcas no consideraran a la pareja suficientemente relevante como para mencionarla en sus documentos.

Entre 1954 y 1960 el encargado de dirigir las operaciones de la KGB en Montevideo fue Mijail Filonenko, el jefe de los ilegales en América Latina que nombró Sudoplátov en su libro. Los trabajos en el interior del país que hacía Esther se conjugaban con la expedición de cédulas de identidad, confeccionadas en la Jefatura de Policía de Montevideo, en el mismo edificio donde la CIA tenía una representación.

Los agentes soviéticos habían descubierto un intersticio en el sistema administrativo uruguayo, una fisura que no desaprovecharían. Una vez adentro de las oficinas, el verdadero titular de una cédula realizaba los trámites de certificación de datos personales, huellas dactilares y demás, paso por paso, pero quien llegaba a la sala de fotografía era otra persona: un espía del Politburó. El recorrido estaba calculado de tal modo que el fotógrafo de la Policía ignoraba si su modelo era o no el mismo sujeto que había realizado los papeleos previos. El auténtico titular, si no era un colaborador cooptado por los sóviets, solía ser un ciudadano indigente o una persona con alteraciones mentales sacada de una institución hospitalaria por un agente, con el pretexto de pasearla por la ciudad. Los soviéticos contaban con estas facilidades. En 1929 un comunista suizo de paso por Montevideo le había escrito a su esposa: "En cuanto al control policial, aquí todo el mundo entra y sale sin mostrar ningún papel y llamándose como quiere.

Internamente no existe ningún control. Esto es un verdadero paraíso para los empresarios de nuestro tipo".

En Argentina, adonde se trasladaba a menudo, contaba con la colaboración del agente ilegal Pedro Ruzak, conocido en el Centro como Grek, residente en Buenos Aires. Grek estaba empleado en el Registro Civil de Nacimientos, Matrimonios y Muertes de la provincia de Buenos Aires. Según Mitrokhin, trabajaba a las órdenes de María Luisa y la ayudó a hacer un documento legal para, al menos, una agente rusa.

Solía visitar también Chile y Venezuela, y más de una vez se tomó vacaciones en la Unión Soviética. A los amigos uruguayos les decía que iba a España o vagamente mencionaba Europa, con pocas precisiones. En su libro *Relatos de un guerrillero comunista español*, José Gros contó que en 1960 se encontró con ella en Moscú.

Además, tenía instrucciones de reunir información sobre la ayuda estadounidense a los ejércitos de los chinos anticomunistas. Más tarde, durante la guerra de Corea, el interés soviético se centró en la colaboración militar de Occidente a Seúl. Con ese fin, entre un viaje y otro frecuentó una institución benéfica para menores que recibía alimentos, ropa y artículos escolares. Un coronel casado, católico, de derecha, que creyó haber conquistado a una española guapa y liberal, conducía los camiones que llevaban los donativos. Fueron amantes en distintos hotelitos del interior, donde ella recababa datos sobre el ejército uruguayo y sus vínculos con el Departamento de Estado y él palpitaba los temerarios vértigos del adulterio. El romance se cortó de modo repentino, cuando las sospechas de la esposa pusieron en peligro el matrimonio.

Para entonces María Luisa estaba instalada en su última vivienda, la que conocimos mi hermano y yo en la calle Williman de Punta Carretas. La ubicación era bastante peculiar, ya que Claudio Williman es una cortada de solo tres cuadras donde muere la calle General Gregorio Suárez. Tal vez fue elegida por esta particularidad, que reduce el tráfico y eventualmente podría haber facilitado un escape.

La inclinación que había mostrado en París por los jóvenes Benvenuto no hizo sino acentuarse en la etapa uruguaya. Cuando visité Montevideo para esta investigación, mi amiga Mercedes Benvenuto, hija de Carlitos, me mostró la fuente que una noche María Luisa había llevado con una tarta de espinacas. En mi casa había quedado otra, recuerdo de una pizza casera. Ya anciana, cocinó la misma pizza para unos estudiantes de la KGB en su apartamento de Moscú. Recibió a los jóvenes vestida con el uniforme soviético de falda y blusa azul, homónimo de los gloriosos monos de las milicianas de Barcelona. "¿Huele bien?", les preguntó en ruso, con acento hispano. Su alumna Tamara Ivánovna y los compañeros del curso de espionaje nunca volvieron a comer una pizza tan rica. Nosotros tampoco.

A poco de mudarse a Williman sumó a las antiguas algunas amistades nuevas, más próximas a la elite diplomática y la alta política. Sin abandonar a los Benvenuto y a Juan Fló se vinculó con Mario Fernández, en ese momento un joven escritor que iniciaba una carrera en la diplomacia con buenas perspectivas. Su esposa Chichí le tomó un enorme cariño, y con el tiempo llegó a elegirla madrina de su hija menor. Se reunían las noches de los viernes o los sábados para cenar, en general en Williman o en el apartamento de la pareja de Pocitos. Chichí, la anfitriona más frecuente, la consideraba "una

mujer sensible a la que era muy fácil que se le saltaran las lágrimas". Pasaba las veladas con los chiquilines, sin intervenir apenas en las conversaciones del salón.

Cuando Elsa Methol se casó con Sergio Benvenuto, el clan se fortaleció. A diferencia de los primeros tiempos, en que se cuidaba de guardar sus opiniones, con los años ya charlaba un poco más. Los amigos después recordaron su inclinación, aunque no de un modo manifiesto, hacia posiciones de izquierda y su indignación con los colaboracionistas franceses. Pero en general rehuía toda conversación política.

En cambio, ante los Ramírez no escondía su admiración hacia la Unión Soviética, las burlas a la Iglesia católica y un desprecio apuntado hacia los dirigentes del Partido Comunista local, a los que calificaba de oportunistas e incompetentes. Con los Ramírez charlaba por horas de la Guerra Civil y de la revolución, los asuntos que más le importaban. A veces, tal vez pensando que había dicho demasiado, se interrumpía para reír a carcajadas y pasar a otro tema.

En su vínculo con los Ramírez María Luisa tenía una piedra en el zapato: impetuoso, alborotador, lengualarga, el Cabeza, el mayor, estaba enamorado de "la gallega" desde que era un chiquilín. La cintura estrecha y las formas voluptuosas de su figura, el desenfado y sobre todo la manera sinuosa de su caminar lo enloquecían. La recuerda hermosa y serena, con la piel cobriza y brillante como el aceite, el pelo motudo a lo Black Power y un perfume a almizcle que lo hacía soñar. Veloz, ella detectó estos fulgores y decidió apagarlos. Nunca más volvió a acariciarle los rulos, como cuando era chico y se acostaba en el sillón, a su lado. Lo trataba con distancia, le discutía

políticamente y respondía a sus efusiones con frialdad. Lo llamaba "el rebelde sin causa".

—Ella me apartaba porque se dio cuenta de todo.

Capítulo 16

La sagrada familia

Buenos Aires-Montevideo, 1956

La colmena estuvo a punto de destruirse a mediados de 1953, con la muerte de Stalin y el encarcelamiento de Sudoplátov, el aliado más poderoso de María Luisa en Moscú. Ella debe de haberse consternado por la caída de un régimen al que había apostado su vida entera. Pero pasaron un par de años y su remoto puesto no fue tocado. Incluso surfeó el célebre discurso de Nikita Jruschov del 25 de febrero de 1956, cuando la denuncia de los crímenes de Stalin recorrió el mundo con una oleada de espanto.

¿Cómo sobrevivió María Luisa a la cadena de juicios, prisiones y despidos que arrasó al estalinismo en la etapa de Jruschov? ¿Y a las purgas anteriores? Quizá su condición de mujer la volvió inofensiva. O la gesta de la Serrana que luchó en la Segunda Guerra le pudo haber proporcionado un baño de inmunidad. Tres meses después del discurso recibió noticias desde Moscú: el terremoto la había alcanzado, pero salvó el pellejo.

A comienzos de junio se despidió de los amigos, anunció un viaje a Europa y tomó el Vapor de la Carrera hacia Buenos Aires. Se alojó

en un hotel anónimo en el sur de la ciudad para, todas las tardes, recorrer la populosa avenida Rivadavia, durante varias cuadras, mirando las vidrieras. Vestida con la misma discreción que le conocimos nosotros, llevaba un periódico y un libro de tapas amarillas en la mano izquierda. De un pequeño bolso blanco que colgaba de su brazo derecho, sobresalía un pañuelo. Repitió la misma rutina, el mismo horario, la misma vereda, durante diez días. Por fin, el 9 de junio, apareció en la avenida Rivadavia su nuevo superior jerárquico: el guapo, simpático e inteligente camarada Marko, un italiano de la vieja guardia comunista. Tenía una herida en una pierna que lo obligaba a cojear, galardón de su lucha de partisano en la resistencia contra Il Duce.

Giovanni Antonio Bertoni era un agente considerado de los duros y cargaba en sus espaldas con varias muertes. En 1925 había escapado a la Unión Soviética luego de ejecutar en plena calle a dos miembros de la organización fascista de Faenza. Bajo el aliento estalinista en 1933 asesinó, en el hotel Mayak de Moscú, al comunista italiano Grandi, un disidente que, se sospechaba, apoyaba a Trotsky. De constitución robusta y pelo canoso, torpe en sus movimientos, culto y gran conversador, con una mirada sagaz protegida por sus anteojos de marco metálico y vidrios gruesos, el italiano tenía la misión de instalarse en Montevideo como responsable de la red latinoamericana. Bajo su dirección, la ciudad actuaría como la estación receptora de toda América Latina y a la vez como centro de transmisión a Moscú. Él mismo se encargaría de las comunicaciones. El vehículo que la nueva KGB había ideado para la inserción de Bertoni en Montevideo era el casamiento con María

Luisa. La caída de su aliado moscovita produjo un descenso político de nuestra modista: ahora tenía un superior inmediato.

Se quedaron en Buenos Aires unos días más para establecer coartadas, ensayar historias, conjurar errores, cimentar la leyenda. Ella tenía cuarenta y cuatro años, el camarada tres más. Sin perder atractivo, a esta altura María Luisa usaba pollerones largos y acampanados que resaltaban su cintura, pañuelos de seda y sobrios saquitos de lana, sin ostentación, prendas de buena calidad pero no nuevas ni llamativas: una señora de la clase media acomodada.

Es posible que las circunstancias tan cinematográficas de su unión los hayan acercado íntimamente, como les sucedía a los topos en los libros de espionaje. En su grabación, Esther reveló que habían tenido relaciones sexuales en una sola ocasión. Si bien resulta poco para un matrimonio, podría ser mucho para dos espías obligados a casarse. A la vista, parecían una pareja armónica y risueña. De ese talante viajaron juntos a Montevideo.

La presentación en sociedad fue un éxito. No podía haber conflicto de lealtades con Felisberto, que ya estaba inmerso en una nueva relación. Ninguno de los amigos dejó de sentir simpatía por ese italiano conversador, de moderada izquierda, que tan bien parecía sintonizar con María Luisa. Se habían conocido en Italia, dijeron, y desde entonces no se habían separado. Él se presentó como Valentino Marchetti Santi, un socialista con un *background* de lucha antifascista en su patria. Su cojera, adujo, era fruto de una pelea de juventud. Propietario de una empresa de transportes en Lombardía, había dejado el negocio para seguir a su prometida española. Quería abrir un local de objetos y muebles de arte en el centro de Montevideo y escuchaba con atención los consejos de los amigos.

Los planes de la pareja eran casarse y que María Luisa dejara el taller de costura.

El matrimonio se celebró el 28 de julio de 1956, con unos testigos que no podían estar más cerca del poder: Valquiria y Eduardo Lezama. Él era un periodista y político de alto nivel, hombre de confianza del presidente Luis Batlle; su hermano era el presidente del Consejo de Gobierno. Su hija fue una amiga cercana y confidente de María Luisa. Con la elite intelectual en su mochila, los Lezama y la alta política en una mano y los Fernández y la diplomacia en la otra, María Luisa y Valentino entraron en lo más conspicuo de la sociedad uruguaya del momento.

Aunque Esther Dosil deslizó que no era culto y especuló con orígenes humildes que más tarde fueron confirmados, para el núcleo de amigos Valentino era un tipo estupendo. Encantador, distinguido, con sensibilidad para el arte, le gustaba ir al teatro, a muestras de pintura, a conciertos. Para el diplomático Mario Fernández, la pareja funcionaba como "una especie de tíos abuelos. Éramos un núcleo muy especial, en el cual ellos eran los únicos mayores y hasta podían ser padres jóvenes de algunos de nosotros". Se fundían en la misma trama: "Convivían con nosotros con absoluta comodidad".

Después de varias reformas, la casa de Williman quedó prolija y confortable, con muebles antiguos comprados en remates, valiosos cuadros de pintores uruguayos y el combinado de madera oscura para escuchar radio y discos de vinilo. En el zaguán pusieron un escritorio con un mueblecito funcional y el patio central, al que cerraron con claraboyas, quedó convertido en una sala de estar con un sofá clásico, un sillón Bergére y una estufa.

Al año siguiente abrieron el local de antigüedades en la calle Bartolomé Mitre 1437 de la Ciudad Vieja. Según el Informe Mitrokhin, el establecimiento del negocio costó ochenta mil pesos uruguayos, equivalentes a cuatro mil quinientos dólares de la época. En un principio se asociaron con un tal López Rincón, pariente político de una amiga del grupo, Olga Montero, que les dio una cobertura legal. Pero en determinado momento despacharon al socio, con la excusa de que la actividad no rendía para más de un propietario. María Luisa le dijo a la costurera María Barrios que Valentino tenía mucho dinero y que le había regalado la casa de Williman, pero la escritura que me expidió la base registral uruguaya está firmada antes de su llegada.

En poco tiempo Antiquariat bullía de actividades, públicas y secretas. Excelente pantalla, permitía justificar los ingresos y atraer a clientes ricos y potencialmente útiles. Pero, sobre todo, allí se citaban *residentes* latinoamericanos, enlaces y agentes rusos que llegaban a buscar su documentación. El anticuario les servía, también, para esconder documentos en los dobles fondos de las cerámicas que enviaban a Moscú. Debían de mandar, además, las fotografías que tomaban con la cámara Leika de Valentino, cuyos rollos se revelaban en Williman.

Las cenas seguían reuniendo a la misma tertulia: Chichí y Mario Fernández, Fló y Dina, su esposa entonces, y los primeros hijos: Rodrigo, el pintor al que visité en Bella Vista, y sus hermanos menores. Luego se incorporarían los hijos de Chichí y Mario y los demás.

El puesto de transmisión estaba en un mueble de madera oscura instalado en el cuarto de Valentino, donde él tipeaba los partes a sus

jefes una vez por semana. María Luisa colaboraba en el cifrado y descifrado de los mensajes, porque recibían las instrucciones para los agentes por la misma vía. Sus informes, que según Esther Dosil eran manuscritos enviados por las redes diplomáticas y según el periodista español Rodrigo Fernández se mandaban por radio, provenían de los agentes secretos dispersos por América Latina. Aún no fueron desclasificados.

Valentino tardó poco en convertirse en íntimo amigo de la familia Ramírez. Con el correr de los días ya no solo conversaba con Aurelio: el Cabeza Ramírez me relató varios viajes que hicieron los tres juntos. Si bien el objetivo estratégico era obtener información de la Embajada de Estados Unidos, los movimientos habituales de Valentino y Arbelio se dirigían al interior con la meta de reconocer lugares que permitieran la salida del país. Cierta vez llevaron al chiquilín desde Cerro Largo hasta Paysandú, con el italiano al volante, en un trayecto alocado que casi los mata a todos. Sufrieron un choque tan peligroso que el auto volcó tres veces, y aunque Aurelio perdió sus anteojos, no hubo malheridos.

El Cabeza tendría unos diez u once años cuando participó de una partida de pesca que duró toda la jornada. "Fuimos en barco por el litoral, en busca de rutas marítimas para pasar clandestinamente a la Argentina en lancha. Llevábamos unos mapas oficiales que Valentino y María Luisa habían conseguido en la Prefectura, de la isla Martín García y de otros lugares por donde circulaba contrabando. Yo era su cobertura". Los Benvenuto y Fló recordaban las excursiones de pesca y de caza de Valentino, muy frecuentes, y se reían de su propia pereza. "Nos invitaba siempre, pero ninguno de nosotros aceptaba", dijo después Fló. El cónsul Mario Fernández lo explicó en el mismo

tono: “Nosotros, montevideanos cajetillas, jamás lo acompañamos”. Pero ninguno se preguntó por qué no había ni una caña de pescar en Williman.

Cuando compraron la camioneta Commer, María Luisa y Valentino empezaron a llevar a los botijas de paseo, un plan novedoso y excitante. Tal vez esas salidas formaban parte del programa de acercamiento a la familia o significaban una pantalla.

Las tareas específicas que hizo Arbelio para la KGB permanecen en el misterio. Esther Dosil confirmó que su esposo se reunió semanalmente con el enlace Kirzanov al menos durante un tiempo, porque en 1961 ya había dejado de trabajar para el Centro.

Cierta vez la cobertura estuvo en peligro de ser desenmascarada. El político Eduardo Lezama fue un día de visita a la casa de antigüedades con su amigo Luis Fierro Vignoli, un comunista que había tenido cierta importancia en la Tercera Internacional de la era Stalin. Al entrar y reconocer a Valentino, Luis Fierro quedó sorprendido, sin embargo calló. Lo había tratado en Moscú, veinte años atrás, mientras el italiano era asistente de Palmiro Togliatti, secretario general del Partido Comunista de Italia. Ninguno de los dos habló y el encuentro pasó inadvertido para el resto.

En su informe, Mitrokhin menciona como colaborador a un tal “Mario, propietario de una empresa de material eléctrico uruguaya”. La empresa eléctrica Fivisa, establecida en el Uruguay desde el año 1941, fue fundada por el padre de Luis Fierro. ¿Mitrokhin pudo haberse referido al padre? ¿O al hijo? ¿O fue una coincidencia?

Ocurrió otro incidente. Cierta vez en que Carlitos Benvenuto andaba por el centro, vio caminar por la avenida 18 de Julio a un comunista español que María Luisa le había presentado en París en

aquel viaje de 1948. Carlitos lo llamó en voz alta y el capitán Carrasco, como lo conocía, se detuvo un segundo para luego retomar la marcha. Cuando le preguntó por él, María Luisa negó haberlo visto. Pero Carlitos estaba seguro de que se trataba del mismo joven simpático con el que había llegado a convivir un mes en una granja de los Alpes. El suceso le resultaba inexplicable y no lo olvidó.

No hubo recelos, tampoco, cuando se produjo un robo bastante enigmático en la calle Williman. "Los nabos de los vecinos", me dijo el menor de los Ramírez, "avisaron al diariero y a todo el mundo que ellos se iban de vacaciones". Lo extraño fue que los ladrones entraron por el fondo y solo revolvieron la habitación de María Luisa. Dejaron la ropa alborotada y los cajones abiertos; las sábanas, las lámparas, los adornos quedaron tirados en el piso. La foto de su hijo —el supuesto Julián— resultó destrozada. Pero el dormitorio de Valentino, donde se guardaban la emisora de radio y el laboratorio, no había sido tocado. Los amigos creyeron que fue un intento de robo común, pero los dueños de casa deben de haber sospechado que el ataque estaba relacionado con sus actividades de espionaje. Probablemente para disimular su preocupación, María Luisa le dijo a Chichí Bonelli que solo lamentaba la rotura de la foto. Los amigos no hicieron comentarios al respecto, pero enterarse de que la pareja dormía en habitaciones separadas les llamó la atención.

El percance fue comunicado a Kirzanov y se decidió proteger la vivienda. La pareja instaló un sistema de alarma y compró a Diana, una ovejera alemana enorme a la que cruzaron con un perro de la Policía. Al nacer Abrek, Guera y Argos, el escuadrón era suficiente como para desalentar un nuevo intento. Según la costurera María

Barrios, los cuatro perros provenían del plantel de la Policía y llegaron entrenados.

Luis Ramírez tenía dos años en 1949, cuando la que sería su madrina —una madrina pagana, sin certificado de bautismo ni agua bendita— pisó su casa por primera vez. Los padrinos legítimos eran unos vecinos del apartamento donde había vivido antes la familia. Luis se rindió ante las películas y los paseos, las charlas en el patio de claraboyas, las recomendaciones, las anécdotas, las visitas sorpresivas y sobre todo la marcada predilección con que lo señalaba.

En la cinta grabada, Esther Dosil menciona esa preferencia: "María Luisa lo llevaba a almorzar, a pasear con ella y Valentino. Prácticamente lo había conquistado al punto de que él estaba no digo sometido pero muy entregado, y le gustaba más estar en la casa de ella que en la nuestra. Lo corregíamos o lo educábamos en la medida en que podíamos, pero Valentino y María Luisa lo mimaban y lo toleraban. Tenía doce o trece años y yo ya me daba cuenta de que él estaba seducido por ellos".

Cuando llegaron los perros, Luis se hizo cargo de los tres y de Diana, la madre. Tendría menos de diez años cuando los bañaba, los hacía jugar en el extenso jardín del fondo o los llevaba a pasear a los cuatro juntos, con la correa. Pero los vecinos les tenían terror porque podían ser muy agresivos, entonces tuvo que pasearlos de a uno. Luis quería muchísimo a Diana ("Era una gorda pampa, un cielo"), y jugaba con Guera y con Argos, si bien desde el principio su perro fue Abrek ("Éramos como hermanos"). María Luisa le enseñó a tratarlos y aunque eran gigantescos, podía manejarlos con cierta pericia. El adiestramiento no impedía que fueran muy enérgicos y a

veces violentos, como lo demostró Argos el día en que se tiró contra una puerta y se cortó un tendón. Llamaron a un veterinario vecino, director del zoológico, que lo operó con maestría.

En los fines de semana Luis llegaba a Williman temprano y se iba al fondo con Valentino, donde ambos rastrillaban, podaban árboles, acomodaban la leña, picaban la huerta, trabajaban en la quinta de frutillas, unas tareas que a Luis lo llenaban de felicidad. Todos los chiquilines que fuimos alguna vez a Williman, al menos en verano, nos acordamos de las frutillas de la huerta.

En la estrecha cocina, el italiano le enseñó a preparar un formidable tuco con anchoas. Primero hacía la salsa de tomate y después le ponía las anchoas arriba, sin cocinar, para mezclar todo con la pasta. Por las tardes María Luisa lo llevaba a comprar helado o masitas a Cantegrill, la gran confitería de la esquina. Y más tarde venía el momento de las charlas y las copas, porque apenas creció un poco Valentino le empezó a convidar con un vaso de vino suave que sacaba del placard de las delicias importadas, compradas de contrabando.

"Tenían un buen vivir con la plata que recibían de Rusia. No tenían lujos pero vivían bien, nos atendían a todos nosotros", me contó en la entrevista. No había cumplido los nueve años cuando lo llevaron de vacaciones a San Luis, un balneario cercano. Los amigos Valquiria y Eduardo Lezama tenían allí una casa de veraneo donde pasaban las temporadas con su hija.

En ese balneario Luis aprendió a manejar la bicicleta de la niña, primero a los porrazos y luego con más seguridad. A la vuelta, los padrinos le regalaron una bicicleta usada de media carrera, negra, un poco chica porque era rodado 26, pero todo un lujo en

Montevideo. Entonces se iba en bici desde el apartamento familiar del puerto hasta Punta Carretas, un trecho de unas cincuenta cuadras por la rambla en largos recorridos. Luis evoca esta pastoral idílica, que debe de haber abarcado toda la década de los cincuenta, como la más linda de su vida.

Capítulo 17

Espíritu sesentista

Montevideo, 1960-1961

Y así llegamos a los años 60. El comienzo de década dinamitó, con explosiones y fuego y dolor, el acuerdo de absoluta sinceridad que había unido a mis padres en Buenos Aires hasta entonces. Al descubrir que mi padre tenía una relación clandestina —existía la *superficie* y la *clandestinidad*— mi madre pensó en Montevideo. Enemiga número uno de la familia monógama, partidaria del amor libre y de la bisexualidad, no pudo soportar la mentira, idea eje del adulterio. "Es cierto que existió el amor, pero también hubo cadáveres", escribió Henriette Nizan a propósito de la pareja abierta de Simone de Beauvoir y Sartre. En un desafío político a la moral burguesa, Faby invitó a la joven amante a tomar un café y le propuso una relación triangular. Parece que la muchacha se sorprendió muchísimo. La idea no prosperó y mi madre, siguiendo un deseo antiguo y profundo, decidió dejar a mi padre y regresar al Uruguay. Mi hermano tenía siete años y yo cinco, edades ideales, según su estrambótico punto de vista, para hacer las valijas y emprender una nueva aventura.

Como si una voluntad de dramatismo fogueara *la escena del trauma*, los viajes del Vapor de la Carrera eran nocturnos, de once horas de duración. Las tres pitadas largas de la sirena que anunciaron la partida del barco quebraron la quietud de ese cielo de verano sin estrellas, nublado y oscuro. Una vez en cubierta, las voces alegres de los marineros nos guiaron, un poco a los tumbos, hacia los camarotes de segunda clase. Mi hermano y yo no dudamos en meternos en la litera de mi madre, aunque las de arriba estaban vacías. La enorme panza del barco, canturreaba Faby, albergaba todos nuestros juguetes, los discos de María Elena Walsh y los cuadros de Carpani, los sillones BKF de cuero de vaca, las bibliotecas de madera. Imaginando osos de peluche y flechas con plumas, acunados por un bolero que nos llegaba de la *boîte*, por fin nos dormimos.

Y entonces, como en las películas felices de Frank Capra, todos aquellos viejos amigos montevideanos vinieron al rescate. El hermano de Elsa, Tucho Methol, nos consiguió un apartamento frente al mar, como llaman los uruguayos al Río de la Plata, con toda razón, porque su orilla es limpia y transparente; Elsa nos cedió las camas que necesitábamos; su marido Sergio Benvenuto martilleó la biblioteca; Fló contactó a Faby con las distribuidoras de libros; los hijos de Carlitos nos invitaron a jugar en su casa. Se había producido un tipo de *potlatch*; o el *potlatch*, esa voluntad de dar y recibir, era más bien un modo de vida en el Uruguay, como había aprendido María Luisa antes que nosotros. Y a propósito, ella fue la primera en ofrecerse a cuidarnos en su casa de la calle Williman.

El edificio de tres pisos adonde nos mudamos solía alojar a diferentes miembros de la barra. Carlitos Benvenuto estaba asentado

en el segundo con su familia; Elsa Methol y Sergio Benvenuto con sus hijos, en otra vivienda, muy *hippie*, pegada al edificio y construida sobre un restaurante con parrilla en la vereda. Nuestro apartamento, donde habían vivido Elsa, Tucho Methol y luego otra amiga de la banda, estaba en el tercer piso, al que trepábamos por las barandas en furiosas competencias que solía ganar mi hermano. Historiador erudito, notable intelectual católico, Tucho Methol era un orador peculiar que reunía a cientos de estudiantes cuando daba conferencias en la universidad. Su fijación con las jotas y las eses, consonantes en las que un tartamudeo hiperbólico lo trababa por unos segundos en los que el aire parecía quedar en vilo, como sosteniéndolo, cautivaba al auditorio. Cuando mi padre llegaba a visitarnos de Buenos Aires, una vez por mes, las risas de Tucho y las suyas, desde el living, se colaban en nuestros sueños.

La amistad —sería más apropiado llamarla hermandad— entre mi padre y Tucho había arrancado luego de la salida de *Historia de la nación latinoamericana* y su reivindicación de José Gervasio Artigas, el prócer uruguayo, como héroe continental. El primer libro que formuló una interpretación marxista de la historia de la América criolla, como se anunciaba con poca modestia en 1948, había sido escrito por mi padre a los veinticinco años y publicado un año después bajo el sello de una editorial fantasma, Octubre. El volumen circulaba por las mesas del Sorocabana, el bar de la *intelligentzia* montevideana, como las tazas de café o los cigarrillos negros. Mi hermano y yo muy pronto iríamos a correr entre las mesas con la misma naturalidad con que otros niños corrían entre los árboles de un parque. Pero en el Sorocabana de los sesenta solo se hablaba de

política y nosotros preferíamos jugar con nuestros nuevos amigos de Malvín.

La Revolución cubana había sido un Woodstock para la izquierda uruguaya. Tan pronto se creó el primer Comité de Apoyo a la Revolución, empezaron a florecer sedes en todo el país, hasta llegar a más de ciento cincuenta. El secretario que coordinaba a los intelectuales y artistas era nuestro vecino Sergio Benvenuto. Desde los primeros días en el poder, Fidel Castro había implementado visitas de periodistas y personalidades del mundo para difundir los avances de la reforma agraria y la alfabetización. En mayo de 1961, inesperadamente, llegó una invitación para Sergio. Despedido con entusiasmo por Elsa Methol y los amigos, viajó a la isla con la misión de recorrerla de punta a punta. De regreso en La Habana, una noche fue a tomar unos mojitos con unos camaradas en la cafetería La Pelota de las calles 12 y 23, a pocas cuadras del Malecón. En ese momento se acercó Fidel Castro. "Era la época en que el Comandante en Jefe se trasladaba, interactuaba directamente con el pueblo", me contó Elsa en Cuba, cuando la entrevisté. Al enterarse de que Sergio era pintor y profesor de Historia del Arte y de las Civilizaciones, Fidel le propuso quedarse para colaborar en la campaña de alfabetización. Extendió la invitación a Elsa, profesora de inglés, y desde luego a los tres niños. Cuando recibió la carta de Sergio, ella aceptó con júbilo.

Pero vino el invierno y Elsa aún no había podido viajar. Uno de esos días se enteró de que el 4 de agosto llegaría a Montevideo Ernesto Guevara. El Uruguay estaba conmocionado. El Che viajaría a Punta del Este como delegado cubano del Consejo Económico y

Social Interamericano, y luego volvería a la capital para dar una conferencia en la universidad.

El día 4 se presentó en el aeropuerto decidida a pedir ayuda al Che. Escoltada por sus tres niños de dos, cuatro y seis años, llevaba una recomendación oficial del consulado y varias valijas, bolsos y paquetes. El piloto cubano le informó que, si conseguía un permiso del Che, podía llevarla a La Habana en la aeronave sin otros pasajeros ese mismo día. Después de varias horas de espera en el aeropuerto, llegó el visto bueno del Che y la comitiva subió al avión vacío. Sonia Benvenuto, con quien me reencontré en La Habana en 2018, todavía se acordaba de las carreras que jugaba con sus hermanos por los pasillos del avión desierto.

El fervor insurgente que la revolución de los barbudos había inoculado en miles de montevideanos llegó a la familia Ramírez. Si Arbelio se convirtió en un fidelista devoto, su hijo mayor lo sobrepasó por completo. Con quince años, afiliado a la Juventud Comunista desde los trece, el Cabeza era un militante extremo, dominado por una exaltación revolucionaria que preocupaba a sus padres. Más aún: preocupaba a María Luisa.

Por esos meses Arbelio había recibido una invitación de la Alianza Cultural Uruguay-Estados Unidos para participar de la Reunión Interamericana sobre Archivos que se haría en Washington en octubre de ese año. Si bien escribía ocasionalmente para los diarios uruguayos *El País* y *El Día*, sus funciones en el Archivo General de la Nación deben de haber sido credenciales suficientes. Pero este viaje que lo unía tan estrechamente al enemigo número uno de Moscú ¿cómo enlazaba con sus actividades vinculadas a María Luisa y a la KGB? Era sabido que ese tipo de instituciones estaban vinculadas al

Departamento de Estado y a la CIA. Además, Esther mencionó que su esposo mantenía una relación fluida con el agregado cultural de la embajada estadounidense en Uruguay, un tal Sofferman o Hoffman. Y estas no eran sus únicas conexiones con el imperio. También escribía para la revista *Comentario*, del Servicio de Informaciones en Uruguay (USIS). En uno de sus artículos había remarcado "el contacto espiritual que establecieron los prohombres de la Banda Oriental y el pueblo de los Estados Unidos a través de Thomas Paine".

Las relaciones de su padre con "los americanos", me dijo el Cabeza, obedecían a instrucciones de María Luisa, con el objetivo de infiltrar a los servicios yanquis. En cambio, su hermano Luis piensa que la KGB no estaba al tanto de estos contactos, o al menos no los había propiciado. Como fuera, las suspicacias que despertaban en la órbita comunista desvelaban a Arbelio. Por su parte, a comienzos de año Esther había viajado a Estados Unidos con una beca del mismo instituto, en calidad de directora de la Biblioteca de Humanidades. Su esposo ya no colaboraba con María Luisa en esa etapa, había dicho Esther en la cinta, y a pesar de eso, o tal vez por esa razón, la inquietud de Arbelio aumentaba día a día. La certeza de que lo seguían hasta por las noches no hizo sino acrecentar su preocupación.

En la agitación de aquel invierno de la visita del Che, el Cabeza no cesaba de interpelar a su padre con las doctrinas foquistas y la guerrilla urbana. Arbelio argumentaba que su militancia en el comunismo operaba por una vía secreta de la que no se le permitía hablar. "Estoy con problemas", le dijo un día, y le pidió que moderara su actitud política desaforada. Le aconsejó que se hiciera amigo de

una joven funcionaria que había conocido en el club de básquet Waston. La muchacha, de diecisiete años, trabajaba en la embajada estadounidense y podía ser un contacto provechoso. El Cabeza no se lo comentó a su madre, que guardaba tanta discreción como Arbelio.

Pero Esther había recibido confidencias de su marido, que estaba furioso con María Luisa. "Ella lo había engañado. Él no entendía bien en qué lo había metido pero quería salirse. Al principio tenía una buena opinión de ella, pero después empezó a sentir desconfianza, recelo, odio, sin demostrarlo porque le tenía miedo", reveló Esther.

Cuando solo faltaban dos semanas para la conferencia del Che, Arbelio contó a la familia que la noche anterior habían vuelto a seguirlo unas cuadras por la calle Cerrito.

El 17 de agosto el paraninfo de la Universidad de la República del Uruguay estallaba. Los estudiantes, los profesores y un público enfervorizado llenaron el auditorio y rebalsaron las calles adyacentes. Los organizadores tuvieron que colocar altoparlantes hasta las cercanías de la avenida 18 de Julio.

Entre los asistentes que pudieron entrar estaba Arbelio, que después de la charla debía dictar una clase en el turno nocturno del IAVA. Un rato antes, a la salida de su trabajo en el Archivo Artigas, se había encontrado con María Luisa y Valentino.

Arbelio llevó un grabador de cinta abierta Geloso, una novedad tecnológica que Esther le había traído de su reciente viaje a Estados Unidos. Pudo sentarse bastante cerca del parlante, no lejos del senador chileno Salvador Allende, como para que la grabación saliera suficientemente clara. El discurso, interrumpido continuamente por aplausos y cánticos, terminó con ovaciones. El Che y Allende salieron por dos puertas separadas, según habían

acordado con los encargados de seguridad. El mismo día unos militantes de ultraderecha tiraron bombas de olor en el paraninfo. La inquietud crecía entre los organizadores, que descontaban una infiltración de la CIA en el acto.

Luego de guardar el grabador en su portafolios, Arbelio se dirigió a la salida en busca de Esther, presuroso porque debía dar la clase. Pero ella ya había regresado a su casa. Desde pocos minutos antes, una caravana de coches oficiales custodiaba el taxi Primus 1957 con las aletas plateadas que llevaría al Che hacia el Parque Hotel. Arbelio salía por la puerta de Eduardo Acevedo hacia la bajada de la calle Guayabos, cuando se escucharon los disparos.

La multitud se desconcertó, azuzada por la irrupción de autobombas de la Policía y brigadas de gases lacrimógenos. Apenas podían distinguirse unas caras de otras entre los empujones y los gritos; las descargas de los gases amortiguaron los siguientes estampidos, provenientes de quién sabe dónde. Arbelio intentó caminar, pero cayó a los pocos pasos. Le habían disparado desde debajo de un auto, en línea con una de las canchas de básquetbol del IAVA. La bala calibre 38 o 7.65 que acertó en su arteria carótida lo dejó tendido en el cordón de la vereda, con restos de pólvora sobre el pecho, entre zapatos, ropa, carteras, documentos que la gente había arrojado o perdido por el pánico. Unos jóvenes se acercaron corriendo, pero no llegaron a ver al herido, que ya se llevaba un patrullero al hospital. Entre ellos, el Cabeza resistió el impulso de tocar la sangre —la sangre heroica— que había quedado en el cordón. Solo más tarde se enteró de que el caído era su padre.

Entretanto, Esther había llegado a la puerta del apartamento de Cerrito. Pensaba cocinar una tortilla para Arbelio, mientras esperaba

su regreso del IAVA. En el umbral se topó con un empleado de la funeraria López y López, que había ido a ofrecerle sus servicios mortuorios.

En esos momentos la hija del político Lezama, Barenka, tocaba el timbre de la casa de Williman. Todas las luces estaban prendidas. Esa noche María Luisa había organizado una cena para festejar el cumpleaños de Valentino. Solo alguien del aparato soviético hubiera podido alegar que la verdadera fecha de nacimiento de Valentino era el 27 de abril y no el 17 de agosto.

El primer velorio se celebró en el apartamentito. El Cabeza Ramírez recuerda que la vivienda estaba abarrotada de gente, de flores, de banderas. Entre los gritos y las lágrimas, advirtió la llegada del agregado cultural de la embajada estadounidense, el tal Sofferman o Hoffman. Envuelto en una vehemencia belicosa y feroz, no lo dejó entrar. "Eché a un montón de gente del velorio, ya no me acuerdo a cuántos".

María Luisa abrazó a Esther:

—Lo mejor que le pudo pasar a Ramírez fue su muerte —le dijo.

¿Qué quería decir? Culpaba del asesinato a Benito Nardone, el último presidente y declarado anticomunista. Años más tarde, la viuda seguiría recordando la actitud de María Luisa: "Ni una lágrima, ni una pena".

Durante mucho tiempo, el Cabeza no tuvo conciencia de "la importancia de la gallega, ni de la importancia de la muerte de mi padre", me dijo. "No tenía la dimensión de todo eso". Atolondrado, irreflexivo, la noche del primer velorio le pidió a su madre que hablara con la española: "Decile que yo quiero ocupar el lugar de mi viejo".

El segundo velorio, multitudinario, se celebró en la universidad. Fue un gran acontecimiento. La plácida Banda Oriental del siglo XX aún no estaba habituada a la violencia política.

En un primer momento, la mayoría de los medios periodísticos atribuyeron el crimen a un intento fallido de asesinato del Che. Se acusó a la organización fascista MEDL, que tenía un local en la calle Tristán Narvaja, atrás del IAVA. Si bien Esther insistió durante meses y años ante las autoridades políticas y judiciales, el crimen no llegó a ser debidamente investigado. Solicitó una autopsia, pagada por María Luisa, que hizo el doctor Navarrete, un médico forense. Según su informe, no había lesión en la carótida, como se había establecido antes. Los interrogantes crecían.

El comisario inspector Alejandro Otero lanzó una hipótesis interesante: "Si la bala que mató al profesor Arbelio Ramírez iba dirigida al Che, quien disparó era un pésimo tirador. Además, entre la posición de uno y otro había considerable distancia en el instante del atentado, y físicamente no podía confundirse nadie sobre quién era quién. Pienso, reitero, pienso, que la bala iba destinada al profesor Ramírez y que logró su efecto". Un profesor de Matemática le contó a Luis que había llegado a ver al asesino —un policía de civil, protegido por unos compañeros uniformados—. El expediente registró esta denuncia, que no fue más allá. La teoría del historiador Raúl Vallarino no es menos interesante. En *Expediente Nardone. La CIA en Uruguay*, sugiere que Ramírez pudo haberse enterado años antes de las actividades de María Luisa y Valentino: "El solo hecho de conocer la verdad lo tornaba peligroso para la cobertura clandestina del matrimonio de Patria y Marko. En los archivos

clasificados de la CIA o del ex KGB, está la verdad sobre la muerte de Arbelio Ramírez".

El Servicio de Inteligencia y Enlace uruguayo confeccionó un informe con datos que, al parecer, provenían de la Embajada de Estados Unidos o, algo más probable, de la CIA: "De fuente muy confiable, se conoce que con motivo de la visita realizada a nuestro país, el año pasado, por el Asistente Archivista de los Estados Unidos, que cumplía una misión de conocimiento de los archivos históricos de los países de América Latina, el nombrado Ramírez —conceptuado como el N° 2 en el país, del archivismo— cooperó eficientemente con el delegado norteamericano, actuando en perfecta armonía. Ello, posiblemente, fue lo que motivó la invitación que se le cursara desde los Estados Unidos, para participar en una reunión de archivistas a realizarse en ese país próximamente".

Víctor L. Bacchetta, autor de un excelente libro sobre el crimen, reseñó las reacciones de la prensa uruguaya. Las simpatías fidelistas de Arbelio y sus vínculos con Estados Unidos desataron una larga polémica que se ensañó en sus filiaciones ideológicas y políticas. Desde el semanario *Marcha*, Eduardo Galeano lo defendió: "Era un antiimperialista convencido, siempre con la palabra en la boca para defender a Cuba".

En la década de los noventa, cuando las revelaciones sobre María Luisa ya habían recorrido Montevideo, el hijo menor de Esther irrumpió en casa de Fló. La noticia que llevaba parecía el título catástrofe de un diario sensacionalista (o una tragedia griega): su madre acusaba a su madrina de haber mandado matar a su padre. El joven estaba indignado por la ridiculez de la imputación. Los

amigos compartieron su estupor y explicaron la desatinada acusación en el dolor de la viuda.

Apenas sucedido el crimen, los Ramírez recibieron varias propuestas. Desde el Partido Comunista le pidieron a Esther que escribiera una carta afirmando que Arbelio era un afiliado. Se negó. Por su parte, la misma institución que había becado a su padre ofreció al Cabeza la posibilidad de estudiar en Estados Unidos. Él la rechazó. En cambio, aceptó la invitación, gestionada por María Luisa, que le envió el gobierno cubano para hacerlo en la isla. Se quedó dos años y medio, entre 1962 y 1964. María Luisa insistió en que terminara sus estudios en La Habana. "Quería sacarme de encima, porque yo era una bomba reloj".

Entre las mil vueltas que le dieron a la incógnita del asesinato en esa época, y entre tantas conjeturas y falsas suposiciones, la viuda y el hijo mayor leyeron en clave *El diablo cojuelo*, un libro clásico de Luis Vélez de Guevara que pertenecía a Arbelio. El volumen estaba marcado en la página 1661, donde decía "Tranco VII". Puestos a encontrar coincidencias, especularon que 1661 podría insinuar la fecha de la muerte; Valentino era cojo y con él se encontró Arbelio ese día; el Che Guevara, cuyo nombre coincidía con el del autor, dio la conferencia esa noche.

Tuvieron que pasar varias Navidades blancas de María Luisa en Moscú para que Esther Dosil de Ramírez grabara la cinta con sus impactantes declaraciones sobre la intervención de la española en la muerte de su marido. El Cabeza Ramírez piensa que esta es una más entre tantas hipótesis —los fascistas, la CIA, una bala perdida —. Si bien la fachada de su padre era de colorado batllista, sus convicciones estaban más cerca de Cuba que de la Unión Soviética.

El cubanismo de su padre, piensa, podría haberlo convertido en una amenaza para la KGB, bastante crítica con el experimento caribeño. Las posiciones de Fidel Castro, a comienzos de la década de los sesenta, aún no se habían alineado decisivamente con el bloque soviético.

En sus charlas telefónicas desde Brasil, el Cabeza no puede evitar que inflexiones y modismos brasileños se cuelen entre el acento y el *slang* uruguayos. Sus jugarretas lingüísticas, los equívocos, las ironías amargas, las respuestas relámpago tiñen cada uno de los testimonios que me dio para este libro.

—¿Por qué podrían haber mandado matar a tu padre?

—A los que se quieren ir después de estar adentro les va mal.

Los misterios.

—¿Por qué no liquidaron a Esther también?

—Mi madre tenía un estatus especial. Y mi padre otro. Debería haber algún tipo de compartimentación entre ellos. María Luisa tenía una relación más fluida con mi mamá. Mi padre hablaba poco, era medido. Pero muy irónico.

Al hijo menor, Luis, estas suposiciones le parecen una barbaridad. Ni recuerda la cantidad de años que pasaron desde que habló con su hermano por última vez. De nuevo María Luisa entre ellos, en el corazón del daño, podría decir. Sin embargo, tan enigmático como el Cabeza, en su casita de las afueras Luis Ramírez va a dejar picando sospechas, suposiciones.

Ambos son hijos de agentes secretos, a fin de cuentas.

—Mi madre decía que María Luisa había mandado a matar a mi viejo. Creía que lo habían estado siguiendo porque él había

colaborado y después dejó de colaborar. Para mi madre, María Luisa era la enemiga.

—¿Por qué la incriminaría Esther?

—Para blanquearse. Porque ella había colaborado con los documentos de los niños muertos. Mi vieja era una gran mentirosa. Y murió mintiendo.

—¿Por qué la KGB habría querido matar a tu padre?

—Lo que tienen los muertos es que no hablan.

Me río, y mi risa no hace más que empujar a Luis a la pendiente.

—Si hay alguien que puede decir algo que te pueda molestar tenés que matarlo para que no hable.

Las contradicciones.

Poco después de su llegada a La Habana, el Cabeza aterrizó en el apartamento de Elsa Methol y Sergio Benvenuto. Lo recibieron como a un hijo, con afecto y generosidad. Unas semanas más tarde, de improviso, el Che Guevara lo invitó a su casa. El Che vivía con su mujer y sus hijos en 9 y 18 —según recuerda el Cabeza—, también en Miramar. Se vieron varias veces, y aunque el Che tenía presentes las circunstancias del asesinato de Arbelio, no estaba al tanto de la invitación del gobierno cubano a su hijo. En el mismo año Esther Ramírez viajó a Cuba, vía México, para al poco tiempo regresar a Montevideo. Luis debe de haber quedado al cuidado de María Luisa. La familia Ramírez estaba desmembrada.

Con el asesinato de Arbelio, el primer muerto por violencia política en el Uruguay moderno, simbólicamente se cerró una década que apenas comenzaba. La Banda Oriental ya no era, ya no sería, la Suiza de América.

Capítulo 18

La viuda negra

Montevideo, 1964

Luis Ramírez tenía quince en 1964, el año de la luna de sangre. La llamaban así en el colegio por los eclipses de junio y diciembre, que dejaban la luna roja. Ya terminaba segundo del liceo cuando le pidió a su madre que le permitiera estudiar en la Escuela Agraria de San Ramón, en el departamento de Canelones. El pedido no obedecía a un capricho, pero Esther tenía grandes dudas antes de darle el permiso y los hechos no hacían sino corroborarlas. En esos tiempos Luis tomaba veinte miligramos de Valium por día. En un intento por torcer el rumbo de los deseos de su hijo, concertó una entrevista con la psiquiatra que lo atendía. No se trataba solo de una cuestión médica. Activista fanática de la formación académica, con su hijo mayor encaminado hacia una vida trashumante, aspiraba a un título universitario para el menor.

A contramano de las aspiraciones de su madre, en las décadas siguientes Luis se convirtió en tropero, veterinario de campo y cirujano de perros, capataz de chacras, guitarrero en rondas de empanadas de carne a cuchillo y vino tinto, jinetero. En su vivienda

de extramuros, con un aspecto semisalvaje, parece vivir muy lejos del mundo capitalista del siglo XXI. Cuando lo visite, al comienzo de mis indagaciones, le va a costar pronunciar cada palabra, llegar a articular un relato, responder a cada pregunta. Me va a dar la impresión de que sus recuerdos permanecen en estado de hibernación, cubiertos por enjambres de emociones nunca revisadas y menos aún, formuladas. Recuerdos que parecen pertenecer a un planeta donde no solo se habla otro idioma; un planeta donde los sentimientos tienen el poder absoluto.

Después de aquella primera visita, hablamos por celular casi todos los días durante varios meses. Belicoso, a la defensiva, usa el teléfono como una pistola humeante. Sobre sus visitas a la psiquiatra:

—Ah, ¿tú te creés que fue una vida fácil? No, mija. Yo no podía estar de espaldas a una ventana o a una puerta. Tenía que sentarme contra una pared y controlar todas las aberturas. Tenía el Valium entre pecho y espalda por la locura que tenía.

Ese miedo a ser perseguido no formaba parte de un trastorno mental, al menos no en su totalidad. Por cierto, entre los compañeros de colegio no se ignoraba su activismo en la Juventud Comunista. En el otoño de 1962, unos integrantes de la Asociación de Padres y Alumnos del Liceo ("eran unos fachos") lo interceptaron antes de que entrara a clases: "Me provocaron".

—Los mandé a la puta que los parió.

Cuando salió lo esperaron a la vuelta, en Río Branco y Mercedes, y le pusieron un revólver en la frente: "No te hagas el loco porque te vamos a matar igual que a tu viejo". Corrió sin parar, por más de quince cuadras.

La psiquiatra apoyó el cambio de colegio. La inclinación de Luis por los animales, estimulada por la crianza de Abrek y los otros perros, encontraría cauce en la escuela rural, a la que llegaría con las prácticas de la huerta de Williman. Los fines de semana podría regresar a su casa, porque el ómnibus desde San Ramón a Montevideo solo tardaba dos horas. Con el Cabeza en Cuba y Luis pupilo de lunes a viernes, Esther quedaría sola y, como de costumbre, desbordada de actividades. Accedió al cambio de escuela.

Los alumnos rastrillaban, plantaban, cosechaban, hacían tareas de lavado de verduras en la cocina, limpiaban los dormitorios del internado. También ordeñaban a mano, un trabajo tedioso cuando les tocaba: veintitrés vacas para dos gurises. Pero esto no sucedía siempre, solo cuando los castigaban.

Las actividades rudas y sanas de la campiña le gustaban: "Se podía bandidear". Y Luis bandideaba. Cierta vez, con otros tres chiquilines, robó una gallina del corral para después asarla a escondidas sobre un alambre. El festín fue regado con un vino incautado de la bodega del colegio. El escándalo fue infernal. Los sancionaron con ocho semanas sin salidas. "El que las hace las paga", me dijo cuando le comenté el rigor del castigo. Esas ocho semanas fueron difíciles, pero su madre fue a visitarlo una tarde, y otra, para su felicidad, llegaron de sorpresa María Luisa y Valentino. Ya se disponía a pasar un domingo interminable en la soledad del predio cuando el sonido de un motor que se acercaba le llamó la atención. Al alzar la vista, pudo ver la Commer celeste y blanca que estacionaba frente a la puerta. María Luisa bajó con una sonrisa.

Otro día, otra bandideada en San Ramón. Había gastado ciento ochenta pesos de la escuela, a cuenta de unos ahorros que no tenía ni podía conseguir. Afligido, llamó a María Luisa y le contó el problema. Sin preguntas ni reproches, ella le mandó el dinero. A la hora de rendir las cuentas, repuso los ciento ochenta contantes y sonantes.

En Montevideo, durante los fines de semana sin castigos, María Luisa lo llevaba al cine y a las confiterías más copetudas: La Madrileña, El Telégrafo, la Confitería Americana. Cuando iban al restaurante El Águila él pedía sus platos predilectos: ravioles o milanesa napolitana.

—Yo ahora pienso que le servía de cortina para encontrarse con gente.

Pero esa reflexión no cambia su afecto inmenso. Luego de haber vivido bajo su protección, sus enseñanzas y cuidados, Luis no considera a María Luisa solo una madrina. "Fue la única que me hizo sentir una persona".

A lo largo de nuestra conversación en su casa va a interrumpirse varias veces, movido por una emoción y un dolor que se van a revelar, ante mí, intactos. Las frases que seguirán, enronquecidas, salidas como un toro al ruedo después de segundos de silencios contenidos, quebradas por las lágrimas, van a ser: "Fue la madre que no tuve", "Yo era como un hijo". Una letanía.

—Putativos. Yo la elegí de madrina y ella me eligió de ahijado. Yo andaba por la mía, pero ella me guiaba, y tal vez lo poco que soy se lo debo a ella. Fue la madre que no tuve.

—¿Y Esther?

—Ella se dedicaba a ella misma y uno se las tenía que arreglar como podía.

Los fines de semana que tenía asueto los pasaba en Williman. "Esa era mi casa, ellos eran mi familia. En la otra casa solo comía y dormía".

María Luisa le hablaba, le daba consejos, lecciones de vida.

—Me enseñaba a animarme a todo. A respetar la vida, me ayudaba a vivir. Me enseñó que vamo'arriba, vamos pa'lante.

Para Luis Ramírez, María Luisa se conjuga en presente, no en pasado. María Luisa no es la modista, ni la niñera, ni la espía, ni siquiera la madrina. María Luisa es su alma sangrante.

—Me estás haciendo llorar.

¿Qué podía importarle, en esa lógica, el hallazgo de las armas? En una ocasión, en la casa de antigüedades, encontró un rifle, una pistola y un cargador para treinta y seis balas. "Me callé la boca, porque ya sabía que no tenía que preguntar". Tenía unos doce años en esa época y nunca habló del asunto con nadie. ¿Cómo sabía que no tenía que preguntar? "Porque una vez había preguntado algo, no me acuerdo qué, y no me contestaron. Así que no pregunté más". También encontró, en algún momento, el equipo de transmisión, y otra vez se calló la boca. Su hermano, el Cabeza, vio la antena de radio, pero tampoco habló.

Mientras Luis Ramírez experimentaba la vida de campo de San Ramón, en Williman se tramaba una muerte que comprometería a su familia una vez más. Si los amigos se habían sorprendido al enterarse de que la pareja tenía habitaciones separadas, ignoraban

que la distancia era mucho más profunda, porque se trataba de una distancia política. Durante las últimas etapas del gobierno de Jruschov, Valentino dejaba oír sus críticas al régimen soviético, en favor de las posiciones independentistas del mariscal Tito en Yugoslavia. "Te creés que por haber sido secretario de Togliatti tenés razón", lo desafió un día María Luisa, delante de Esther. Y luego, señalándolo: "Este es de Tito, a este va a haber que ponerlo en vereda".

María Luisa siguió acusando a Valentino de titoísta y Esther no entendió hasta más adelante los alcances de la expresión "ponerlo en vereda". La relación se agriaba y a vivas voces, como contó luego la gurisa Corina Flores, una vecina que iba al jardín de la casa a jugar con Abrek. Cuando María Luisa transmitió al Centro la situación, la respuesta de Moscú fue taxativa: las responsabilidades que hasta ese momento había tenido Valentino fueron adjudicadas a ella, le dijo a Esther. "Él sabe muy bien que lo que yo diga es lo que vale".

Desde entonces el italiano hizo una huelga de brazos caídos, porque menguó la actividad en la casa de antigüedades y suspendió sus viajes al interior para obtener datos militares. Incluso sus relaciones sociales se vieron afectadas, ya que dejó de lado su simpatía habitual para mostrarse hosco y callado.

Por todo esto resultó sospechosa su súbita muerte de un ataque cardíaco.

Para los amigos fue un golpe inesperado. Tucho Methol mandó un telegrama a Chichí y Mario Fernández a la embajada en Washington, donde él había sido enviado a mediados de la década: "Valentino

ataque cardíaco falleció martes María Luisa serena bien de salud abrazo Methol".

María Luisa, serena.

Valentino tenía cincuenta y ocho años y ninguna enfermedad conocida, a excepción de su herida en la pierna. Lo había atendido el doctor Bado, una eminencia recomendada por Chichí, en forma particular, porque ellos no tenían mutual. Por esa lesión pasó una Navidad internado en el sanatorio Larghero, donde Barenka Lezama lo fue a visitar con su esposo y sus hijos. Le llevó un pequeño arbolito de Navidad que María Luisa le había traído de algún viaje.

Pese a que el certificado de defunción, fechado el 1° de septiembre de 1964, atribuyó la muerte a un "síncope cardíaco", los rumores de los vecinos sobre las desavenencias conyugales alertaron a los investigadores. No hubo autopsia, pero el hecho de que los testigos del documento hayan sido los empleados de la funeraria señala la poca afección de la viuda. El entierro fue en el cementerio del Norte.

Cuando María Luisa debió declarar, durante una breve pesquisa de la Policía, los rumores subieron de tono. "El comentario del barrio era que María Luisa lo había matado", dijo la vecina Corina Flores, que la adoraba. Y pese a que "quedó como una muerte muy oscura", su recuerdo de la española no perdió el brillo: "Era una exquisita persona, refinada, amorosa, lo mejor que hubo en el barrio". Hasta ahora, la muerte de Valentino Marchetti o, mejor dicho, de Giovanni Antonio Bertoni, flota en el limbo judicial. Pero la grabación de Esther Dosil que va a incriminar a la española es precisa y definitiva. María Luisa la había llamado unos días antes: "Valentino se enfermó". Al llegar a Williman lo vio sentado en el patio de

claraboyas, sobre un sillón espiral, con la pierna extendida. La española le curaba la herida abierta mientras él, entre protestas, le pedía que llamara a un médico. Antes de irse, Esther escuchó que habían citado a un médico particular.

Dos días más tarde, el italiano había muerto.

María Luisa volvió a llamar a Esther. "Necesito tu ayuda". Las comadres arrastraron el cuerpo de Valentino, ya frío, inerte y rígido, desde el patio de claraboyas hasta la habitación donde dormía ella. Después de depositarlo en la cama matrimonial buscaron al doctor Eduardo Navarrete, un militante del sindicato médico vinculado a María Luisa que firmó el acta de defunción.

—¿Vas a venir a ayudarme, que te necesito? —volvió a llamarla un par de días después del entierro.

Necesitaba su auxilio para hacer un "trabajo pesado". Se trataba de armarse con un pico y una maza —el martillo y la hoz— para partir unos ladrillos de la pared del fondo del jardín, colocados de a dos y unidos con cemento. Allí se ocultaban un fajo de dólares y dos o tres pasaportes falsificados que fueron a parar a la casa de Esther por un tiempo, en resguardo de una salida intempestiva. "No me lo dijo directamente, pero parecía que era más fácil eliminarlo a Valentino Marchetti que hacer todo el trámite para que se fuera a Europa, aunque se fuera a Rusia. Parecería que esa fue la orden que ella recibió", dijo Esther. "Ella me dijo: 'Yo no lo hice por mi cuenta'".

Presa del miedo, Esther la ayudó sin dudar. Le causaban pavor la frialdad de María Luisa, su destreza física, esa lucidez mental. "Tenía conocimientos militares. Sabía usar armas porque le había enseñado el padre. Era tan cerebral que cuando yo llegaba, ya estaba todo

preparado". Ignoraba que su adiestramiento había sido el de un soldado del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra.

Esther tuvo la "convicción moral más clara de que fue una eliminación", dejó grabado, "sobre todo cuando ella me dijo que era más fácil que terminara acá y no que volviera a Rusia". Que era "mejor para él". Más inclinada hacia la teoría del envenenamiento, sugirió "puede haber sido con una inyección de aire o de algo en las venas". Según un informe de la CIA a la Comisión Warren del año 1964, los soviéticos habían desarrollado una serie de venenos y drogas altamente sofisticados que les permitían matar a una persona sin dejar rastros (un envenenamiento con la punta de un paraguas se hizo célebre en 1978). También Sudoplátov, en sus memorias, aludió a los venenos. Durante la Guerra Fría se llegaron a usar nieblas de gases venenosos de ampollas de cianuro difuminadas en la cara de la víctima, sustancias rociadas en una lámpara de lectura que se activaban con el calor de la bombita, fluoruro de sodio del utilizado para prevenir la caries dental, talio irradiado, gas mostaza, ricina, digitoxina, curare. Había un laboratorio secreto en la Unión Soviética, La Cámara, que desarrollaba estas sustancias.

Para Luis Ramírez, María Luisa "tuvo una gran disputa política con Valentino y de Rusia le mandaron que lo matara". Tampoco esta vez preguntó.

Su hermano el Cabeza, que atesoró muchos años de militancia y de lucha en distintos frentes latinoamericanos, intentó una explicación: "Los clandestinos tienen una moral propia, que les permite matar a sus compañeros".

Sin embargo, una carta de María Luisa al Centro, que publicó Vladimir Antonov, el especialista en espionaje de la KGB, permite

sospechar que el asesinato no fue un encargo del Kremlin. De paso, la prosa muestra un tono subordinado y doliente que no se había develado antes. "Debido a la muerte inesperada de 'Marco' y mi excesiva carga de trabajo en el último mes de su vida, estoy muy cansada y experimentando un colapso. El médico me encuentra una fuerte neurosis del corazón, y todo lo demás no ha cambiado, y no me recomienda que trabaje intensamente. El registro de la herencia (tienda de antigüedades y camioneta) no debería causar ninguna complicación, ya que soy el único heredero según la ley. Por favor, infórmeme sobre la persona a quien se le podría transferir la casa como heredero o administrador. Le pido encarecidamente que me conceda una reunión con un representante del Centro para discutir y resolver todos los problemas que ahora surjan".

Ajenos a la chismografía vecinal, preocupados más bien por una eventual caída en su estado de ánimo, ninguno de los amigos alentó la más leve sospecha.

El día del velatorio en Williman, mientras los visitantes entraban y salían, Luis buscó a María Luisa por la casa. Estaba entristecido.

—Era el segundo padre que perdía.

Caía la noche y ella se había tirado a descansar en su cuarto, con la puerta abierta hacia el patio cubierto. En silencio, Luis se acostó a su lado, en la cama matrimonial. "Dormimos una siesta".

Así pasaron el velorio de Valentino.

Habían ido muchos amigos. Si la mayoría no sabía quiénes eran los Ramírez, casi todos conocían a Luis por haberlo visto en Williman. "Tucho era un amigazo. Divina su mujer, Monona. Fló, toda la banda".

La asistencia al entierro en el cementerio del Norte fue plena. En cambio, solo María Barrios presenció el traslado del cuerpo hasta el cementerio de Las Piedras, unos meses más tarde. Según Barenka, nuestra amiga había comprado una parcela allí.

En aquellos días María Luisa le propuso a su comadre el trabajo de radista y se ofreció a enseñarle a cifrar. Esther había visto a Valentino rodeado de papeles de teletipo y de rollos y rollos con signos que parecían claves. Le dijo que no. Desconfiaba de ella. Como le temía, le puso como excusa la carrera de Psicología, el trabajo en la biblioteca, el hogar.

Una vez terminada la investigación policial, María Luisa se fue a Europa —o a la Unión Soviética— por varias semanas. A los amigos les dijo que el médico le había aconsejado unas vacaciones. Volvió dispuesta a liquidar todo y no tardó en poner en venta la tienda de antigüedades. Según Tucho Methol, la "malbarató" en muy poco tiempo. Según Barenka, la compraron unas "muchachas conocidas".

En los 60 ya no era aquella mujer arrebatadora de las décadas anteriores. Fló recordaba su costumbre de sentarse con las piernas abiertas y los brazos metidos entre las rodillas, sobre las polleras largas y anchas. Aficionada al arte desde joven, en Williman seguía dibujando y pintando, y al tanto de la obra de los nuevos artistas, disfrutaba de las conversaciones con Fló y Sergio Benvenuto. Llegó a tener un Figari auténtico que se llevó cuando dejó el Uruguay, un lienzo chico que representaba a un hombre con sombrero y caballo frente al molino de avenida Italia. Guardaba también una naturaleza muerta que había pintado durante sus estudios en París. La alumna dijo que María Luisa había conocido a Picasso, a García Lorca y a

Dalí, simpatizantes de la izquierda, y es posible que fuera cierto. O que fuera mentira.

Cuando mi hermano visitó Antiquariat en 2021, el local aún estaba en pie, devenido en kiosco de golosinas y comidas. Tres negocios más allá se alzaba un anticuario. Desde la vidriera divisó muebles y objetos valiosos, pero nadie caminaba entre ellos, el salón se veía desierto. Como la puerta estaba abierta, entró y dio unas vueltas, encontrando aquí y allá alguna pieza *art déco* que le resultó de interés, hasta que desde la calle apareció un hombre de rostro inescrutable que no propició ninguna charla o transacción, simplemente lo observó. Incómodo, con su imaginación lanzada hacia toda clase de conjeturas delirantes vinculadas a los servicios secretos rusos, dejó el local.

Se encaminó al apartamento de la calle Colonia. El edificio estaba derruido e inhabitado. Unos años antes, el periodista Fernando Barreiro había entrado a un bazar de antigüedades que se alzaba enfrente.

—¿Usted sabe quién vivía aquí? —había preguntado al hombre detrás del mostrador.

—Sí, por supuesto —y sacó de la vidriera una lapicera gruesa, metálica—. Al tirarla al piso con fuerza, estalla. Era de la espía.

El precio era muy alto y Fernando Barreiro no la compró.

Mi hermano se alejó del centro en dirección hacia Punta Carretas, en busca de la casa de la calle Williman de nuestros recuerdos. Para su decepción, una chapa negra bloqueaba la puerta y las ventanas se veían tapiadas. Tocó algunos timbres por la calle General Gregorio Suárez, pero no lo atendieron. A la vuelta, en Luis de la Torre, una mujer le dijo que no recordaba a María Luisa. Su madre, una

anciana que vivía hacía años en el barrio, tenía una vaga idea sobre la muerte de Valentino, pero nada más.

Habían pasado sesenta años. No quedaba rastro de nuestra niñera en las calles aledañas. La casa de la calle Williman, el apartamento de Colonia, la tienda de antigüedades eran apenas piezas fantasmas del museo de nuestro pasado.

Capítulo 19

Editorial Coyoacán

Montevideo, 1964-1965

Los siguientes tres años que pasó en Montevideo, ya sin Valentino, María Luisa redujo la asiduidad de cenas y reuniones, más limitada a las actividades para el Politburó. A veces paseaba a los perros caminando por Punta Carretas, pero otras los llevaba en su camioneta para hacer contactos furtivos y dejar mensajes en clave en lugares inhóspitos o despoblados sin peligro de verse descubierta.

No disminuyeron, sin embargo, sus apariciones en fiestas y cumpleaños con dulces y sándwiches envueltos en el papel dorado del Oro del Rhin. Discreta, dejaba las cajas sobre alguna mesa sin hacerse notar. No hubo un acuerdo formal para que nos cuidara a mi hermano y a mí. Es probable que en un principio se haya ofrecido a confeccionarle ropa a mi madre. O tal vez soltó sus dos caballitos de batalla juntos. Los amigos no cesaban de repetir que la gallega adoraba a los gurises y Faby debió de escuchar el comentario encantada. Lo cierto es que María Luisa cosió para ella al menos dos vestidos con unas telas de dibujos geométricos que mi padre había

traído de París. Eran unos géneros muy modernos que ya venían cortados y con las indicaciones estampadas para las costuras, de manera que la creatividad requerida a la modista, en este caso, era nula. María Luisa no puso objeciones y las dos prendas fueron encargadas en regla. Mi hermano y yo corríamos al jardín para buscar frutillas o para escondernos de los perros mientras María Luisa, con la boca llena de alfileres, le hacía las pruebas a mi madre. Aduciendo la facilidad ofrecida por las molduras, no quiso cobrarle.

Lo seguro es que merendamos en su casa con cierta irregularidad —no se puede hablar de regularidad en nuestro anárquico estilo de vida— desde que, en uno de los cambios de colegio a los que era tan afecta mi madre, aterrizamos en el turno tarde de la Escuela Francia, situada a la vuelta de Williman. Llegábamos con retraso, comiendo las papas fritas cocinadas por mi hermano, que llevábamos envueltas en cucuruchos de papel de diario. Este almuerzo, con su *packaging*, procuraba imitar las viandas de nuestros padres —seguramente tan poco asépticas como las nuestras— durante sus años pobres en París.

Más tarde los perros nos recibían tirados como alfombras en el patio de claraboyas, tal vez alguno patrullando el jardín. Teníamos entre siete y nueve años y las imágenes que nos quedan de María Luisa se parecen a los sueños, tan poco precisas como ellos. Pero los dos recordamos las grandes trancas y la habitación misteriosa, de entrada prohibida, que no nos alarmaba tanto como la presencia de los animales.

De alguna manera se sabía que Diana, la madre de los demás, había muerto de vieja. Enormes, de casi un metro y medio de altura parados en dos patas, los tres ovejeros nos intimidaban. Los

mastines eran individualistas e indiferentes a las caricias, nos explicaba María Luisa, pero no se mostraban agresivos con las personas a menos que recibieran una orden específica, de la que no dio detalles. En cuanto a su dueña, nunca fue para nosotros la abuelita cariñosa que los adultos mentaban. Es cierto que se hablaba de las travesuras de mi hermano y de los hijos de Fló ("eran unos salvajes"), pero la presunta adoración de la española por los chiquilines debía de ser metafísica. Fló sostenía la opinión general: "Era amable, sensible y encantadora. Actuaba como tía y abuela de los niños de algunos de nosotros cuando acudíamos a su casa. Creo que poseía un agudo sentido para juzgar a las personas, aunque siempre se mostraba sensata, prudente y equilibrada". Los chiquilines sentíamos que éramos tratados como semejantes, sujetos tomados en serio, y eso era mucho más de lo que podíamos esperar entonces de los adultos.

Por nuestra edad hubiera sido más apropiado que nos propusiera jugar al tatetí o a las cartas, pero ella nos servía el café con leche en los sillones del patio cubierto y se quedaba charlando con nosotros como lo hacía con los grandes. Era una gran conversadora. En su estilo despojado de toda complacencia, de tonos neutros que no admitían abrazos o caricias nos resultaba, con todo, cálida y cordial. Intentaba quitarnos el miedo a los perros, aunque nos pedía que no los tocáramos demasiado porque, decía, eran nerviosos, palabras que no lograban quitarnos del todo el resquemor. Nos daba información sobre la raza, el temperamento, sus costumbres, los adiestramientos. No sé cuánto entendíamos de estas charlas, pero su voz calma, que no recordamos con acento español, nos daba confianza y seguridad.

Además del café, nos convidaba con palmitas alemanas glaseadas y hojaldre de dulce de leche. Nosotros comíamos como huérfanos de Dickens mientras ella nos contaba, con su cadencia apacible, una versión infantil de *La cuarta altura*, una novela sobre una combatiente de la Gran Guerra Patria, un texto muy conocido entre los escolares soviéticos. Un caso de autosuperación, sacrificial y belicista, un panfleto político que con el tiempo devoré sin moderación, releyéndolo una y otra vez y del que me quedaron grabadas frases enteras. La niña Gulia Koroleva, luego una joven, fue alcanzando las cuatro alturas o metas de su vida hasta llegar a la muerte en la batalla de Stalingrado, un final melodramático que nunca dejaba de provocarme desesperación.

Al terminar el festín nos levantábamos diligentes, menos para llevar las tazas y los platos a la cocina que para saquear los restos de las masas.

Nuestro miedo a los perros debe de haber venido desde que Argos y Abrek casi se destripan la tarde en que mi hermano les tiró una palmita. María Luisa lo reprendió con severidad, tratándolo de usted, con esa falta de condescendencia con que los adultos de aquella época —al menos los amigos de mis padres— hablaban a los niños.

Cuando nos íbamos nos despachaba sin efusiones. Mi madre nos buscaba al terminar su trabajo, la distribución de los libros que mi padre traía de Buenos Aires una vez por mes. Nosotros salíamos de la escuela a las cinco y ella finalizaba sus recorridos entre las siete y las ocho. Desde la mañana visitaba las distribuidoras y librerías montevideanas dejando en consignación unos títulos que estaban lo más lejos imaginable de participar de las listas de *best sellers*. El eufemismo "en consignación" develaba la precariedad de nuestra

condición social, ya que los ejemplares quedaban colocados —y el solo hecho de que hubieran sido aceptados por la distribuidora o librería ya era una gran hazaña— hasta que fueran vendidos. En ese punto, mi madre recibía un documento, algún tipo de pagaré que se cobraría —creo recordar el término "contradocumento"— a los tres o seis meses. Teniendo en cuenta los títulos de los libros —*El contubernio*, *Burguesía y proletariado en el nacionalismo brasileño*, *Imperialismo y angustia*—, es un verdadero prodigio que hayamos sobrevivido durante siete años en el Uruguay comiendo casi todos los días. No contábamos con otros ingresos. Estos libritos de cartón opaco color rosado, anaranjado, verde pálido, celeste, de tonos pastel, extradelgados, con un diseño austero que me recuerda a la Bauhaus, para nosotros eran gratis porque provenían de una editorial que había fundado mi padre. No había mucha variedad: se imprimieron treinta y ocho en total. Cada uno llevaba su número, que seguía el orden de publicación, en la parte inferior de la portada junto al nombre de la casa editora: Coyoacán.

¿Cuánto tiempo tardó María Luisa en descubrirlo? Después del asesinato en 1940, Coyoacán era una contraseña en el mundo entero para aludir a León Trotsky o al trotskismo. ¿Y los títulos de los libros? Tal vez María Luisa haya vislumbrado algunos de los ejemplares que cargaba mi madre cuando nos iba a buscar a su casa: *La revolución rusa y la burocracia soviética*, *Por los Estados Unidos socialistas de América Latina* y *La revolución permanente*, de León Trotsky. Es probable, también, que Faby le haya regalado algunos ejemplares, en muestra de agradecimiento por sus gauchadas.

Junto a sus camaradas de la editorial Indoamérica, entre 1947 y 1948 mi padre había publicado el librito *Natalia Sedova Trotsky contra Editorial Tor*, que reproducía el texto de la querella judicial emprendida a causa de una edición pirata del libro *Vida de Lenin*. Peor aún: en 1962 Coyoacán había publicado su libro *El Partido Comunista en la política argentina*, una ametralladora que escupía sangre y fuego. Por entonces, él ya había fundado el primero de los partidos de izquierda que más adelante lo irían a proclamar candidato a presidente de la Argentina. Aunque en las elecciones generales no cosechaba muchos votos ("Salimos últimos, cómodos", presumía), era improbable que María Luisa no estuviera al tanto.

Pero si no alcanzó a ver los libros, puede ser que nos haya escuchado jugar a las adivinanzas: "*La crisis entre Mao-Tsé Tung y Kruschev*", decía mi hermano. "Celeste, cinco, Kamenev", arriesgaba yo. "Perdiste. Rosado, diecinueve, Pierre Frank".

¿Y si la amistad con mi madre no fue más que otro ardid para revestir de aún más verosimilitud su cobertura? Nadie podría pensar que una agente de la KGB fuera amiga de una trotskista casada con el trotskista más furibundo del Cono Sur, cuyos hijos competían por ver quién conocía mejor el catálogo trotskista de Coyoacán.

Cuando nos iba a buscar, Faby no se quedaba conversando con ella. Ya era tarde y nos íbamos los tres, jugando al veo-veo, a tomarnos el trolebús 104 por el camino de la rambla. El ratón alemán, como llamábamos a la cachila con la que alguna vez repartimos los libros, cumplía prisión perpetua en el mecánico de Ciudad Vieja. El viento de Malvín era tan penetrante, sobre todo en la bajada de la calle Ámsterdam, que debíamos asentarnos muy fuertemente sobre nuestros zapatos Gomicuer con las suelas

despegadas para que no nos volara. Si hacía calor y era una de esas noches "a la encandilada", veíamos a los pescadores meterse en el agua con los pantalones arremangados y los faroles iluminando el mar.

No hubo trazos de romanticismo en las dos madrugadas de truenos y relámpagos sobre la playa en que mi madre nos instó a cruzar la rambla en pijama, medio dormidos, para que experimentemos "la lucha entre los elementos" (sería no tanto burgués y reaccionario como mezquino de mi parte mencionar que desde entonces detesto el mar, aunque sea dulce, la arena mojada en mi boca y todo plan aventurero en general).

María Luisa y mi madre se reunían con los amigos en el Sorocabana, tan poblado que se decía que tenía barrios internos. El Soro era de los padres; nosotros solo íbamos a veces a tomar el café batido con hielo y espuma, montado sobre un cucurucho de lata brillante. Con los chiquilines Benvenuto esperábamos en la barra circular, sentados en los taburetes frente al mostrador de mármol que daba toda la vuelta. Solíamos fijar la vista en una asombrosa canaleta de agua caliente que mantenía la temperatura de las jarras del café colado.

Los mayores se sentaban en las mesitas redondas, inmersos en un humo impenetrable y con el aroma a café brasileño mezclado con el tabaco de La Paz Suave, los cigarrillos de moda. En una de esas noches María Luisa debe de haber conocido al amante de mi madre. Droeven, como le decíamos, pese a que su verdadero nombre era Raymond Molinier, tenía el pelo canoso, los ojos azules y una constitución hercúlea que lo salvó del naufragio del Vapor de la Carrera del 11 de julio de 1963. A mi hermano y a mí su título de

secretario de Trotsky nos impresionaba menos que las tabletas de chocolate importado que nos compraba en el barco. Durante sus viajes a Montevideo para visitar a mi madre en los años sesenta, al parecer nunca reparó en esa inofensiva modista. Pero ella sí debe de haber reparado en él, que ya estaba instalado en Buenos Aires con el rimbombante nombre de León Lamberto Droeven. Se sabía que había contrabandeado penicilina para la Fundación Eva Perón y contaba —cosa que era cierta— que había asaltado un banco con el propósito de hacer la revolución mundial. En esos años trabajaba para los servicios británicos de inteligencia, con la misión de descubrir contactos nazis en la Argentina. En 1978 apareció nombrado en "Memoria de paso", un formidable cuento de Fogwill, que fue su yerno. Su hija Juana firmó su novela *La nieta de Trotsky* con el apellido Molinier, aunque había sido inscripta con el de Droeven. También así figura su nombre, manuscrito, en la agenda de bolsillo de mi padre: Droeven, Juana. En los primeros años del siglo XXI me visitó Andy Fogwill, el hijo mayor del escritor, en mi estudio de Buenos Aires: "¿Vos sabías que mi abuelo fue amante de tu madre?". Hasta ese día, mi hermano y yo creímos que Droeven era un amigo de la familia.

María Luisa debe de haber disimulado bien su júbilo por la partida de Mario Fernández a Washington. Las perspectivas que esa posición podían significar para el Centro eran invalorables. Niñera habitual de los niños de Chichí y Mario, no tuvo tiempo de extrañarlos, porque los hijos de Barenka ocupaban su atención desde los tiempos de Valentino. La hija mayor era su ahijada.

—La querían como a una abuela —dijo Barenka a mi amigo Fernando Barreiro.

Como fuera que la consideraran sus hijos, con Barenka se comportaba como una madre. La muchacha entraba a Williman "como si fuera la casa de mis padres". Ella era la única persona —eso creía— a la que María Luisa permitía que la llamara "gallega". No le gustaba que la nombraran así porque, explicaba, provenía de Andalucía. Barenka siempre contaba la anécdota del casamiento con Valentino, cuando le preguntaron la nacionalidad y respondió "oriental": "Pero, gallega, ¿quién se va a tragar que sos criolla?".

—Salían con mis tres chicos a pasear los fines de semana: los llevaban a Carrasco, a los caballitos del parque, esas cosas de abuelos —le contó a Fernando Barreiro.

Todos los años, a mediados de abril, había una celebración triple en la casa de Barenka: con un "festín copioso festejábamos los cumples de la gallega, de mamá y de otra amiga, con tortas y velitas". A esos festejos asistía la flor y nata de la política uruguaya, y otra vez:

—María Luisa jamás habló una palabra de política en casa. Estando papá se hablaba de política, pero ella no intervenía, no preguntaba, dando el acuerdo que la cosa era así.

La familia de Barenka estaba acostumbrada a sus viajes, que duraban tres o cuatro días, en cualquier caso no más de veinte. Se iba a Buenos Aires, a Perú, a Europa, de improviso, sin avisar.

—¿Pero dónde estuviste?

—Mirá, me fui hasta París, estaba muy cansada, traje esto para los chicos.

Era como los Reyes Magos: llegaba con zapatitos, medias, camisas, abrigos para Barenka y decenas de golillitas (unos pañuelos de seda que guarda todavía).

Chichí contó que le llamaba la atención su ademán inconsciente de pararse contra la pared con el dedo pulgar en la boca. Una sola vez, en agosto de 1961, la española le habló con cierta frialdad. De regreso de un viaje de dos meses a Europa, le había traído sus regalos de costumbre, unas cremas francesas de exquisita calidad. Después de agradecerle los obsequios, Chichí le preguntó por qué no había visto a su hermana cuando pasó por España.

—Pero, che, por lo menos llamala por teléfono.

—Con mi hermana corté hace años.

Por una vez dijo la verdad.

Y aún había otra familia. Celia y Tato Rodríguez Oyenard, que vivían en bulevar Artigas y Rivera, la consideraban "como una abuela para las chiquilinas". Una de sus hijas fue bautizada con el nombre de su madrina: María Luisa.

Capítulo 20

La herencia de María Luisa

Montevideo, 1966-1967

En 1966 cambiamos de escuela y al año siguiente María Luisa empezó a preparar la partida. Su plan ya estaba trazado, aunque encontrar hogar para los perros le llevó un tiempo. La dedicación que puso al elegir el paradero de cada uno devela que Trotsky y Ramón Mercader no eran los únicos comunistas que amaban a los perros. "Nadie quiere a las perras", le había dicho a la costurera María Barrios para convencerla de que adoptara a Guera. Después de varias charlas, María aceptó.

Aunque pertenecía a Luis Ramírez, Abrek vivía en Williman, porque él no podía tenerlo en su pequeño apartamento. De modo que quedó a cargo de Fló, quien debe de haberlo considerado un presente griego, porque delegó la responsabilidad en su hijo Rodrigo. Argos, el otro perro, quedó con el veterinario. Al menos eso dijo María Luisa: "Es muy nervioso y va a traer problemas". Qué hizo el veterinario con Argos es un enigma.

Aun cuando solo tenía doce años en el momento en que su padre le encomendó la tarea, Rodrigo no temía al perro, que estaba bien

entrenado y se portaba con cierta docilidad. Iba a buscarlo a Williman por las tardes, a la salida del colegio, y lo llevaba a pasear al parque de Villa Biarritz. Durante una de las caminatas un perro diminuto, que podría haber sido un chihuahua o un pomerania, se asomó desde una ventana. En menos de un instante, antes de que Rodrigo pudiera reaccionar, Abrek saltó sobre el perrito y lo destrozó hasta dejarlo muerto, o casi muerto, sobre los brazos de una anciana temblorosa.

Rodrigo quedó espantado. La pobre mujer sufrió un ataque de nervios que terminó en el salón de su casa, donde él no supo dar explicaciones porque no las tenía.

En el siguiente paseo Rodrigo ajustó muy fuerte el collar, con las púas hacia adentro, y mantuvo la correa lo más corta posible. Una vez en la plazoleta de Villa Biarritz, la aflojó. Entonces Abrek se acercó por detrás a un muchachito menudo, de unos quince años o menos, que se sobresaltó por la cercanía del mastín pero sin animarse a huir. Con su hocico encajado en el trasero del chico, Abrek lo fue empujando, con determinación, hasta el borde de la plaza. "Lo levantaba con el hocico y lo obligaba a dar un paso, lo volvía a levantar y otro paso; el botija estaba aterrorizado, lo fue sacando de esa manera. Era una fiera. Capaz que era una técnica de adiestramiento de la KGB".

Durante los viajes de María Luisa, Tucho Methol y su esposa Monona se instalaban en la calle Williman para cuidar a la jauría. Uno de esos días Rodrigo asistió a una ceremonia sacrificial impresionante y sobre todo *out of character* para Tucho, que era una persona tan dulce y cariñosa con los niños. Tal vez obsequio del carnicero, Tucho sostuvo con las manos una cabeza de carnero

capón —algo aterrador— y se la mostró a Abrek desde lo alto. El ovejero calculó su movimiento y se la arrebató de un solo mordisco, ante las carcajadas de Tucho. Abrek partió el cráneo en dos y se devoró todo, hasta los huesos. Después de unos cuantos lambetazos, el piso de la cocina quedó limpio y brillante.

Puesta a dejar sus negocios en regla, María Luisa cedió el alquiler del apartamento de la calle Colonia a María Barrios y ofreció a Tucho la casa de Williman a un precio simbólico, un regalo encubierto. Pero Tucho y Monona estaban haciendo arreglos en una casona recién comprada en la calle Brecha (¿sospecharon del obsequio?) y no se interesaron. En cambio, aceptaron la invitación a quedarse unos meses hasta que su casa estuviera lista. En poco tiempo Williman fue vendida a Olga Montero, íntima amiga de Fló y de Tucho, gran compinche de mi madre. Justamente Olga Montero y su hijo habían ocupado el apartamento de Malvín antes que nosotros, también por intermedio de Tucho. La red seguía tendida como siempre.

María Luisa vendió la casa con un par de condiciones. Una de ellas era que la compradora solo podría tomar posesión una vez que Tucho y Monona la dejaran. La otra, que uno de los perros permaneciera en la casa.

Según la Dirección Nacional de Registros, el precio de venta que pagó la adquirente Olga Montero Cataldo fue de setecientos cincuenta mil pesos uruguayos. En ese momento esa cantidad equivalía a unos cinco mil setecientos dólares. Como referencia, tres años después la familia Fernández compró un apartamento en Pocitos a cien mil dólares. “La vendió por tres vintenes”, me dijo Luis Ramírez. Era un precio absurdo, muy por abajo del valor del mercado. Ya instalada en Williman, Olga Montero se preocupaba por

la agresividad de Abrek, y le sugirió a Tucho Methol que lo regalara. Fló protestó porque se había comprometido con María Luisa a conservarlo, pero Tucho encontró una solución: "Se lo regalé finalmente a una (empleada) portuaria, cinco hermanas y una madre viuda. El único hombre de la casa era ese perrazo. Estaban encantadas. Ellas me contaban que el Abrek era como un sultán allí, con su harén. Era el defensor eunuco del reino. Así terminó el Abrek".

Un día el hijo de Olga Montero se cruzó con María Barrios, de paseo con Guera por la rambla. Notó que la perra debía de tener unos cuantos kilos extra, movía la cola plácida, se la veía contenta.

Entre 1966 y 1967, el lapso que abarca su temporada final en Montevideo, María Luisa fue repartiendo su herencia entre los amigos. Todos notaron cierta melancolía, una retracción en sus actividades sociales y una notoria caída en su estado de ánimo. A Tucho y Monona les regaló un antiguo mueble de madera, un sillón y una escultura de la Virgen de la Piedad con Jesucristo en sus brazos. La obra, de unos cuarenta centímetros de alto, sigue en manos de los hijos de Tucho Methol en Montevideo. Reservó dos sillas antiguas, estilo Thonet, para que fueran entregadas a Chichí y Mario a su regreso de Estados Unidos. Su hija Jimena las conserva, muy bien lustradas, en el último apartamento que tuvieron sus padres. Ya les había dado la reproducción sobre tabla de madera de una virgen italiana del quinientos, que María Luisa encontraba parecida a Chichí. Fló recibió una primera edición de Felisberto y más de sesenta volúmenes de literatura italiana de la biblioteca de Valentino, gran bibliófilo, además de una pieza precolombina muy importante. Antiquariat era la única galería que tenía cuadros de la escuela

paceña y de la pintura colonial de la zona de Iquitos, y la pieza pertenecía a esa colección.

La familia de Barenka le compró la camioneta Commer. Ellos la habían conducido al principio, cuando todavía María Luisa y Valentino no tenían carnet. También recibieron varios grabados y un cuadro constructivista de mucho valor. María Barrios enumeró un juego de tocador, otro de té, el taller de modista completo, la lavadora. Al apartamento de los Ramírez fueron a parar muebles, cuadros, objetos que Esther atesoró, cedió o tiró. Y un retrato a lápiz de María Barrios, al parecer muy fiel, que hizo María Luisa. En este dibujo no aparece la firma que solía usar: Luisita. A Corina Flores le regaló una muñeca; a Olga Montero, un sillón berger. Mi madre heredó otra pieza precolombina y yo, una versión infantil de *La cuarta altura.* Solo muchos años más tarde conseguí el texto original, donde figuraba la muerte de Gulia en Stalingrado. Mi hermano no recuerda más que un cuaderno y un lápiz, o una lapicera. En la casa de la calle Brecha de Tucho Methol quedaron muchos objetos y potiches —cacharros, los llamaba Esther—, aquellos de doble fondo que mandaban al exterior.

El lento reparto se cortó de modo abrupto. No hubo una despedida formal. Los amigos sabían que planeaba su partida, pero no conocían precisiones en cuanto al destino o a la fecha. De golpe, María Luisa se esfumó.

Para justificar las razones de su huida, quizá inspirada en un manual personal de usos y costumbres del espionaje, María Luisa aplicaría un procedimiento complejo y eficaz: el chantaje emocional. Otra vez, la fórmula abarcará a todas sus relaciones, sin variantes. Las respuestas se resumirán en un exceso de sentimentalismo en su

carácter, en los vínculos tan profundos que los unían, en su ausencia de coraje para enfrentar la excesiva pena de un adiós.

Barenka le había pedido explicaciones.

—Tengo que ir a amadrinar a la nena de Chichita y de Mario.

—¿Y después? ¿Qué vas a hacer sola allá? Arreglate con tu hermana.

Silencio.

A fines de octubre Barenka recibió una postal sin remitente, fechada el 13 de ese mes en París: "Como comprenderán, no tuve valor para despedirme".

Lo contradictorio es que, según el padrón 31612, la escritura de venta de Williman se firmó el 16 de octubre de 1967 con la presencia de Olga Montero y de María Luisa de las Heras. De modo que el 13 de octubre María Luisa no pudo estar en París. No solo falseó la fecha de la postal: también dijo que había dejado el Uruguay el 12 de octubre. Barenka nunca supo que le había mentido.

A su ahijado Luis le dijo:

—Vení el otro miércoles.

Pero cuando el muchacho tocó el timbre de Williman el miércoles, le abrió la puerta Olga Montero.

—María Luisa se fue.

Fue un cuchillazo. La herida más cruel que alguien le haya causado nunca. Cuando me contó el asesinato de su padre o la muerte de su madre no se mostró afectado; en cambio, lloró con desconsuelo al hablar de esta separación.

—'Perá que me seco los ojos.

Otra vez el nudo, el llanto, la herida abierta.

—La despedida fue asquerosa.

Él, que no recibió postal alguna, intentó comprender: "No pudo criar a su hijo porque murió, y me agarró a mí. Yo creo que afectivamente era fuerte para ella despedirse de mí".

Poco después de la partida, junto a otras antiguallas que provenían de Williman llegó al apartamento de su madre el combinado de música que él adoraba. El mueble exhibía, con todo el resplandor de la ausencia, la marca del aparato transmisor de radio que había sido desclavado. Contenía un tocadiscos y una radio con tres frecuencias de onda corta que llegaba a captar las comunicaciones de la Policía. Es el único objeto que añora.

—Tenía un mármol arriba, mi madre me podía haber dejado solo el tocadiscos.

—¿Por qué no te llevaste el combinado?

—Lo que pasa, mija, es que la casa era propiedad de ella y lo que estaba ahí era propiedad de ella. Ella no me dio nada. Al combinado le arrancó la radio y el tocadiscos y lo convirtió en un depósito. Y tiró todas las fotos.

Y entonces la maldición bíblica:

—Era una yegua.

Cuando el silencio barrió, después de tanta emoción, las imprecaciones, las injurias y los llantos, mi pregunta "¿Y a ti qué te regaló, Luis?" encontró, con desgarro y con dolor, la respuesta.

—¡A mí me regaló la vida!

María Luisa se fue sin avisarle, sin dejarle saludos ni cartas. Él fue el único, entre todos los amigos, que no recibió ningún regalo. Nada.

Ni una lágrima, ni una pena.

Le había regalado años antes una frazada de una plaza entre azul y roja, más tirando a azul, que todavía conserva. En sus años de gauchaje la usó debajo del recado y la montura, en las cabalgatas rumbo a alguna guitarreada por Casupá.

Capítulo 21

La gran fabuladora

Génova-Montevideo, 1967-1970

Afincada en Italia desde que Mario se había hecho cargo del consulado de Génova, la familia Fernández vivía a la expectativa de noticias de María Luisa. Chichí estaba embarazada y daría a luz en septiembre de 1967: quería que ella fuese la madrina.

Por fin, un día los llamó para anunciarles una visita. Aceptó el madrinazgo encantada y acordaron que viajaría a Génova para el nacimiento del bebé. Pero Jimena nació el 6 de septiembre y María Luisa no llegó. Tampoco estuvo en el bautismo, pero Chichí y Mario, fieles a su palabra, dejaron asentado su nombre como madrina titular.

Así estaban las cosas cuando Mario escribió a su familia de Montevideo el 17 de noviembre desde el consulado:

"Todavía no sabemos qué vamos a hacer en fin de año. Es probable que la pasemos en Londres (y si se puede y hay plata con unos días en París), pero todo eso está a la espera que María Luisa se haga ver. Nos mandó una postal desde París, después también

desde París una valija llena de regalos, pero no dio más noticias: según la fecha que ella llegue haremos nuestras vacaciones".

El 29 de diciembre seguían sin novedades. Nunca antes había desaparecido de esta manera y temían que le hubiera ocurrido un accidente o que hubiera enfermado de gravedad. Cuando llamaron al hotel que remitía la postal, nadie la conocía.

—Hay una señora en la puerta, llorando. Preguntó por usted —le dijo a Chichí, una tarde de septiembre de 1968, la empleada doméstica de la residencia consular. Había pasado un año desde las últimas noticias.

Luego de lágrimas y abrazos, María Luisa les contó que venía de Ginebra, donde mantenía la cuenta bancaria que había abierto con Valentino y se dedicaba a la compra y venta de obras de arte. Había dejado el Uruguay después de una tarde de pena y angustia en las rocas de Punta Carretas, al comprender que nada tenía que hacer ahí. Cuando le preguntaron por el largo silencio, adujo que había estado internada —la vieja dolencia del corazón— en un hospital de París, y que se había recuperado en una clínica de Lucerna. No había llamado para evitar preocupaciones a Chichí en el final del embarazo. Sin embargo, había hablado con el hijo de la portera de su apartamento de París para que estuviera en contacto con su médico y, en caso de que la situación se volviera crítica, se comunicara con ellos.

Todas las historias que contó a Mario y Chichí en este viaje fueron enrevesadas y poco creíbles. Había descubierto que Valentino llevaba una doble vida, que durante su matrimonio había tenido una hija con una uruguaya a la que visitaba durante sus excursiones de pesca. En el transcurso de los tres meses que se hospedó en la

residencia del consulado —desde septiembre hasta diciembre de 1968— viajó dos veces a Túnez con la excusa de visitar a la joven. Involucrada en el conflicto como si se tratara de su propia hija, contó que Teresa trabajaba en una peluquería, prácticamente secuestrada por un enamorado. La situación era angustiante. Al regreso de su primer viaje le preguntó a Mario si cuando volviera del siguiente podía dejar las maletas en la embajada de Roma. Mario accedió de inmediato y entonces ella avanzó: ¿no podría él extender un pasaporte para que Teresa saliera del país? Hasta le dio el nombre completo de la muchacha, Teresa Isabel Maristán, pero no la foto. Alarmado, Mario le dijo que no podía hacerlo de ninguna manera, que estaría cometiendo un delito. Le ofreció hablar con el cónsul de Túnez en Génova y con el embajador tunecino en Roma. Ella se negó.

En esos días se mostró triste, silenciosa, con la mirada perdida. La empleada doméstica le contó a Chichí que a veces la encontraba inmóvil, con los ojos húmedos clavados en el Mediterráneo. Cuando sus amigos indagaban, solícitos, ella alegaba estar afectada por el destino de Teresa, por la traición de Valentino, por no haber tenido otro hijo.

La misión consular estaba por terminar, pero los Fernández tenían planeado volver a Europa dos años después. En el aeropuerto de Génova, antes de subir al avión que la llevaría a Ginebra, les prometió que esta vez no perdería el contacto. Entre abrazos apretados y sollozos, los tres decidieron que se volverían a encontrar en Italia o en Suiza para vivir juntos, en familia.

Chichí y Mario nunca más tuvieron noticias. Las valijas con la ropa quedaron abandonadas en la embajada en Roma. Nadie las reclamó

jamás. Marta Bayouth, la secretaria de la delegación permanente ginebrina, les informaba que sus estados de cuenta bancarios se acumulaban en las oficinas sin que nadie los reclamase. Inquietos, Chichí y Mario se contactaron con Interpol, con la Policía suiza, con Sûreté Nationale, con el Ministerio del Interior italiano.

Temían que hubiera viajado a Túnez, que se hubiera mezclado en conflictos legales. En algún resquicio, de todas maneras, Mario no terminaba de creer la confusa historia. Y, aun así, no podía dejar de conmoverle la última imagen de ella parada en la puerta trasera del ómnibus que la llevaba al avión, llorando, apretando el pañuelo y agitando lentamente la mano.

María Luisa regresó al Uruguay por lo menos dos veces, ambas de incógnito. Luis Ramírez calcula que fue entre julio y agosto de 1970 el día en que quedó petrificado frente a la galería Yaguarón, donde tantas veces había tomado el té con su madrina. Sola, sentada en una mesa de la confitería, estaba ella. Se fueron caminando por 18 de Julio, conversaron por más de dos horas. "Yo le dije que quería que conociera a mi primer hijo, Santiago, que era muy chico". Acordaron en reunirse más tarde e hicieron una cita para esa misma noche.

Pero ella no fue.

De nuevo, Luis intentó comprenderla: "No quiso conocer a mi hijo. Los motivos los tiene María Luisa. Pero bueno, era mi hijo y se iba, para ella afectivamente era muy fuerte y no lo iba a aguantar".

Durante el mismo viaje le hizo una visita furtiva a Esther, pero no la encontró. Antes de irse del apartamento dejó dicho que le avisaran que había pasado por allí. Al enterarse, sin saber cómo ubicarla, Esther llamó a María Barrios. Cuando por fin se

encontraron, María Luisa la increpó: "¿Por qué llamaste a María? No debiste llamarla. Tenías que esperar".

Conversaron un buen rato. Entonces María Luisa le planteó, de nuevo, que trabajara para ella. Para disuadirla, Esther le dijo que apoyaba al movimiento guerrillero Tupamaros, donde militaba el Cabeza. Ella le respondió: "Se equivocan, van a perder, van a morir. Se van a morir unos cuantos y van a perder todo".

"Ella tenía una intuición y una perversión tan imponente que a veces había cosas de la política, incluso de la sociedad uruguaya, que sucedían como ella decía", explicó Esther. "Tenía una gran experiencia. Incluso me contó que en el partido del gobierno se conocían por la mañana las resoluciones que el Partido Comunista uruguayo había tomado la noche anterior. ¿Y qué era? Que una mujer era amante de un dirigente del Partido Comunista y entonces estaba enterada y transmitía todo".

María Luisa volvió a Montevideo un año después. Esta vez llamó a María Barrios desde el aeropuerto de Carrasco.

—Vino desde Buenos Aires a verme, porque me había mandado pedir la partida de matrimonio. Seguro se quería casar otra vez.

Unos días más tarde la costurera se encontró accidentalmente con Barenka y le comentó el encuentro.

—¿Por qué no me llamó? —La ofensa seguía ahí.

—Porque ella se pone triste si los ve a ustedes. Ustedes son la familia. Ella tenía que irse, tú tenés que comprender.

"Qué raro, qué mujer más extraña esta", pensó Barenka. "Ahí me empezó a llamar la atención, porque además sabía que conmigo podía contar incondicionalmente en su vejez, y con los chiquilines, porque ella se lo había ganado".

Estaba alojada en el mismo hotel donde me hospedé yo a comienzos de 2020, el Victoria Plaza, antigua gloria de la Ciudad Vieja. ¿Se habrá zambullido en la piscina cubierta sobreclimatizada, como hice yo unas semanas antes de la explosión de la pandemia, entre un número de bañistas tan descomunal que la asemejaba más a un balneario popular suburbano que a un spa, como anunciaban sus publicidades? No había avisado a nadie de su visita, pero Lili Bonelli, la hermana de Chichí, la encontró por casualidad en la avenida 18 de Julio. María Luisa le dijo que había viajado para arreglar algunos asuntos pendientes y quedaron en encontrarse esa noche para cenar. Tampoco fue a esa cita. Lili nunca más la vio.

Las mentiras, las ausencias eran arbitrarias e incomprensibles. No solo le había dicho a Esther Dosil que era hija bastarda de su padre y una gitana. Los camaradas españoles creían que su padre era el tío militar, el general Manuel de las Heras; lo mismo les había dicho a los rusos. Pero el documento uruguayo la registraba como hija del tío Julián. En la Unión Soviética tenían falseada su fecha de nacimiento: figuraba el 10 de abril de 1910, la misma que había declarado en el Uruguay. Recién en la década de los noventa corrigieron el error, cuando Germán Sánchez, especialista en la historia de españoles relacionados con los servicios soviéticos, entregó el certificado auténtico al diario *El País* y este al Servicio de Espionaje Exterior de Rusia.

¿Y si fue una mitómana compulsiva? Una virtuosa. Su existencia como espía, entonces, ¿no sería más que un pretexto para construir narrativas ficticias? Estas duplicidades, inoculadas en su naturaleza, podrían haber devenido en una forma de vida. Así, ella sería la única poseedora de todas las verdades —de todas las mentiras—. Ni los

soviéticos, o su familia, las conocerían en su totalidad. Su bala de plata, ante todos, sería el silencio.

Capítulo 22

Taqiyya

Montevideo, 1995-1997

Durante los casi veinte años que operó en el Uruguay, el trabajo de María Luisa fue impecable. Ningún servicio de inteligencia, local o extranjero, pudo descubrirla. Y ningún miembro de nuestro círculo, con el que tenía un vínculo tan íntimo, llegó a sospechar. Tucho Methol, en ocasiones, se extrañaba un poco por la frecuencia de los viajes. Después del episodio de Génova, Mario Fernández quedó con cierta inquietud por la petición del pasaporte, una espina clavada. Pero la atribuyó al aturdimiento causado por la partida del Uruguay. Tampoco hubo suspicacias en la familia de Barenka, que carecía de conexión con nosotros.

En 1958, el Centro le había escrito a Valentino: "Creemos que usted y Patria han hecho un trabajo serio durante estos dos años: se establecieron y se afianzaron en el país; establecieron comunicaciones de radio de dos vías; organizaron una cobertura confiable; completaron una serie de tareas importantes del Centro (información de viaje sobre temas específicos); adquirimos contactos útiles para nuestro trabajo". Ese informe es anterior a la invasión

estadounidense a la bahía de Cochinos, de abril de 1961, que ella pudo detectar por medio de sus informantes y reportó a la Unión Soviética. Todos estos partes de la etapa uruguaya siguen clasificados.

El 6 de noviembre de 1995 la revista española *Cambio 16* publicó el artículo de Germán Sánchez que reseñaba las actuaciones de las espías españolas que habían trabajado al servicio de la KGB. Allí se presentaba, como la más relevante, a África de las Heras. La nota difundió sus nombres de guerra, incluido María Luisa de las Heras, reseñó su trayectoria en Montevideo y publicó irrefutables fotografías. El libro de Sudoplátov se había publicado un año antes en Estados Unidos.

Desde el velorio de mi madre la noticia se fue esparciendo de a poco, tardó más de dos años en llegar a todos, pero una vez encendida la mecha, la bomba explotó. Cuando se enteró, Chichí pasó dos días en la cama en estado de shock. "Pensé que no podía ser real, que todo era una película, que no podía ser mi María Luisa". Su hija Jimena me contó que en ese entonces, con su padre como embajador, la familia estaba asentada en Brasilia. Mario se encerró con Chichí en su habitación durante los dos días.

Fló vio el artículo en diciembre. Recién a comienzos de 1997, con su pesquisa en proceso, escribió a Mario Fernández la carta del "tiempo modificado" que voy a reproducir aquí con más detalles. Con todas las revelaciones que aparecieron hasta ahora, el texto se llenó de nuevos sentidos. Nadie podría, casi al final, volver a leerlo del mismo modo en que lo leyó al principio.

"Todo eso me produjo, como te dije antes, un estado de comezón, angustia, impotencia y necesidad de comenzar a reconstruir ese

pasado que se había vuelto otro, de un modo parecido a cómo cambian las cosas en los sueños. Hablé con Carlitos Benvenuto que conoció a Maria Luisa en París y la visitó en su apartamento de Passy, donde figuraba como modista distinguida y a quien ella abrazó al verlo por primera vez, conmovida por el parecido que tenía con su hijo muerto. Volví a sentir la falta de Sergio [Benvenuto] para hablar con él del asunto y hasta te diría que recién sentí con toda su fuerza la absoluta irrevocabilidad de esa falta. Hablé a Elsa [Methol] en La Habana y le pedí que tratara de agenciarse literatura soviética sobre el tema. Hablé con Olga [Montero] que le compró la casa y hablé con su hijo que junto con mi hijo Rodrigo recibieron a Abrek. Actué como si tuviera que hacer una investigación pero en realidad quería tener la ilusión de que yo podía intervenir en el pasado de tal manera de poder mirar a María Luisa en aquellos momentos de hace más de treinta años a la luz de lo que ahora sabía de ella".

Fló se lamentaba por no haber valorado lo suficiente a "la Coronela", como empezó a llamarla. "Que se hubiera infiltrado como secretaria de Trotsky, que se hubiera arrojado en paracaídas en la zona de la Unión Soviética ocupada por los nazis para integrarse a la guerrilla. Que hubiera accedido, extranjera y mujer, al grado de coronel de la seguridad del estado soviético. La mujer de Felisberto... nuestra amiga…", le escribió al cónsul.

Barenka quedó pasmada. Durante quince años habían compartido tantas confidencias, pese a la diferencia de edad. Era la madrina de su hijo.

—Esto me produce mucha desazón. Mi padre estaba al lado de Luis Batlle (presidente de la república). Mi tío, Arturo Lezama, era presidente del Consejo de Gobierno. No creo que hubiera llegado a

sacarles ninguna información. Ni me sacó información ni me utilizó de correo, pero ¿se vinculó a mí por mí misma o por los lugares que ocupaba mi familia? ¿Hasta dónde me utilizó?

Su voz es la del resto de los amigos: ¿todo había sido una ficción?

Con el tiempo, la consternación inicial fue cediendo y aparecieron las reflexiones. Mario Fernández se apenó de que no hubiera intentado contactarlo en 1987, cuando él viajó a Moscú en una misión oficial. Pero ¿cómo iba a explicarle ella su presencia allí? Fló consideró los últimos meses en el Uruguay. Había estado "quebrada por la transformación del mundo al que ella dedicó su vida. Su superior, Pável Sudoplátov, estaba preso. El jerarca de la KGB, Beria, fusilado. No solo el mundo de los aparatos, sino el mundo directo de las personas con que trabajó y sus referencias de honestidad, dureza, los puros y los duros, todo se había puesto en cuestión. Su mundo se cae a pedazos. Todo ha sido aventado por un huracán". En virtud de una vida tan heroica, le confió Mario a Fló, todos ellos deberían enorgullecerse por haberla conocido, y porque Montevideo hubiera significado *el reposo del guerrero*. Seguramente el cónsul contrastaba las apacibles cenas de Williman con la guerrilla en la retaguardia alemana. Pero él, por entonces, no tenía la información que yo encontré en el Churchill College. Una mirada retrospectiva sobre las operaciones en esos años pone en duda la idea del reposo.

Había llegado la hora de los archivos. Cuando estuvimos en Cambridge, Tasya y yo encontramos en la página 407 de la carpeta K-19 el nombre Patria transliterado al alfabeto ruso. Auxiliada por un espía mexicano, nuestra María Luisa había logrado reclutar a la

embajadora mexicana en Israel, Rosario Castellanos, que además era escritora y periodista. Patria volvió a aparecer en la carpeta junto al agente Greek, por la obtención de un pasaporte argentino para una ilegal recién llegada. En este caso, el 5 de abril de 1966, María Luisa consiguió un certificado que establecía que la agente soviética había nacido en Valentín Alsina, en el partido de Lanús de la provincia de Buenos Aires, que era argentina y soltera. Patria y Greek habían participado como garantes en la emisión del documento. En 1971 y 1972 *Patriya* fue enviada a Israel con la misión de contactar agentes existentes y reclutar a potenciales nuevos. Sin reposo, María Luisa tenía sesenta y dos años y seguía siendo una guerrera. Eso fue todo lo que pude ver en Cambridge. Los datos eran fulminantes, pero acotados. Nada sobre el asesinato de Trotsky, ni una alusión al Uruguay. Las dos misiones que detecté —en Argentina, en Israel— eran menos que escasas, miserables, comparadas con las grandes operaciones en las que ella había participado.

De todos modos, pensé mientras caminaba con Tasya por esas callecitas medievales, el viaje a Inglaterra no había sido en vano. Esa rala información era nuestra: de Esther Dosil, de Barenka, de Chichí, de los niños de los dormitorios; era nuestro fragmento de verdad sobre María Luisa. Por más moderados que hayan sido los resultados, no dejó de ser excitante ver su nombre en los míticos Archivos Mitrokhin. El Imperio británico, entonces, no solo atesora la historia material —momias, esculturas, jeroglíficos— de Grecia, Egipto, Etiopía, el Oriente Medio. También contiene una brizna de nuestra historia personal, la de Luis Ramírez, la de mi hermano, ese vellón apelmazado que guarda los días felices de nuestra infancia.

Montevideo había sido "un amparo, un respiradero, que evitaba la asfixia de la militancia perpetua", dijo Tucho Methol, de los nuestros el que tuvo más trato con ella. El amigo de mi padre pensaba que "nuestro círculo de amistad era algo que la involucraba, pero no la ponía en riesgo y la aseguraba, le daba una sociabilidad no susceptible de despertar sospechas porque todos pensábamos diferente". Ella le había dicho, después de la muerte de Valentino, que los últimos años habían sido los más felices de su vida. ¿Los de Montevideo, los años más felices de su vida? En un diálogo con su alumna Ivánovna, muchos años más tarde, utilizó la misma frase, pero para referirse a la lucha partisana. Tucho le creyó, claro. Yo le creo a la alumna. Tucho Methol quería creer que nuestro Montevideo había significado para ella algo más que una misión política. ¿Y eso no es lo que todos nosotros habríamos deseado? Haber representado algo más que vehículos para alcanzar objetivos, coberturas para su tapadera. ¿Y si todo —Montevideo, los suspiros de Génova, su amor por los chiquilines, su amistad con Chichí, las conversaciones con Tucho— había sido *taqiyya*? En su libro *V13. Crónica judicial*, Emmanuel Carrère menciona el fingimiento que debían practicar los antiguos religiosos musulmanes y chiitas cuando no tenían la libertad de expresar sus creencias. La *taqiyya* es un modo de sobrevivencia con infinitos planos de significado. En determinadas circunstancias puede ser la única forma de resistir en una sociedad que representa al enemigo. La idea de la *taqiyya* es la flecha envenenada que atormentó a Tucho, Fló y todos los demás durante varios años. Un dispositivo paranoico sin fin.

Con estos pensamientos en mente, yo sostengo la teoría de la *taqiyya*.

Todo, todo fue fingimiento. La estadía en Génova, la hija de Valentino secuestrada: una mascarada de principio a fin. Valentino tuvo una hija, pero no había nacido en Uruguay, vivía en la Unión Soviética y nunca viajó a Túnez. La tristeza en las rocas de Punta Carretas, los sollozos ante la empleada del consulado: *taqiyya*. Teresa no existe ni existió nunca. El pasaporte que María Luisa le pidió al cónsul Mario Fernández, como prueba Mitrokhin, tenía por destino la cobertura legal de la agente Irena Viktorovna, alias Zuhlyena. Me contradigo. Teresa Isabel Maristán existió: fue uno de aquellos niños a los que María Luisa, o Esther Dosil, robaron el nombre en el cementerio y registro de Paysandú. Las memorias de José Gros, el español que luchó con ella en Ucrania, corroboran que María Luisa viajó desde Génova hacia Ginebra y desde allí a Moscú. El español la visitó en su casa moscovita en 1968 o 1969. Al enterarse de la historia de Génova por una carta de Mario Fernández, Fló deslizó una suposición: "Es para mí evidente que ML estaba en esos momentos pasando por una crisis radical. Que después de sus largos años montevideanos, sin dudas los más apacibles de su vida, su contacto de antiguos compañeros o jefes envueltos en las terribles luchas internas la hizo estar a punto de abandonar el destino por el que había optado a fines de la Guerra Civil y que al final no quiso o no pudo tomar esa decisión. Ese nuevo sesgo de la historia que yo ignoraba (porque de las lejanas conversaciones contigo en tu primer regreso a Montevideo, me había quedado la idea de que no la habías podido ubicar y que parecía que se la había tragado la tierra, pero había olvidado todo lo demás, si es que lo supe) me hizo sentir que la idealización épica que había sido mi primera imagen cedía ante la complejidad dolorosa que no

podía sino acompañar a aquellas opciones y su creciente ambigüedad".

Si bien es posible que en el seno de la vieja guardia uruguaya María Luisa haya sentido ese amparo que mencionó Tucho, pienso que sus operaciones en Chile, en Perú, en Buenos Aires y los viajes a Pando y a Tacuarembó no se trataron, como quiso imaginar el cónsul, del *reposo del guerrero*, o que esos años hayan sido los "más apacibles de su vida", como opinaba Fló. La traducción de aquella carta que mandó al Centro luego de la muerte de Valentino termina así: "La situación en el país es ahora extremadamente tensa y un golpe militar es inevitable. Tengo la oportunidad de desarrollar contactos previos interesantes. Creo que puedo seguir realizando trabajos de inteligencia. Estoy en un estado de ánimo de lucha".

Estoy en un estado de ánimo de lucha.

En resumidas cuentas: para nuestro dolor, para nuestro orgullo herido, Montevideo no fue más que otra misión. Los papeles Mitrokhin de Cambridge ratifican que en los años siguientes a la etapa sudamericana siguió trabajando como agente en Israel y como instructora en la Unión Soviética.

Y pese a todas esas razones, en mi fuero más íntimo quisiera creer que en su relación conmigo no aplicó la *taqiyya*, que *La cuarta altura* no era *taqiyya.* ¿La visita al niño Luis Ramírez en la escuela agraria fue *taqiyya*? ¿El regalo de la bicicleta, las charlas en el patio de claraboyas?

Capítulo 23

Todos ellos eran brujos

Montevideo, 1997-1998, 2017-2018, 2025

Quizá porque llevaba tantos años viviendo en Cuba y sobre todo porque había conocido a María Luisa desde los comienzos en Montevideo, Elsa Methol me contó particularidades que nadie había mencionado: los primeros años con Felisberto, su libertad sexual, el hijo muerto que explicaba la devoción por los niños. En un restaurante ruso del Malecón, rodeadas de retratos de Lenin y de hermosos afiches constructivistas, fuimos desenlazando juntas la narrativa compleja de amores, traiciones y sigilos del clan montevideano. Porque los encubrimientos de María Luisa eran una versión hiperbólica de los encubrimientos de mis padres y de sus amigos, ellos también agentes ilegales de sus asuntos privados, con sus maletas de doble fondo y sus actividades pantalla. Más sencillas que las de la KGB, las texturas de las tramas de engaños y duplicidades entre los amantes, examantes, cómplices y futuros amantes se entrecruzaban con sus actividades como intelectuales comprometidos con las causas revolucionarias. ¿O acaso nuestros padres no nos habían mentido, a mi hermano y a mí, durante

aquellos siete años uruguayos? Nuestro padre vivía en Buenos Aires, nos habían dicho, porque estaba *haciendo la revolución*. Por esa razón solo venía una vez cada tres o cuatro semanas a visitarnos a Montevideo. Los dos o tres días en que dejaba de *hacer la revolución* para viajar a vernos dormía en el catre que solía ocupar mi madre en el living, al que llamábamos, dándonos aires, *chaise longue*. Entonces mi madre compartía conmigo el versátil mueble que nos había dejado Elsa Methol antes de irse a Cuba: un viejo ropero que, puesto de costado y con un colchón encima, se convertía en cama. Mi madre, en complicidad con mi padre, nos había ocultado que mientras *hacía la revolución* en Buenos Aires, él tenía otra esposa, aquella joven que había rechazado la relación triangular.

En octubre de 2017 se reveló que Vivian Trías, uno de los más conspicuos integrantes del grupo de intelectuales uruguayos, había sido agente del servicio de inteligencia checoslovaco desde 1964 hasta 1977. Era un dirigente socialista cercano al círculo amistoso de mis padres. Cuando mi hermano lo visitó en Montevideo en la primavera de 2018, el historiador López D'Alesandro le regaló un ejemplar de su libro *Vivian Trías. El hombre que fue Ríos* y le aconsejó que buscara unos documentos desclasificados de la Marina uruguaya: "Hay una carpeta donde figuran los movimientos de tu familia". Mi hermano se quedó de una pieza. Y entonces, al despedirse con un apretón de manos en el umbral de la librería Puro Verso, el susurro: "Montevideo es un nido de espías". No estaban en el año 1948, cuando se creó el más importante aparato de espionaje de América Latina. ¿Montevideo, un nido de espías? ¿Nuestros

padres, vigilados por la inteligencia uruguaya? ¿Cuántas inteligencias nos estaban espiando?

Vivian Trías, contertulio de mi madre en las mesas del Sorocabana. Uno de nuestros autores de la editorial Coyoacán, corresponsal de mi padre. Para mi hermano y para mí su nombre era poco más que el número siete, el color gris de nuestros juegos y el título *El imperialismo en el Río de la Plata*. Aun así, la noticia fue una bomba. Mi hermano ya había empezado a indagar en la vida de María Luisa y este golpe le pareció excesivo. En la película *El bebé de Rosemary* el personaje de Mia Farrow recibe un libro que un amigo logra enviarle antes de morir misteriosamente. El título parece contener un mensaje cifrado: "Todos ellos eran brujos". Mia Farrow palidece. Sus vecinos, los amigos de su esposo, los médicos, ¿todos ellos eran brujos? La revelación sobre Vivian Trías nos clavaba un cuchillo a los vivos y a los muertos. Ponía en entredicho cada una de las afirmaciones de nuestros amigos, quemaba con la lupa ardiente de la sospecha a todos los que habían estado relacionados con María Luisa de una manera u otra. Tucho Methol, quien cuidaba su casa; Olga Montero, íntima de mi madre, que se la compró; el cónsul Mario Fernández; su esposa Chichí. Esther Dosil grabó el casete con sus revelaciones en 2008, antes de morir. Recién con la publicación de este libro verá la luz.

El Archivo Mitrokhin develó los nombres de dos diplomáticos uruguayos. Uno de ellos, Yamandú Laguarda, alias Ardita, había sido nombrado embajador en Israel en 1969, un año antes de que María Luisa fuera enviada allí. El otro, solo mencionado por su nombre en clave, Gor, había sido cónsul en Génova en 1967. Nuestro Montevideo ardía en llamas.

En los cafés de la Ciudad Vieja se contaba la historia de la librería El Bibliófilo de Bogotá, financiada por la Unión Soviética. Luego de la caída del Muro de Berlín, quedó suspendida en el aire. No recibieron más cheques ni noticias provenientes de Moscú. Los libreros que la regenteaban, desconcertados, dejaron pasar los días, los meses, y en algún momento comprendieron que, como si se tratara de una entidad geométrica de la física, se hallaban ante un espacio sideral, un espacio vacío que ellos, si se comportaban con discreción y habilidad, podían ocupar.

Eureka.

El apartamento de Malvín en el que permanecimos durante siete años, ¿a quién pertenecía? Nunca, jamás, ni mi hermano ni yo escuchamos hablar del pago de la renta. Mientras vivimos con nuestros padres, los telegramas de intimación, las cartas documento, los embargos y consiguientes desalojos fueron la moneda común de los alquileres familiares. Tanto que no solíamos permanecer en la misma vivienda más que uno o dos años; el nomadismo y el arte de la fuga era nuestro modo de vida. El hogar que nos hospedó durante la mayor cantidad de años fue, por lejos, el de Malvín.

La historia de El Bibliófilo era una parábola.

Eso pudo haber sucedido con el apartamento de la calle Colonia *traspasado* a la costurera María Barrios, con la casa de la calle Williman *vendida* ("tres vintenes") a Olga Montero, con nuestro apartamento *alquilado* de Malvín, que antes habían ocupado Elsa y su familia y luego Tucho Methol y Monona y más tarde Olga y su hijo. Eso debió de ocurrir con el anticuario y las sospechosas "muchachas conocidas" que lo compraron.

Tucho Methol, intelectual católico de la Teología de la Liberación desde la Praxis Pastoral, asesor no rentado del papa Pablo VI, modesto hasta el punto de vivir durante varias temporadas de prestado en la casa de Williman, no pudo ser un espía de la KGB.

El tiempo en que se alojó en nuestro apartamento, Elsa Methol enchufaba la lavadora de ropa en el pasillo para usar la electricidad del edificio, porque le habían cortado el suministro por falta de pago. Ese era nuestro *lifestyle*. ¿Y no iba y venía de Cuba? Era absolutamente imposible que Elsa fuera una espía soviética.

¿Chichí? ¿Mario? María Luisa debe de haberse acercado a ellos, sin dudas, por su vinculación con la diplomacia. Y debe de haberles sonsacado —para luego reportar al Centro— toda la información que pudo. El hecho de que Mitrokhin lo mencionara con un nombre clave no convierte a Mario en un espía sino, a lo sumo, en un *informante involuntario*. Así deben de haberlo considerado los burócratas de la KGB, ya que no figuraba su nombre real.

El Archivo Fló contiene un informe con la carátula "Secretísimo. Fuente delicada". El escrito proviene de un exagente de la KGB de "probada confiabilidad, con el acceso directo pero parcial". El texto, tipeado en una antigua máquina de escribir, recomienda que el material "debe ser conservado y visto únicamente por parte de personal adoctrinado". No me fue posible establecer el origen de este escrito, que tiene varias páginas, pero su concordancia con el Informe Mitrokhin garantiza la autenticidad. El texto anticipa la acción de María Luisa en Génova con Mario y Chichí detalle por detalle. Por su extravagante gramática, podría tratarse de una traducción del ruso. El punto 22 dice: "La historia de la cobertura de Zuhlyena (una agente rusa) se basa en el hecho de que la doble (la

niña muerta) había nacido en Uruguay y que la ilegal sabía el francés y el español. La ilegal Patriya (María Luisa) había obtenido una partida de nacimiento el 22 y el 27 de abril 1965. El plan era el siguiente: Patriya, hurgando entre los papeles del difunto marido, había descubierto que este tenía una hija, que ella había decidido adoptar. La hija era Zuhlyena. La operación no tuvo sucedido (sic) porque Gor (Mario Fernández) decidió mantener sus relaciones en un plan oficial en 1968".

Los papeles de Fló testifican la obsesiva investigación que emprendieron Chichí y Mario desde Génova y Brasilia. Rastrillaron documentos de la diplomacia soviética en Italia, en Brasil y en España; averiguaron que María Luisa daba clases de espionaje en las oficinas de la KGB de Moscú; entrevistaron a la sobrina nieta de Caridad Mercader en Roma; anotaron que aunque decía haber nacido en un pueblo de la Gran Milán, Valentino dominaba la lengua romanesca y hasta recitaba a los poetas toscanos; Chichí recordó haber visto en Milán algunos camiones de la compañía transportadora que presuntamente había pertenecido al italiano. Su hija Jimena, intrigada por esa madrina novelesca a la que no llegó a conocer, desde Montevideo se dedicó a indagar en la biografía de Felisberto para llegar a María Luisa desde un punto de vista transversal. En una carta a Fló, el cónsul reseñó su entrevista con el segundo de la embajada rusa en Brasilia, un tal Vorodin, en el que detectó "reflejos estalinistas" por un comentario que le hizo: "Usted sabe, embajador, muchos de sus dirigentes eran judíos". Vorodin aportó datos que Mario envió a Fló. ¿Y desde Génova Mario y Chichí no habían llamado a Interpol, a las Policías italiana y francesa?

El círculo de mi investigación cerraba, no había dudas, en Montevideo. Quería saludar a los Benvenuto; a Amparo Rama, la viuda de Fló; al hijo de Tucho Methol. El Cabeza estaba en Brasil, pero pasaría a darle un abrazo a su hermano menor. Amparo Rama no solo era la hija del más grande escritor uruguayo y la curadora del Archivo Fló: su madre era la extraordinaria poeta Ida Vitale, la misma que le encargó el *tailleur* para su casamiento a María Luisa.

Y debía tener una última conversación con Fernando Barreiro.

—¿El cónsul habrá llamado realmente a Interpol? —me pregunta.

—Pero el informe "Secretísimo. Fuente delicada" provino de Vorodin, ¡que contactó el mismo Mario!

Así discutíamos.

Fló, desde su rancho de Bella Vista, sin agua potable ni luz eléctrica. Fló consiguió partidas de matrimonio, de defunción, fotos de pasaportes, documentos de identidad apócrifos y auténticos en la pesquisa que dio por resultado su valioso archivo. Sus cartas hablan por él, atestiguan su lugar del lado de los *puros*.

Luego de recibirse de psicóloga, Esther entró a trabajar en una institución vinculada a un organismo internacional de ayuda a sobrevivientes del Holocausto. Con este trabajo logró comprarse un apartamento grande en la avenida Brasil, en el barrio residencial de Pocitos y a solo siete cuadras del mar. No me fue posible establecer el nombre exacto de la institución que la empleó, o si su bonanza provino de fondos estadounidenses, israelíes, rusos o de otro origen. Tal bonanza no fue tanta ni se transmitió a sus hijos, que no parecen vivir con holgura. La casita de Lagomar con su escuálido patio ni siquiera es propiedad de Luis Ramírez, que la alquila.

¿Y mi madre?

¿Ella también era bruja? Si la KGB hubiera sido una organización perteneciente a la Cuarta Internacional trotskista, podría haber alguna razón para sospechar. Con la salvedad de que mi hermano y yo sabemos *de primerísima mano* que nuestra madre no tenía entonces ni tendría luego ni un centavo. Si hubiera trabajado para un organismo de inteligencia extranjero, durante los veranos nuestra manteca Conaprole se habría enfriado, es probable, con algún artefacto de refrigeración más efectivo que el marco de la ventana. ¿Y no estaba fichada por la inteligencia de la Marina uruguaya?

Y sin embargo.

Fernando Barreiro, que entrevistó a tantos personajes de esta historia entre 1997 y 1998, quedó con la impresión de que entre los más cercanos se había establecido una especie de pacto de discreción para proteger a la vieja amiga. Mario Fernández empezó su entrevista con la frase: "Esta conversación no existió". Prefería guardar cierta cautela porque se sentía "atado por una amistad entrañable"; porque la historia le resultaba muy dolorosa; por "sus connotaciones extrañas"; por temor a que "salieran los cuervos". Los otros reportajes tampoco fueron fáciles. Algunos no aceptaron el grabador, se mostraron reticentes, hablaron con rodeos. Casi todas las entrevistas se tuvieron que repetir no una sino varias veces. Fernando Barreiro tuvo la sensación de que *todos sabían*.

Sin saber o sabiendo, por glotones, por *lumpenproletariat*, por haraganes, por necesidad de una abuela, de una madrina o de una niñera, desde Felisberto hasta mí, todos habíamos aceptado obsequios, favores, alquileres, propiedades, madrinazgos, masitas del Oro del Rhin. Ninguno hizo demasiadas preguntas a la hora de recibirlos.

Las actas catastrales uruguayas sientan constancia —firmaron "enajenantes", firmaron "adquirentes"— de que todos los figurantes de esta obra tuvimos un papel. Trotskistas y estalinistas, católicos, dandis, altos políticos o bohemios, gurisas y gurises, los miembros de los circuitos amistosos de María Luisa fuimos usufructuarios, tenedores, legatarios —silenciosos, cómplices— de los beneficios secundarios del accionar del Comité para la Seguridad del Estado soviético, la agencia de policía política más sangrienta de la historia del siglo XX.

El último párrafo de un texto que alguna vez leí podría ser —más quisiera yo— la conclusión de este libro: "La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todos, porque sustancialmente era cierta. Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido: solo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios".

Pero no.

¿A cuento de qué intentar un final literario ahora? En tal caso, esta investigación merecería un cierre acorde con un tratado forense, con un ensayo freudiano, ya que sería demasiado presuntuoso incluirlo en el género de la tragedia griega. Pero verdadero es que no pude huir de mi destino. Al final, terminé escribiendo un libro sobre mi madre. Sobre mi padre, sus amantes, su revolución. Una lectura posible de mi propia vida podría ser que mi lucha fue la lucha por intentar huir de sus universos ideológicos y mi artilugio más eficaz (o el que creí más eficaz) fue meterme en una máquina del tiempo que me alojara lejos de su revolución, de su moral, del espíritu de la época.

¿No estaba a salvo?

No, no, parecen decirme Tucho, Fló, Elsa Methol, como figuras edípicas admonitorias: para escribir este libro tuviste que meterte en la guerra civil española y en las mesas del Sorocabana, en las mentiras de tu madre y de tu padre y en el asesinato de Trotsky. Entonces, ¿fracasé en mi gesta emancipadora? ¿Como Edipo, como Michael Corleone, cuando pensé que estaba afuera, me volvieron a meter?

Colofón

África de las Heras volvió a la Unión Soviética en 1967. Formaba parte de la más encumbrada elite del Servicio Exterior. Fue distinguida en ocho oportunidades. Por su participación en el movimiento guerrillero durante la Segunda Guerra Mundial, recibió las órdenes de la Guerra Patria de Segundo Grado, la Estrella Roja y dos medallas: Por la Valentía y Guerrillero de la Guerra Patria de Primer Grado. Por su trabajo de espía obtuvo una segunda Estrella Roja y una segunda medalla Por la Valentía. En marzo de 1976 le dieron la orden de Lenin, la máxima condecoración que otorgaba la Unión Soviética. Desde 1973 trabajó como instructora de agentes de inteligencia destinados al extranjero en las oficinas moscovitas de la KGB y en una academia cercana al metro de Belorusskaya, posiblemente en la escuela de Malájovka. En Moscú se veía con Ramón Mercader y otros miembros de la comunidad española. Durante un tiempo tuvo trato frecuente con la hija real de Valentino. En 1985, a los setenta y seis años, se retiró del servicio activo de la KGB con el grado de coronel. Fue propuesta entonces para la más alta distinción del servicio secreto, Colaboradora Honoraria del Comité para la Seguridad del Estado. Solo los grandes espías la habían obtenido. Sus condecoraciones superaron a las recibidas por cualquier otro español. Murió en Moscú el 8 de marzo de 1988, a los setenta y ocho años. Tuvo la suerte de no ver el desmoronamiento

del bloque soviético. Fue enterrada con honores militares en el cementerio moscovita de Jovaánkoye. En su testamento dejó su apartamento al Servicio Federal de Espionaje (SFE) para ser usado como piso franco en encuentros con ilegales. Al conmemorarse treinta y un años de su muerte, Rusia le dedicó un sello postal en reconocimiento a su labor de más de cuarenta y cinco años. Su lápida tiene su rostro grabado con un texto en ruso: "Coronel África de las Heras, 1909-1988" y en español, su nombre clave: "Patria".

Nota

Aunque en este libro se la menciona como KGB, la policía secreta del Estado soviético tuvo distintas denominaciones, desde la Checa de 1917.

Febrero de 1922: Checa. Se incorporó al NKVD como GPU.

Julio de 1923: OGPU.

Julio de 1934: se reincorporó al NKVD como GUGB.

Febrero de 1941: NKGB.

Julio de 1941: se reincorporó al NKBD como GUGB.

Abril de 1943: NKGB.

Marzo de 1946: MGB.

Octubre de 1947: Inteligencia Exterior.

Noviembre de 1951: se transfirió al KI.

Marzo de 1953: MVD.

Marzo de 1954: KGB.

Agradecimientos

A mis editores Roberto Montes y Julia Saltzmann, a los editores María Fasce y Juan Boido. A mi tarotista Ana Laura Pérez. A mis agentes Andrea Montejo y Paula Canal de Indent Literary Agency y a Gabriela Esquivada. Al Departamento de Producción de Penguin Random House. A la traductora Evgeniya Tvorogova, a los investigadores Clara Sánchez Sorondo, Antonia Frattini y Félix Kornberg, de la Universidad Di Tella; Manuel García Gándaras y Eugenio Arditi Ramos, de la Universidad de Buenos Aires.

A Elisa Browne, de Harvard University; Hannah James, del Records Manager & College Archivist del Churchill College, Cambridge; Museo Casa de León Trotsky de Ciudad de México; Biblioteca Nacional Mariano Moreno de Buenos Aires; Registro Civil de Ceuta; Colegio del Sagrado Corazón de Jesús de Madrid; Asociación Niños de Rusia; Interdom (Internado Internacional de Ivánovo); Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes; Archivo Central de la Dirección General de la Policía de España.

A África de las Heras Martínez (Afri), María del Carmen Rodríguez de las Heras, Anya y Maxim Kovatlatch, Luciano Galicia y familia, Rodrigo y Diego Fló, Marcos Methol, Myriam, Mercedes, Sonia y Alejandro Benvenuto, Amparo Rama, Jimena y Javier Fernández Bonelli, Belén Sastre, Adhemar Bianchi, Paloma Ramírez, Javier Juárez, Fernando Guyer González.

A Liliana Viola, Vera y Andy Fogwill, Pablo Solberg, Alan Pauls, Pablo Wisznia, Andrés Di Tella, Mercedes Güiraldes, Mercedes Hernáez, Guillermina Baiguera, Verónica Rossi, Gabriela Ubaldini, Samuel Basz, Gustavo Lipovetzky, Gabriel Bouzat, Lucas Salomón, Pía Paullier, Enrique Fossatti, Sebastián Soler. A la librería Caleidoscopio. A Fabiana Plaza, Pablo Daniel González y mis vecinos de la comunidad utópica de la calle Juramento.

Como siempre, a mi adorada familia: Faby Carvallo y Jorge Abelardo, Paula Natacha, Víctor, Josefina, Victoria, Joaquín, Francisco y Rosario Ramos. Cerrando el círculo, a Gustavo Arditi, Luisa, Francisca y, *last but not least*, Eugenio Arditi Ramos.

Bibliografía

Libros

ARASA, Daniel. *Los españoles de Stalin.* Barcelona: Vorágine, 1993.

BACCHETTA, Víctor L. *El asesinato de Arbelio Ramírez. La república a la deriva*. Montevideo: Doble Clic Editora, 2010.

BARBEZAT, Suzanne. *Frida Kahlo en su casa*. Ciudad de México: Quarto Publishing, 2017.

BEEVOR, Antony. *Stalingrado*. Buenos Aires: Planeta, 2000.

BROUÉ, Pierre. *Trotsky*. París: Fayard, 1989.

BURDMAN FEFERMAN, Anita. *From Trotsky to Gödel. The life of Jean van Heijenoort*. Wellesley: A K Peters/CRC Press, 2000.

CIMORRA, Eusebio; Mendieta, Isidro, Zafra, Enrique. *El sol sale de noche.* Moscú: Editorial Progreso, 1970.

DEL ROSAL, Amaro. *1934: movimiento revolucionario de Octubre*. Madrid: Akal, 1983.

DEUTSCHER, Isaac. *Trotsky. El profeta desterrado*. México: Era, 1975.

DÍAZ, José Pedro. *Felisberto Hernández. Vida y obra*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata, 2015.

DOMÍNGUEZ, Carlos María. *Tola Invernizzi. La rebelión de la ternura*. Montevideo: Trilce, 2001.

DOMÍNGUEZ, Carlos María; Gilio, María Esther. *Construcción de la noche*. Buenos Aires: Planeta, 1993.

ELOY MARTÍNEZ, Tomás. *Lugar común la muerte*. Buenos Aires: Alfaguara, 2014.

EMILIANI, Angelo. *Giovanni Bertoni. Un romagnolo nel KGB*. Cesena: Società Editrice Il Ponte Vecchio, 2019.

ETKIN, Carlos Esteban; Ivanovna Trotskaia, Natalia. *Natalia Sedova Trotsky contra Editorial Tor. Denuncia y querella por falsificación del libro "Vida de Lenin"*. Buenos Aires: Indoamérica, 1948.

GALL, Olivia. *Trotsky en México y la vida política en tiempos de Lázaro Cárdenas (1937-1940).* México: Itaca, 2012.

GARCÍA IGUAL, Arturo. *Entre aquella España nuestra… y la peregrina*. *Guerra, exilio y desexilio*. Valencia: Universidad de Valencia, 2005.

GARCÍA, Consuelo. *Las cárceles de Soledad Real*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1988.

GIRALDI DE DEI CAS, Norah. *Felisberto Hernández: del creador al hombre.* Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1975.

GONZÁLEZ, Lucas; Boragina, Jerónimo; Dorado, Gustavo; Sommaro, Ernesto. *Voluntarios argentinos en la Guerra Civil Española*. Buenos Aires: Ediciones del CCC, 2008.

GROS, José. *Relatos de un guerrillero comunista.* Buenos Aires: Editorial ATE, 1977.

HERNÁNDEZ, Felisberto. *Cartas. Cartas y partituras*. Córdoba: Buena Vista Editores. 2018.

——— *Las Hortensias y otros cuentos*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

HERNÁNDEZ, Jesús. *Negro y rojo*. Ciudad de México: Editorial España Contemporánea, 1946.

HERRERA, Hayden. *Frida. Una biografía de Frida Kahlo*. Ciudad de México: Editorial Dana, 1983.

ILINÁ, Elena. *La cuarta altura*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1950.

JUÁREZ, Javier. *Patria*. *Una española en el KGB*. Barcelona: Debate, 2008.

KOHAN, Martín. *1917*. Buenos Aires: Ediciones Godot, 2017.

LÓPEZ D'ALESANDRO, Fernando*. Vivian Trías. El hombre que fue Ríos. La inteligencia checoslovaca y la izquierda nacional (1956-1977*). Montevideo: Debate, 2019.

MARX, Karl. *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Buenos Aires: Ediciones Brumario, 1974.

MEDEIROS, Paulina. *Felisberto Hernández y yo*. Montevideo: Biblioteca de Marcha, 1974.

MEDVÉDEV, Dmitri N. *La guerrilla soviética*. Barcelona: Ediciones Destino, 1964.

MERCADER, Luis*. Mio fratello l'assassino di Trotskij*. Torino: UTET, 2005.

MÉRICA, Ramón. *Agonistas y protagonistas*. Montevideo: Arca, 1976.

MIJÁILOVICH DOLGOPÓLOV, Nikolái. *Espías Legendarios I. La radiotelegrafista favorita de Nikolái Kuznetsov: África de Las Heras*. Moscú: Molodaya Gvardiya, 2021.

MITROKHIN, Vasili (compilador). *Tales of the Cheka*. Londres: The Yurasov Press, 2008.

——— *KGB Lexicon. The Soviet Intelligence officer's Handbook.* Londres: Frank Cass & Co, 2002.

MITROKHIN, Vasili; Andrew, Christopher. *The Mitrokhin archive. The KGB in Europe and the West*. Eastbourne: Gardners Books, 2000.

——— *The sword and the shield. The Mitrokhin archive and the secret history of the KGB.* New York: Basic Books, 1999.

——— *The world was going our way. The KGB and the battle for the third world.* New York: Basic Books, 2005.

MOLINIER, Raymond. *Trotsky vive. 50 años después. Memorias de un militante trotskista*. Buenos Aires: Ediciones Letra Buena, 1992.

PONIATOWSKA, Elena. *Tinísima*. Ciudad de México: Seix Barral, 1992.

PRIETO, Indalecio. *Convulsiones de España. Obras completas, tomo II*. Ciudad de México: Editorial Oasis, 1968.

ROSS, Marjorie. *El secreto encanto de la KGB. Las cinco vidas de Iósif Griguliévich*. San José de Costa Rica: Norma, 2004.

RUBENSTEIN, Joshua. *Leon Trotsky. A revolutionary's life*. New Haven: Yale University Press, 2011.

SÁNCHEZ MONTOYA, Francisco. *Mujeres ceutíes olvidadas*. Madrid: Editorial Avant, 2023.

SATOW, Roberta. *Two sisters of Coyoacán*. Kindle Edition, 2017.

SERNA MARTÍNEZ, Roque. *Heroísmo español en Rusia, 1941-1945*. Madrid, 1981.

SUDOPLÁTOV, Pável; Sudoplátov, Anatoli. *Operaciones especiales*. Barcelona: Plaza & Janés, 1994.

TARCUS, Horacio. *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Emecé, 2007.

TROTSKY, León. *Oeuvres. Décembre 1936 à février 1937*. Paris: Institut Leon Trotsky, 1982.

——— *Mi vida*. Madrid: Editorial Verbum, 1929.

——— *Writings 1939-1940*. New York: Pathfinder Press, 1969.

VALLARINO, Raúl. *Expediente Nardone. La CIA en Uruguay.* Montevideo: Planeta, 2007.

——— *Nombre clave: Patria. Una espía del KGB en Uruguay*. Buenos Aires: Sudamericana, 2006.

VAN HEIJENOORT, Jean. *Con Trotsky de Prinkipo a Coyoacán*. Buenos Aires: Ediciones IPS, 2014.

WERTH, Alexander. *Rusia en la guerra (I). De la invasión a Stalingrado*. Barcelona: Bruguera, 1970.

——— *Rusia en la guerra (II). De Stalingrado a Berlín*. Barcelona: Bruguera, 1970.

Artículos

ANTONOV, Vladimir. "Coronel África". *Revista de las FF. AA.*, 4, 2000.

BAJTER, Ignacio. "Cartas a Felisberto Hernández (1940-1963)". *Revista de la Biblioteca Nacional*, 10, 359-411, 2015.

BARREIRO, Fernando. "Historia de una espía del KGB en Montevideo". *Tres*, 20 de agosto de 1998.

BOSCH ALESSIO, Constanza. "Los orígenes de la cuarta internacional en Argentina. Liborio Justo y el caso del Grupo Obrero Revolucionario y la Liga Obrera Revolucionaria". *Diálogos. Revista Electrónica de Historia,* 18 (1): 199-223, 2017.

BROUÉ, Pierre. "Van, le militant, l'ami, l'homme". *Cahiers Léon Trotsky*, 26, junio de 1986.

Comité de Actividades Antiestadounidenses de la Cámara de Representantes de EE. UU. "Aspectos estadounidenses del asesinato de León Trotsky". 1950.

CORTESI, Arnaldo. "Trotsky dies of his wounds. Asks revolution go forward. Assassin says he broke with victim after exile asked him to carry out acts of sabotage in Russia". *The New York Times*, 22 de agosto de 1940.

DE TENA, Pedro. "Memoria de África: La comunista casi perfecta (I). Una autobiografía". *Libertad Digital*, 3 de agosto de 2020. Disponible en: https://www.libertaddigital.com/cultura/historia/2020-08-03/pedro-de-tena-memoria-de-africa-la-comunista-casi-perfecta-i-una-autobiografia-91298/

ERLAN, Diego. "La vida intensa de Raymond Molinier". *Revista de la Universidad de México*, noviembre de 2017. Disponible en: https://www.revistadelauniversidad.mx/downloads/46a930f5-3d0a-4d7e-9732-8fc2d09d9e79/rum-NOV.2017-pan%c3%b3ptico-la-vida-intensa-de-raymond-molinier.pdf

FERNÁNDEZ, Rodrigo. "La estrella española de la KGB". *El País*, 8 de marzo de 1998.

GALEANO, Eduardo. "Los asesinos están del otro lado de la trinchera". *Marcha*, 24 de agosto de 1961.

HERNÁNDEZ NIETO, Ana María. "Mis recuerdos". *Escritura*, 3/14, enero-dic. 1982.

LEV, Elin. "Gutiérrez, del KGB. De cómo Moscú preparó a una espía para infiltrarla en la España de Franco". *El País*, 4 de julio de 1993.

RAMA, Ángel. "Felisberto Hernández se nos fue. Burlón poeta de la materia". *Marcha*, 1190, 17 de enero de 1964.

SÁNCHEZ, Germán. "Espías españolas al servicio del KGB". *Cambio 16*, 1250, 6 de noviembre de 1995.

TROTSKY, León. "Carta de Trotsky a Espinoza", 1 de agosto de 1940. Archivo León Trotsky, Harvard College Library. Houghton Library, Universidad de Harvard, Massachusetts.

——— "Noticias a favor", carta a Jean van Heijenoort, 2 de agosto de 1940. Archivo León Trotsky, Harvard College Library, Houghton Library, Universidad de Harvard, Massachusetts.

——— "Preguntas sobre las declaraciones de la señora Carmen Palma", julio de 1940. Archivo León Trotsky, Harvard College Library, Houghton Library, Universidad de Harvard, Massachusetts.

VOLKOV, Vsevolod. "El asesinato de León Trotsky IV. La experiencia soviética de la Guerra Civil a la Segunda Guerra Mundial". Facultad de Humanidades y Ciencias de la educación, Universidad Nacional de La Plata, agosto 1999.

Artículos y documentos web

"Cronología". Marxist Internet Archive. Disponible en: https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/latin/60.htm

GALL, Olivia. "Octavio Fernández recuerda". *Boletín 4*. Centro de Estudios Investigaciones y Publicaciones León Trotsky, septiembre 2003. Disponible en: https://ceip.org.ar/Octavio-Fernandez-recuerda-822

LONDON, Eric. "Sylvia Ageloff y el asesinato de León Trotsky". World Socialist Web Site, 21 de febrero de 2021. Disponible en: https://www.wsws.org/es/articles/2021/02/20/sylv-f20.html

LORIS, M. (Jean van Heijenoort). "A letter to comrades in the Argentine" (20 de mayo de 1941). *International Bulletin*, 1(6),

julio de 1941. Disponible en: https://www.marxists.org/history/etol/writers/heijen/1941/05/argentine.html

POMERANIEC, Hinde. "Fui, vi y escribí. Mi abuelo, León Trotsky". *Infobae*, 22 de junio de 2023. Disponible en: https://www.infobae.com/cultura/2023/06/22/fui-vi-y-escribi-mi-abuelo-leon-trotsky/

RIBADERO, Martín. "La editorial Indoamérica: política editorial y proyecto intelectual (1949-1955)". Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición. La Plata, 31 de octubre al 2 de noviembre de 2012. Disponible en: http://coloquiolibroyedicion.fahce.unlp.edu.ar

VITALE, Ida. "Las mujeres de Felisberto". *Letras Libres*, 20 de junio de 2003. Disponible en: https://letraslibres.com/revista-mexico/las-mujeres-de-felisberto/

Archivos consultados

Archivo Fernando Barreiro, Montevideo, Uruguay.

Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Emigración política, Biblioteca Virtual de Prensa Histórica.

Archivo Jimena Fernández Bonelli, Montevideo, Uruguay.

Archivo Jorge Abelardo Ramos. https://abelardoramos.com/category/biblioteca/

Archivo José Arbelio Ramírez, Río de Janeiro, Brasil.

Archivo Juan Fló, Montevideo, Uruguay.

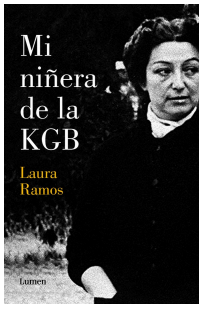
Archivo Methol Ferré, Asociación Civil "Alberto Methol Ferré", Montevideo, Uruguay.

Archivo Mitrokhin, Churchill Archives Centre, Churchill College, Cambridge University, Reino Unido.

Asociación Niños de Rusia, Oviedo, Asturias, España.

Entrevistas

África de las Heras Martínez (Afri)
Alejandro Gómez (hijo de Olga Montero)
Amparo Rama, viuda de Juan Fló
Belén Sastre, viuda de Alberto Methol Ferré (Tucho)
Elsa Methol
Fernando Barreiro
Javier Juárez
Javier Fernández Bonelli
Jimena Fernández Bonelli
José "el Cabeza" Ramírez
Luis Fernando Ramírez
Marcos Methol Ferré
María del Carmen Rodríguez de las Heras
Mercedes Benvenuto
Myriam Benvenuto
Olga "Monona" Pucurull
Rodrigo Fló
Sonia Benvenuto



La española África de las Heras fue captada por los servicios secretos soviéticos en 1937. Desde entonces, y por el resto de su vida, operó como una agente internacional de élite. Durante la Segunda Guerra llegó a tirarse en paracaídas sobre las tropas de la retaguardia alemana en Ucrania; en México participó en el asesinato de Trotsky; en París, en los años de la Guerra Fría, logró casarse con el escritor Felisberto Hernández con el fin de obtener la ciudadanía uruguaya y establecer un centro de la KGB en Montevideo. En su larga estadía allí, su camino se cruza con el de la autora, hija de una pareja de políticos e intelectuales trotskistas argentinos. Para la niña Laura Ramos, África de las Heras era María Luisa, "la modista", una española afable, cercana y generosa, que cuidaba y consentía niños sin pedir nada a cambio. Más de medio siglo después de aquellos días en los que la tuvo por niñera, Ramos descubre su verdadera identidad. A partir de allí, emprende un viaje alucinante tras los pasos de África que hace pie en Ceuta, Barcelona, México, La Habana, Cambridge y Montevideo, donde llega a encontrar a la familia que la espía había cooptado para los sóviets. Inesperadamente, su investigación termina develando dos casos policiales irresueltos en Uruguay: el de un supuesto intento de

asesinato del “Che” Guevara y el crimen del último marido de la modista, un espía italiano. Ese viaje, es decir, este libro, se convierte al mismo tiempo en una exploración íntima de su propia historia e identidad. En ese gesto, y en los pliegues que lo configuran, se encuentra uno de sus hallazgos más singulares.



LAURA RAMOS

Nació en Buenos Aires en 1956. Vivió en Buenos Aires, Montevideo y México. Estudió Humanidades en universidades de Córdoba y de Buenos Aires. Su madre fue la feminista Faby Carvallo, también conocida como La Maga en los círculos bohemios de los años 40 y 50. Su padre fue Jorge Abelardo Ramos, historiador y político de izquierda, embajador en México y dos veces candidato a presidente de la Argentina. Escribe en *La Nación*, *Clarín* y *Página/12*. Sus crónicas y columnas autobiográficas inscribieron marcas que perduran en la escritura argentina. Es coautora del best seller *Corazones en llamas* (1991) y autora de *Buenos Aires me mata* (1993, llevada al cine en 1997), *La niña guerrera* (2010), *Infernales. La hermandad Brontë* (2018, Argentina; 2019, España) y *Las señoritas. Historia de las maestras estadounidenses que Sarmiento trajo a la Argentina en el siglo XIX* (2021). Su trabajo obtuvo el Premio de la Crítica al Mejor Libro de Creación Literaria 2021 de la Fundación El Libro y el Diploma al Mérito Konex 2024.

Foto de la autora: Alejandra López

Otros títulos de Laura Ramos en

penguinlibros.com





Fotografía de tapa: África de las Heras, militante comunista española y espía de la KGB.
© Album / Alamy / Coloso Images
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Lucrecia Rampoldi

© 2025, Laura Ramos
c/o Indent Literary Agency
www.indentagency.com

Edición en formato digital: octubre de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-84-264-9668-3

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**

Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Mi niñera de la KGB
Dedicatoria
Agradecimiento
Epígrafe
Primera parte
- Capítulo 1. La modista
- Capítulo 2. Los niños de María Luisa
- Capítulo 3. Los topos salen de las madrigueras
- Capítulo 4. Afriquita
- Capítulo 5. La pensión
- Capítulo 6. El mono de miliciana
- Capítulo 7. Las amigas
- Capítulo 8. El camino a México
- Capítulo 9. Una infiltrada en la Casa Azul
- Capítulo 10. La araña teje su tela
- Capítulo 11. La divina partisana

Segunda parte
- Capítulo 12. La modista de alta costura
- Capítulo 13. Pasajera de primera clase
- Capítulo 14. Los hilos del ovillo
- Capítulo 15. Un nido de espías familiar
- Capítulo 16. La sagrada familia
- Capítulo 17. Espíritu sesentista
- Capítulo 18. La viuda negra
- Capítulo 19. Editorial Coyoacán
- Capítulo 20. La herencia de María Luisa
- Capítulo 21. La gran fabuladora
- Capítulo 22. Taqiyya

Capítulo 23. Todos ellos eran brujos
Colofón
Nota
Agradecimientos
Bibliografía
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de Laura Ramos
Créditos